

MUNDO HISPÁNICO

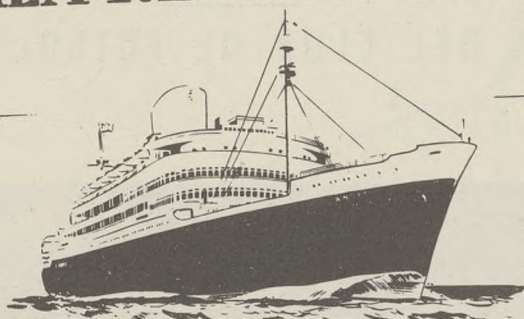
MUNDET: UN ESPAÑOL MEXICANO QUE REPARTE MILLONES
UNA PEQUEÑA AMERICA EN LA UNIVERSITARIA MADRILEÑA
DE LA HONDA A LAS 'ARMAS DEL ESPACIO'
HISTORIA DEL CLUB DE FUTBOL BARCELONA

NUM. 117

15 PESETAS



LA MALA REAL INGLESA



Tres tipos diferentes de trasatlánticos con espléndidas acomodaciones de Primera, Segunda y Tercera clase, para dar satisfacción a todos los gustos y al alcance de todas las economías.

Salidas de: Vigo, Lisboa y Las Palmas para Recife (Pernambuco), Salvador (Bahía), Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires.

PROXIMAS SALIDAS

VAPOR	De VIGO	De LISBOA	De LAS PALMAS
Highland Brigade. . . .	10 de Dicbre.	11 de Dicbre.	13 de Dicbre.
ALCANTARA.	17 de Dicbre.	18 de Dicbre.	21 de Dicbre.
Highland Chieftain. . .	23 de Dicbre.	24 de Dicbre.	26 de Dicbre.
Highland Princess. . .	7 de Enero	8 de Enero	24 de Enero
Highland Monarch. . .	21 de Enero	22 de Enero	10 de Enero

Consulte a su Agencia de Viajes o a los AGENTES GENERALES PARA ESPAÑA

ESTANISLAO DURAN E HIJOS, S. A.

VIGO: Avenida Cánovas del Castillo, 3 - Teléfonos 1245 - 1246

MADRID: Pl. Cortes, 4 - Teléfonos 22-46-43 - 22-46-44 - 22-46-45

HIJOS DE BASTERRECHEA
Paseo de Pereda, 9 - SANTANDER

CIA. DEL PACIFICO

(PACIFIC STEAM NAVIGATION CO.)

Servicio regular de los grandes trasatlánticos "Reina del Pacífico" y "Reina del Mar", entre **ESPAÑA y VENEZUELA, CUBA, COLOMBIA, PANAMA, ECUADOR, PERU y CHILE**

EL MAXIMO CONFORT A LOS
PRECIOS MAS RAZONABLES



PROXIMAS SALIDAS

- | | |
|-----------------------------|------------------------------|
| "Reina del Pacífico" | "Reina del Mar" |
| De Santander: 19 de Enero | De Santander: 8 de Diciembre |
| De La Coruña: 20 de Enero | De La Coruña: 9 de Diciembre |

RETRATOS



ESTUDIO DE PINTURA DE
JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro,
al óleo, pastel o acuarela

MINIATURAS SOBRE MARFIL, PAISAJES, MARINAS, BODEGONES,
COPIAS DE CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO, RESTAURACION
DE CUADROS Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION
PELIGROS, 2 MADRID

Through

PUBLISHING & DISTRIBUTING CO., Ltd.

YOU can place Advertising in
leading Journals covering

AGRICULTURE
AUTOMOBILES
AVIATION
BUILDING & CONSTRUCTION
COMMERCE
ENGINEERING
GLASSWARE & CERAMICS
MACHINERY & TOOLS
MECHANICAL HANDLING
MEDICINE
PAPER
RADIO & TELEVISION
SHIPS
TEXTILES
ETC.

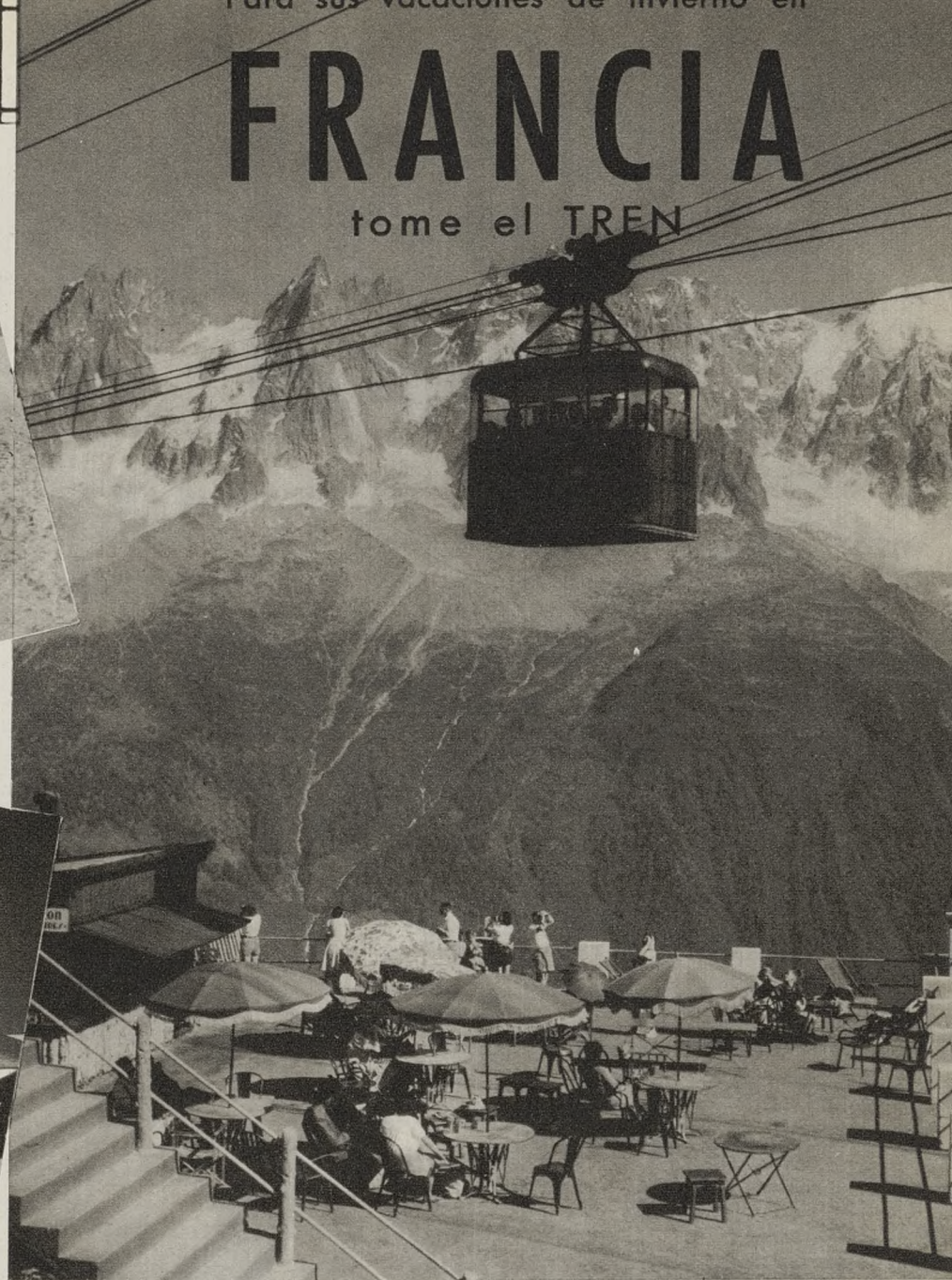
throughout the World

WE SPECIALISE IN FINDING THE RIGHT
MEDIA FOR YOU TO USE

Many suitable journals are included in THIS Guide Book
We invite your attention to the Index at the Front

177 REGENT STREET, LONDON, W. 1
REG. 6534/6535





EN EL TREN o en los
autocares de turismo de
la SNCF viajará por todas
partes en condiciones
inmejorables

CONFORT,
RAPIDEZ,
ECONOMIA

Reducciones del 20 al 50 por 100
con los billetes turísticos
y colectivos

FERROCARRILES FRANCESES

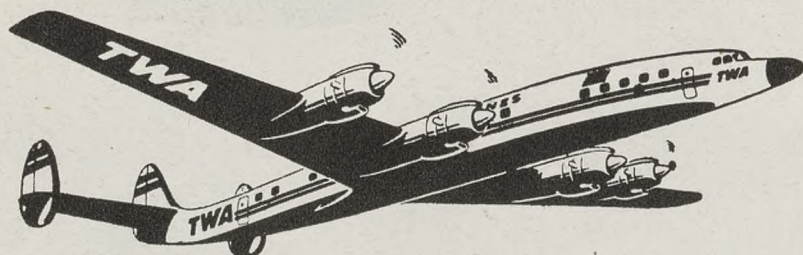
LOS MAS RAPIDOS DEL MUNDO

Avenida José Antonio, 57 - MADRID - Teléfono 47 20 20



RUTA POLAR TWA

EUROPA - CALIFORNIA



Sobre la cima...

En la ruta del gran
circulo Artico



Ya puede usted ganar horas en su viaje desde las principales capitales europeas y Los Angeles y San Francisco. Porque el moderno JETSTREAM de TWA le llevará ahora de Europa a California por la Ruta Polar, volando sobre la cima del mundo.

Esta Ruta Polar TWA, sobre el círculo polar ártico, próximo al Polo Norte magnético, es la más corta entre Europa y California, una ruta con los espectáculos terrestres más variados, desde los verdes bosques y la vegetación más frondosa hasta la deslumbrante blancura extendida en las regiones árticas.

Goce el placer de volar, a través de esta corta ruta, en los majestuosos JETSTREAM de TWA, de gran radio de acción—con moderno equipo de radar, capaz de ver horizontes a 150 millas de distancia, orgullo de los pilotos de TWA, prácticos en todas las rutas del mundo—, expertas y seguras tripulaciones. A su elección, dispone del lujoso servicio Ambassador, de primera clase, y el de clase turista, Golden Banner, y tenga presente que, cualquiera de ellos que escoja, su vuelo hasta su destino lo hará en un único avión, sin transbordo, realizando su viaje directo sobre la cima del globo.

Para informes y reservas
llame a su agente de viajes o a la oficina de TWA. } José Antonio, 68.
Hotel Castellana Hilton. } 47 42 00

Vuele en la mejor...

JETSTREAM es un nombre registrado, propiedad exclusiva de TWA.

VUELE POR **TWA**

TRANS WORLD AIRLINES U.S.A. • EUROPE • AFRICA • ASIA

MUNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

Director: JOAQUIN CAMPILLO

Director adjunto: MANUEL SUAREZ-CASO

Redactor-jefe: JOSE GARCIA NIETO

Jefe de confección: JOSE FCO. AGUIRRE

NUMERO 117 ☆ DICIEMBRE 1957 ☆ AÑO X ☆ 15 PESETAS

SUMARIO

Págs.

CULTURA:

La definición de «hispanoamericano» que da la Real Academia Española es incompleta. Polémica sobre un vocablo, por Sixto Espinosa Orozco y Felipe Tredinnick Abasto. (Ilustraciones de Iraola.) 47

POLITICA:

Camilo Chamoun, Presidente del Líbano, en España 5

BIOGRAFIAS Y SEMBLANZAS:

Mundet: Un hombre que reparte millones, por Manuel Vigil Vázquez 16
La vida de Rafael Gómez, el «Gallo», por Rafael Martínez Gándia. (Ilustraciones de Molina Sánchez.) 55

LITERATURA, NARRACIONES, POESIA:

Dos poemas de Navidad, por José María Souvirón 38
Los libros, por J. G. N. 26

ARTES PLASTICAS, ARQUITECTURA Y DECORACION:

Rey-Vila y la «línea esencial» 24

HISTORIA:

El Alcázar de Colón en Ciudad Trujillo, por J. C. 8
El idioma español, vehículo de toda una cultura, por Antonio M. Abad 51

INSTITUCIONES, SOCIEDADES Y ACADEMIAS:

El Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe, por José de Segura. 29

TEATRO, OPERA Y «BALLET»:

Tere Amorós triunfa en el Carnegie Hall 36
Los cincuenta años de «Los intereses creados», por Antonio Gómez Alfaro 39

TOROS:

Un homenaje al «Gallo», por Pedro Pascual Martín 33

DEPORTES:

El «Barça» inauguró su estadio, por Miguel García Baró 43

ACTUALIDAD:

Desolación en Valencia 12
Gráficas de actualidad 35
De luna a luna 26

VARIA:

La guerra a través de los tiempos, por el general Díaz de Villegas. 19

PORTADA: «Felices Pascuas», foto de J. M. Lara.

Fotografías de Santos Yubero, Taf, J. A. Sáenz-Guerrero, Henecé, López, Cifra, Leo Rosenthal, Postius, Masats, Talavera, Basabe, Portillo y Suárez.

Colaboración artística de Enrique Ribas, Daniel del Solar, Iraola y Molina Sánchez.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Alcalá Galiano, 4 - Madrid

Teléfonos:

Redacción 57 32 10
Administración 57 03 12
Administración y Redacción. 24 91 23

Dirección postal para todos los servicios:

Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas (E.I.S.A.).
Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES

Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid)—Huecograbado y Offset: Heraldo Fournier, S. A. (Vitoria).

PRECIOS

Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1957, NUMBER 117, ROIG NEW YORK «MUNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576 6th Ave. N. Y. C.

NUESTRA PORTADA



Una vez más, las vísperas de un nuevo año en la Natividad del Señor traen a primer plano de la actualidad estos mensajes que los hombres se cruzan para darse la buena nueva. En nuestra portada aparece la mesa revuelta de un puñado de estos «christmas»—palabra ya aceptada universalmente—, que la cámara de Lara ha tomado para nuestros lectores.

Los Jefes de Estado de España y el Líbano pasan por la Gran Vía de Madrid, aplaudidos por una entusiasta multitud.

CAMILO CHAMOUN, PRESIDENTE DEL LIBANO, EN ESPAÑA

MADRID, SALAMANCA,
SEVILLA, CORDOBA, GRANADA
Y MALLORCA FIGURARON
EN SU ITINERARIO



Su Excelencia el Presidente Chamoun, del Líbano, que con su ilustre esposa ha sido huésped de honor de España.

EL Presidente del Líbano y su esposa han sido huéspedes de España durante ocho días. Esta visita ha vuelto a poner de relieve los singulares lazos de amistad que unen a España con los países árabes. Pero la visita del Presidente libanés cobra un significado especial para nosotros, el mundo hispánico, por el hecho de la presencia activa de los grupos libaneses en España y los países iberoamericanos.

La cordial acogida dispensada al Presidente libanés y señora de Chamoun en todas las ciudades visitadas, ha puesto de manifiesto hasta qué punto el pueblo español se siente hermano de los países árabes. Los actos oficiales con que el Jefe del Estado español, ministros y autoridades han agasajado a los ilustres huéspedes libaneses, y, por fin, el comunicado conjunto que selló la visita, manifiestan la coincidencia hispano-libanesa en los problemas de hoy y el propósito de intensificar la colaboración mutua en las esferas económicas y culturales.





A



B

A El Jefe del Estado español y su esposa conversan con el Presidente del Líbano y señora de Chamoun antes de la comida de gala que fué ofrecida a los ilustres huéspedes libaneses.

B El Presidente libanés, en su visita a las ciudades andaluzas, contempla la arquitectura de la Alhambra granadina, poema de alicatados, arcos arábigos y livianas columnas.

C Gran aficionado a la fotografía, el Presidente Chamoun, a quien acompaña el Jefe del Estado español, perpetúa en la cámara unos interesantes planos del heroico Alcázar toledano.

D A su llegada al aeropuerto madrileño de Barajas, Camilo Chamoun, Presidente del Líbano, es saludado por el ministro de Asuntos Exteriores de España, Fernando María Castiella.

E Los señores Chamoun, desde el balcón del Ayuntamiento de Salamanca, corresponden a las aclamaciones de la multitud, que les da la bienvenida en la Plaza Mayor.

F Con la escolta inmóvil de la vieja y siempre joven Giralda, el Presidente Chamoun discurre por las terrazas del Alcázar de Sevilla, durante su estancia en la capital andaluza.

C



El Líbano, un país derramado por el mundo

Gentes que toman mate a la sombra de los cedros bíblicos

POCO se ha hablado, a nuestro juicio, de uno de los hechos más importantes y significativos en un campo de relaciones humanas que escapa a consideraciones de urgencia momentánea, que no es problema y que puede y debe ser fructífero ejemplo como ya es floreciente y vieja realidad. Para quien llega a Oriente, a las playas ribereñas del Mediterráneo, y contempla por primera vez la calidad cosmopolita de Beirut—fusión feliz de matices que conservan intactas esencias serenamente armonizadas—, no deja de ser sorpresa el advertir, entre los elementos esperados, diríamos casi prejuicios formados en lecturas, la inesperada presencia del mundo hispánico.

Se llega buscando el narguile, que resume un mundo de voluptuosidades orientales, y se encuentra la bombilla del mate, ofrecida con cadencia ultramarina en voz y acento a la puerta de una casa de piedras doradas que guarda, en la traza ojival de sus ventanas, el recuerdo de un medievo y enmarca quizá un cuadro que es una bahía azul con el contraluz de unas columnas griegas.

Y entonces, ante el hecho, surge el comentario, y con el comentario la evocación, y con la evocación no es difícil que se cierre un ciclo de geografía humana, del que se sabe enriquecido al saber que ninguno de los detalles del cuadro es accidental ni artificioso, sino resultado lógico de la actividad vital de un pueblo.

Porque el mate o el acento no es más que una realidad sincera de quien conservó, al reintegrarse al hogar de mis mayores, las costumbres de otro país que considera y es también suyo, y en el que quizá habrá dejado, además del fruto de su trabajo, el de su sangre, fundida ya con las otras en esa corriente ecuménica de la Hispanidad.

No se trata de recuerdos de viajes, de testigos ornamentales de un instante fugaz, sino de pruebas de un proceso que sólo puede originarse cuando todos los elementos que en él intervienen conservan, junto a sus peculiaridades, la común esencia reconocida de su humana condición.

Dotados por el Creador con los más excepcionales y específicos talentos sociales, fueron los libaneses de la antigüedad expertos exploradores. Los cedros de sus montañas, transformados en naves, surcaron las ondas azules, límite de sus playas, hasta descubrir otras. En geografía hicieron de esas aguas, por sus descubrimientos, un mar entre tierras: un Mediterráneo. En sociología hicieron de las otras playas una cadena de colonias: un mundo de mercados y aliados, a los que llevaron la púrpura para ilustrar el mando.

Pero siempre regresaron de sus excursiones, y el paso de los siglos diríase que los contempló esperando en sus montes una nueva ocasión y conservando celosamente su personalidad para nueva práctica de sus dones naturales. Diríase también que en espera de que otros exploradores volviesen a enmarcar con tierras un mar ignorado y adelantasen la carrera del sol. Entonces llegaron a las tierras de América nuevas y feraces, y se fundieron en su quehacer, y junto a sus hermanos del Mediterráneo establecieron en las tierras nuevas colonias de su raza. Pero la experiencia también fué nueva, porque las tierras y los hombres que los recibían no sólo querían el trato breve y comercial, los antiguos trueques, sino la entrega total, como ya la habían vendido y dado, poniendo en un fondo común todo su haber. Sumando, no con la fría conciencia que precisa la reducción previa a la homogeneidad y excluye por diferencias accidentales, sino con el calor de una acogida fraterna que sabe ver, a través de las peculiaridades del hermano, la realidad del vínculo.

La experiencia fué distinta, porque por primera vez podían repetir fuera de sus viejas tierras un cuadro como el que en ellas existía y adaptarse a una unidad sin perder sus propias características. Guardar el recuerdo de sus montañas y participar sin mengua en el quehacer común. Entonar en siríaco los cantos litúrgicos entre nubes de incienso sin que su rito los separase de sus hermanos católicos.

Porque el libanés, que ha sabido realizar el prodigio social y político de una convivencia armónica en su propio país, necesitaba encontrar en sus exploraciones un lugar en el que esta convivencia no sólo se mantuviera, sino incluso se perfeccionara. El libanés, que ha sabido atemperar su acusado sentido nacionalista sin mezclar este concepto con superiores exigencias de su conciencia, necesitaba, para arraigar, una zona del ecumene en la que esto fuera posible. Unas naciones en las que pudiera sentirse ciudadano activo y responsable sin renegar de su origen ni de su fe.

Y las colonias se convirtieron en comunidades, unidas a otras comunidades con y por absoluta contigüidad en un quehacer común, que les permitió adoptar las costumbres nuevas por necesidades nuevas y conservar las costumbres viejas en viejas necesidades, que no habían cambiado ni tenían por qué cambiar.

Las listas de los cuerpos legislativos, de las autoridades y magistraturas de los países hispánicos, recogen con frecuencia halagadora nombres y apellidos de clara ascendencia libanesa, testimonio del vivir y gobernar común.

No es raro encontrar a un ciudadano de las Repúblicas hispanoamericanas que a su formación típica y a su acento característico, que en nada le diferencian de sus coterráneos, una un apellido de origen libanés. Hablar con él. Quizá no haya pisado más que tierras de la Hispanidad y, sin embargo, es más que probable que conozca con detalles vividos ambientes y geografía libanesa.

Vuelven, sí, a sentir la sombra evocadora de los cedros, al solar de su raza; pero en la vuelta ni olvidan su patria hispánica, que en este caso no es de adopción, sino verdaderamente de nación, ni desprecian con superioridad de nuevo rico la fuente de la que proceden.

En una garganta estrecha de las montañas del Líbano, por la que discurren las aguas del río del Perro, pueden verse las estelas que conmemoran el paso, a través de los siglos, de los ejércitos que casi resumen todas las páginas de la Historia. En cualquier lugar de su territorio es posible encontrar restos de las principales civilizaciones y de sus mutuas influencias. Pese a todo, subsistió el carácter independiente y peculiar del pueblo libanés.

Fué Beito, Beirut, centro elaborador de un derecho que hoy se estudia con la denominación de «romano», y en el ámbito de este imperio, como en el del otomano, permaneció el pueblo libanés. Es innegable que, como miembros de estas comunidades, pudo producirse el hecho (Pasa a la pág. 53.)





La fachada del palacio de don Diego Colón.

Gran salón de recepciones. Tapiz y tallas góticas.

El despacho, presidido por un maravilloso tapiz.



EL ALCAZAR DE COLON EN CIUDAD TRUJILLO

EN varias ocasiones, MUNDO HISPÁNICO ha informado a sus lectores acerca de la reconstrucción del alcázar de don Diego Colón en Ciudad Trujillo. En el número 103, de octubre del pasado año, publicó una amplia reseña, ilustrada con los proyectos debidos al arquitecto español don Javier Barroso. Recientemente, al recoger nuestra revista los actos celebrados en la capital dominicana con motivo del Día de la Hispanidad de este año, dimos la noticia de que, terminada ya la restauración, se había inaugurado solemnemente el palacio.

Creemos que la magnitud del esfuerzo, la belleza de la realización y, sobre todo, su significado, merecen que de nuevo volvamos a ocuparnos de este tema, subrayando la información fotográfica que aparece en estas páginas, y que, más que ningún relato, da la medida exacta de la grandeza y suntuosidad de la obra realizada.

El marqués de Lozoya, uno de los historiadores de arte de más prestigio en el mundo de habla española, ha escrito no hace mucho, a propósito de este palacio, que se ha realizado una reconstrucción admirable, ajustada rigurosamente al estilo del edificio y que revaloriza los bellísimos detalles ornamentales que en él se conservaban desafiando a los siglos. «De las ciudades de Castilla—dice—han venido suntuosos artesanados con que cubrir las estancias, y estas estancias reconstruidas se han convertido en un fabuloso museo, único en la América hispana. De España han venido preciosas tablas primitivas con colores vivísimos y fondo dorado, tapices góticos o del Renacimiento, algunos de los cuales pertenecieron a los duques de Veragua, descendientes de Colón, cuyos blasones ostentan; alfombras de entonado colorido; muebles de talla gótica o de taracea morisca y, sobre todo, una colección sin rival de esculturas holandesas o españolas de los siglos XII al XVI. La vajilla de plata de este último siglo es un conjunto de piezas difíciles de reunir hoy, y la colección de cerámica y telas bordadas honraría cualquier museo de Europa. El resultado es un ambiente de severo lujo, en el cual se evoca como en ningún otro lugar el tono caballeresco de los comienzos de la época virreinal.»

EL ARQUITECTO RESTAURADOR

Don Javier Barroso, el arquitecto que ha realizado el prodigio de esta reconstrucción, tiene el aire inconfundible de los hombres que dedicaron al deporte muchas horas de su vida. Antiguo jugador de uno de los clubs de fútbol de más solera en España, el Atlético de Madrid, el señor Barroso es hoy su presidente, y en el desempeño de su cargo despliega una inteligente ac-



Capilla. Crucifijo gótico del siglo XVI.



Galerías altas de la fachada este.



El zaguán, ornado de armaduras y arcones.



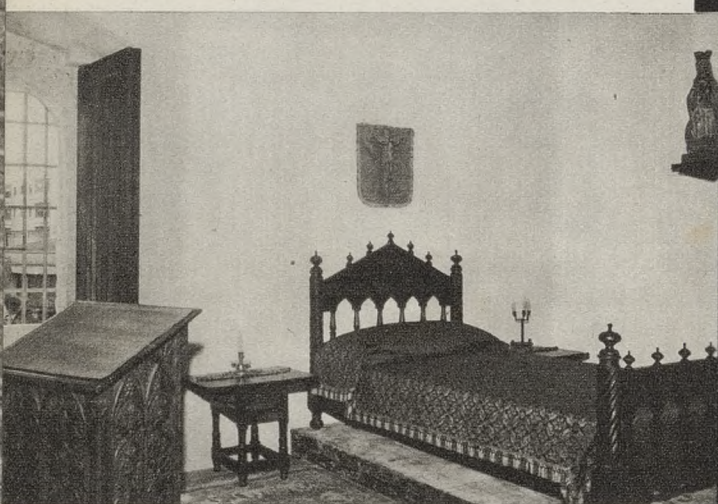
El arquitecto da detalles de una cancela.

Un rincón de las cocinas del palacio.

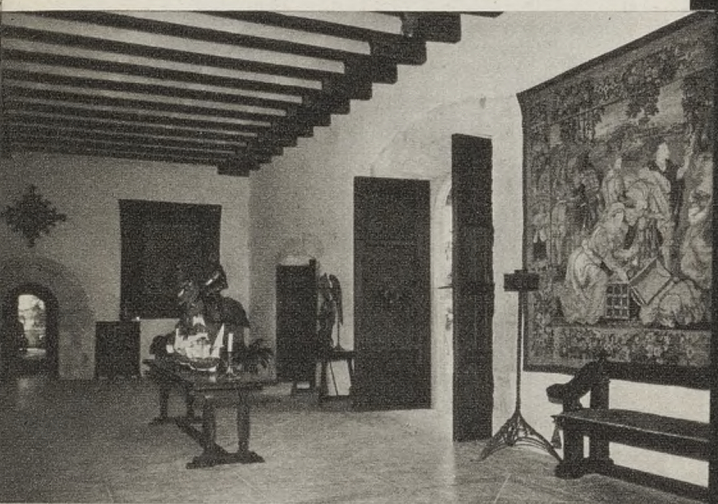




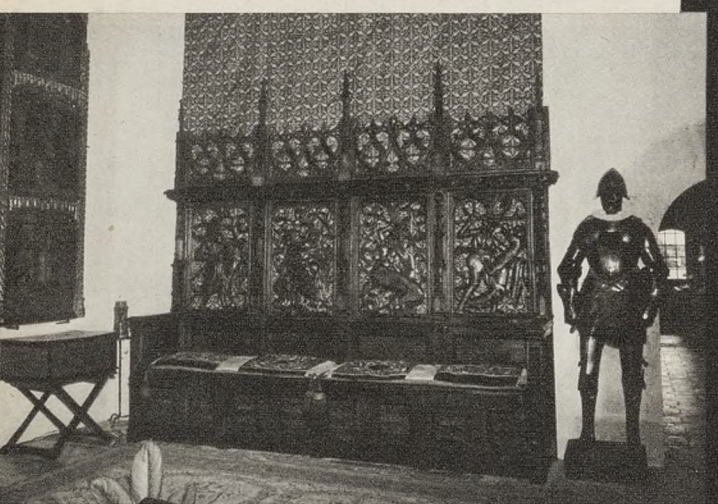
Antecomedor. Colección de cuencos del XVI.



Dormitorio del almirante don Diego Colón.

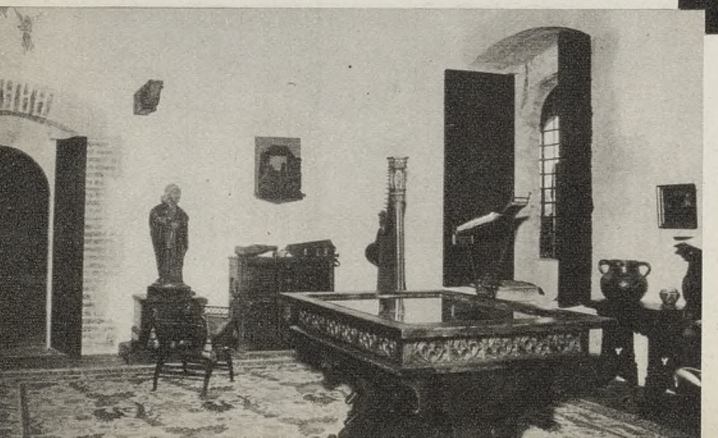


Sobre la mesa, las tres carabelas.



Salón de recepciones. Armadura siglo XVI.

Sala de música. Tabla de Santa Cecilia.



Los detalles de esta tabla, el nacimiento de Cristo, son puestos de relieve por el señor Barroso.

EL ALCAZAR DE COLON

Dieciocho veces ha cruzado en dos años el Atlántico el arquitecto español Javier Barroso, autor de la reconstrucción

tividad, merced a la cual el equipo viene ocupando uno de los mejores puestos en el fútbol peninsular.

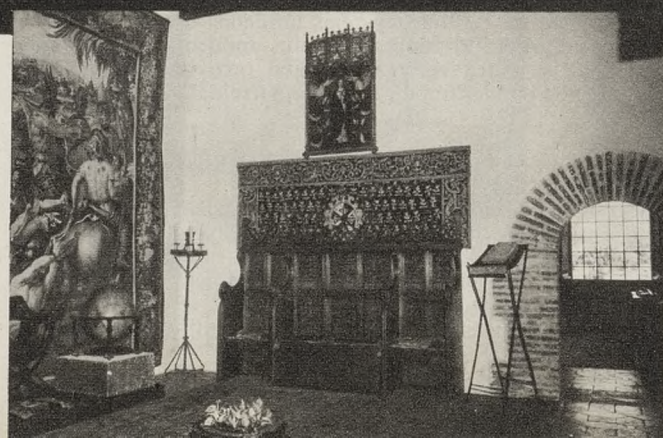
Al mismo tiempo, su prestigio profesional es considerable. Ahora, después de su éxito en Ciudad Trujillo, ha recibido encargos de restaurar la casa del gobernador Salazar, en San Agustín de la Florida (Estados Unidos), y están iniciadas las conversaciones para que dirija un gran programa de reconstrucción de edificios españoles en La Paz (Bolivia). Posiblemente intervendrá también en la reconstrucción de Panamá la Vieja.

ENTRE FORTALEZA Y PALACIO

El alcázar de don Diego Colón se empezó a construir hacia el 1510, y cuatro años después estaba en condiciones de ser habitado. Más que un palacio era en realidad un castillo disfrazado con galas cortesanas. Su emplazamiento, en privilegia-

Despacho de don Diego; Tapiz de la casa Veragua.

Alcoba Renacimiento de doña María de Toledo.





Doña María de Toledo, virreina de Santo Domingo, preside en efígie el alcázar reconstruido.

da situación—dominando el bello paisaje tropical de las orillas del Ozama—, y algunos pormenores de su construcción, evidencian que don Diego intentó construir una fortaleza que constituyese un apoyo para su dominio de la isla. Pero la decidida política centralista del rey Fernando—que si en la Península había hecho derribar torres y castillos, no iba a permitir que éstos se alzasen en la lejana América—hizo que más pareciera palacio lo que quería ser fortaleza.

Después de una vida de gran esplendor, como centro de una corte brillante, a mediados del siglo XVIII el palacio de don Diego Colón se encontraba en ruinas, y resultó inútil que el ingeniero González Villamar aconsejase su reconstrucción al rey de España.

RECONSTRUCCION O RESTAURACION

Con ocasión de la visita a España del Generalísimo Trujillo, el arquitecto señor Barroso fué in-

vitado a estudiar sobre el terreno la posible vivificación del palacio. Después de un estudio a fondo, el arquitecto emitió su informe, que fué aprobado, y procedióse a ponerlo en práctica.

Puede hablarse tanto de una restauración como de una reconstrucción. Si «restaurar» significa reparar la obra monumental del deterioro causado por el tiempo o por la acción de los agentes exteriores, o bien por el uso continuado, también puede emplearse la expresión «reconstruir» cuando disponemos de unos datos parciales que permiten deducir lógicamente los que faltan. Hubo que partir, en la práctica, de una ausencia total de datos fehacientes, salvo aquellos que proporcionaban los mismos restos arquitectónicos. Así, la norma a seguir para la reconstrucción o restauración ha sido la de respetar, por una parte, todos los signos evidentes de lo que fué el palacio, y por otra, completar lo que faltaba con elementos arquitectónicos correspondientes a la época, teniendo muy en cuenta el poder de evocación, que está en la

base misma de cualquier tarea reconstructiva; mas aun así, como en este caso, se trataba de un monumento que se podía considerar único en la historia del continente americano.

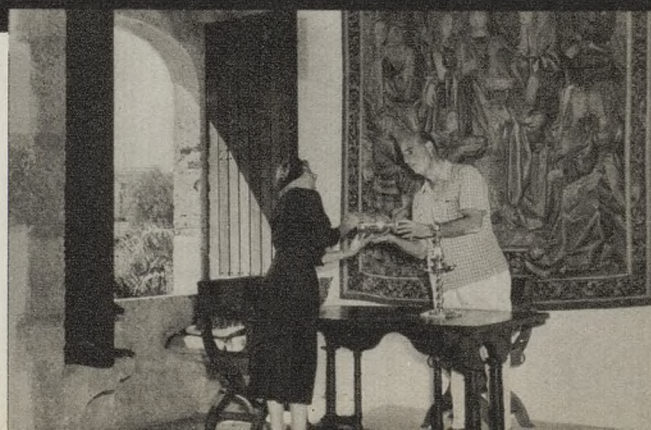
UNA NOVELA DE AMOR

Hoy, el alcázar de Colón, sabiamente patinado por sus restauradores, evoca en el visitante el romántico recuerdo de una historia de amor que, al correr de los tiempos, ha tomado carácter de leyenda. Aquí tuvo lugar el drama de la vida privada de don Diego y doña María, esposos amantísimos, que por los azares de la política hubieron de vivir casi siempre separados. Desde la galería que da sobre el río Ozama, ahora renacida, oteaba doña María de Toledo el horizonte, aguardando el retorno del esposo, que había ido a la corte, al otro lado del mar, para defenderse ante los reyes de Castilla de las falsas imputaciones que sobre él pesaban. La primera ausencia (*Pasa a la pág. 54.*)

Piedras antiguas insertas en la moderna estructura.

En el jardín se han cuidado los menores detalles.

El señor Barroso explica pormenores de un vaso.



DESOLACION EN VALENCIA

EL TESON DE UN PUEBLO EN
LUCHA CONTRA EL AGUA,
EL BARRO Y LA MUERTE

AYUDA MUNDIAL A VALENCIA

La ciudad de Valencia y una zona muy considerable de su provincia han sufrido en el pasado octubre una de las más desoladoras tragedias conocidas en España.

No son palabras. No. Lo de Valencia no se puede contar ni escribir, porque no se ha inventado aún el adjetivo que diga la magnitud de su catástrofe.

Lo de Valencia, la riquísima Valencia, la inacabablemente hermosa Valencia, huerta, jardín y tercera ciudad de España, ni aun puede decirlo con exactitud la más atrevida y ágil cámara fotográfica.

Todo empezó en unas obstinadas lluvias que durante breves días cayeron torrencialmente sobre la comarca y que acrecieron el caudal del río Turia.

Y el feraciente y poético río Turia, mensajero de la flor de azahar y de la mejor riqueza de España—la auténtica riqueza de la naranja valenciana—, se puso ahora torvo y, como loco, reventó furiosamente, inundando en profundos zarpazos miles y miles de hectáreas de su huerta maravillosa.

Mas no se paró ahí la tragedia. Que el Turia tuvo aún fuerza para arrasar pueblos enteros, destruir muros, vaciar sus viviendas y penetrar en la capital llevando en sus negras espumas árboles enteros, muebles destrozados, los más íntimos objetos de los hogares y... cadáveres.

Entró el río en la capital valenciana en dos oleadas sucesivas. La primera, el domingo 13, por la noche. Una emisora local se esforzó en avisar el peligro, mientras policías y vigilantes nocturnos iban despertando a los habitantes de los pisos bajos.

Fué una invasión fulminante. Muchos distritos se quedaron sin luz eléctrica y sin agua y el teléfono dejó de funcionar. Y los valencianos quedaron sumidos en la oscuridad y en la angustia, sin conocer a ciencia cierta la magnitud del suceso.

Se multiplicó el terror cuando el agua anegó en pocos segundos las viviendas bajas. Y la noche se llenó de gritos, de llanto y de oraciones. Mientras, del negro cielo de Valencia, sobre el agua tumultuosa que invadía la ciudad, caía una lluvia desesperante, que llegó a alcanzar proporciones de diluvio.

La luz del amanecer reveló a los valencianos el terrible panorama. Toda la ciudad aparecía inundada. Y en los tejados de las casas modestas de los alrededores, grupos de personas ateridas y aterrorizadas pedían auxilio.

Renació la esperanza cuando las aguas comenzaron a bajar de nivel. Algunas calles altas quedaron libres del agua, cubiertas por una densa capa de barro. Y hasta se iniciaron los primeros trabajos sanitarios y de normalización.

Pero cundió de nuevo la alarma. El Turia arremetía de nuevo. Y, efectivamente, al mediodía se produjo la segunda invasión de las aguas, con una sola diferencia: que esta segunda riada fué todavía de mayor violencia. Tanto, que el agua llegó ahora a lamer los balcones de los primeros pisos.

Hasta la plaza del Caudillo, en una de las partes más altas de la ciudad, llegaban flotando los más variados enseres. En las zonas urbanas más bajas había automóviles sumergidos, arrastrados sin remisión por la fiera del agua.

La última batalla que rindió Valencia, cuando al fin lució el sol y se retiraron las aguas, fué la tremenda, la titánica lucha contra el barro. Contra los millones de toneladas de barro, que, como una pesadilla, atestaba la ciudad y que fué desapareciendo lenta y penosamente.

El Jefe del Estado español y sus ministros acudieron a Valencia. Inmediatamente la ayuda oficial a los damnificados fué un hecho en el que colaboró gozosamente toda España, unida en una esforzada y generosa acción de paz.

Todos los españoles llevaron su urgente amor a Valencia para que ella recobrarla la esperanza. Y hoy Valencia, si llora, es de alegría y ternura al comprobar la auténtica caridad, que no es sino amor, de todas sus hermanas las provincias de España.

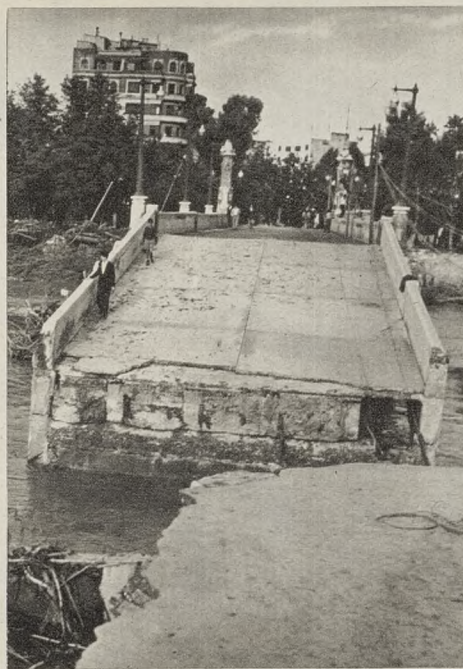
Caridad que ha trascendido y sobrevolado fronteras y mares y que Valencia agradece callada, emocionadamente, de corazón.



Pasados el terror y la angustia de los valencianos, se asomaron curiosos a contemplar los estragos de la riada. Y se obtuvieron las primeras fotos cuando ya el agua remitía. Estas dan fe de la fiera del río Turia, que abatió puentes y muros de contención hasta meterse en la ciudad.

La mayor inundación registrada en España





Si no hay palabras ni fotografías que puedan decir exactamente la magnitud de la tragedia cuando las aguas embestían y se apoderaban de la ciudad, apenas las hay que expresen la titánica lucha contra el barro. Contra los millones de toneladas de barro que atestaban la ciudad, entorpeciendo las tareas urgentes de saneamiento y normalización. Valencia hoy se recupera y ya piensa en sus próximas «Fallas».



Arriba: En la primera foto, los soldados, que dieron la gran batalla al barro, transportan a un herido, mientras se cruzan con otros paisanos, que llevan pintados en sus rostros el dolor y la desolación. Junto a un montón de zapatos que arrastraron las aguas o se perdieron bajo el barro, vemos uno de los helicópteros que actuaron magníficamente en las urgentes tareas de salvamento. Y debajo, en las enfangadas calles valencianas, los ministros españoles repartiéndolo con los que luchaban con el barro, junto a otra foto que demuestra la importante ayuda extranjera. Bajo estas líneas, Adolfo Fernández, un locutor de Radio Juventud de Murcia, que ideó una gran subasta radiofónica pro damnificados valencianos, acogida en toda España con rotundo éxito, y la actriz española Carmen Sevilla con «Platero II», el borriquito que alcanzó una crecida suma en la subasta y que hoy pasea su popularidad por toda España.



Un hombre que reparte millones

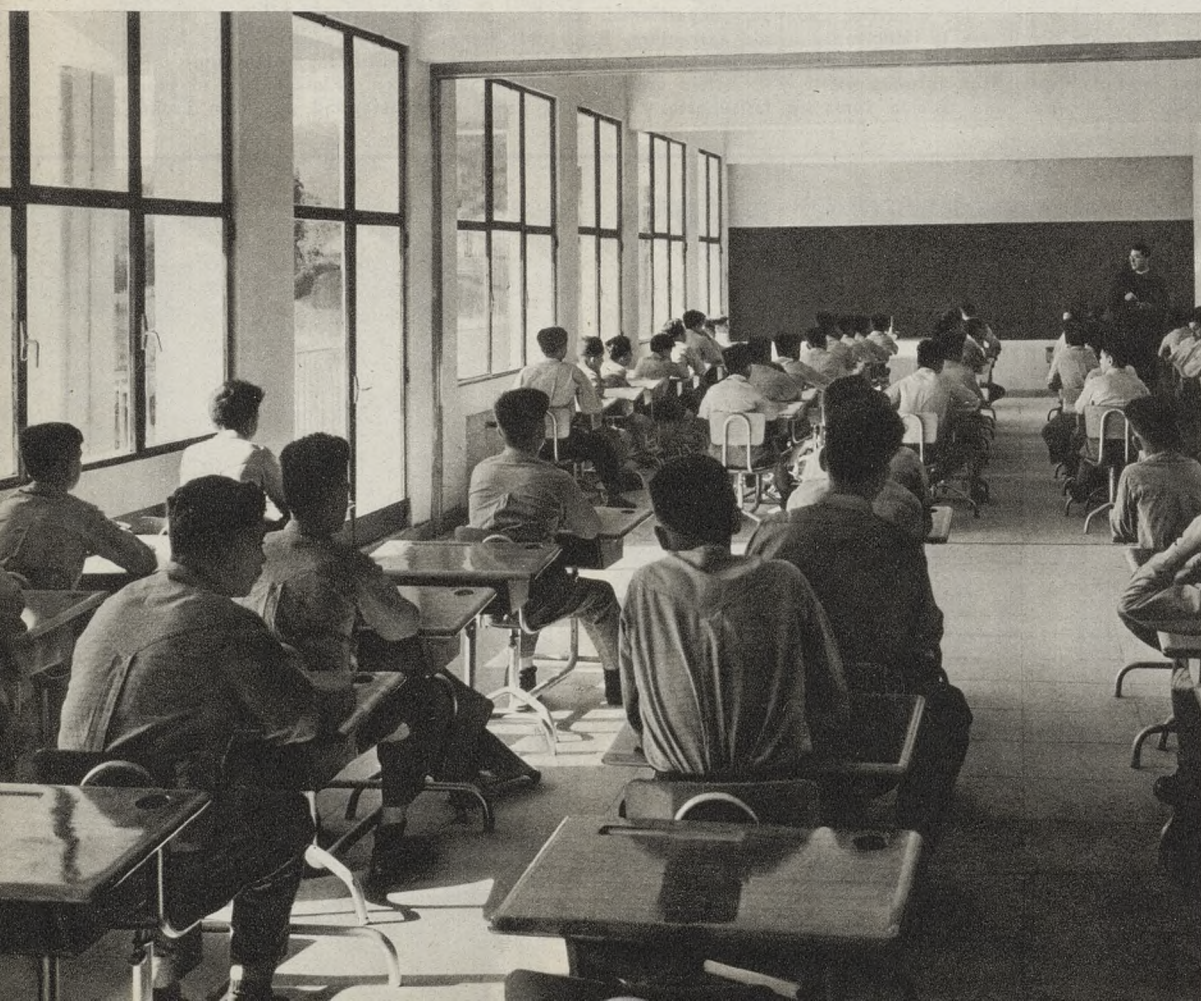
El "Rey del Sidral", don Arturo Mundet, ha donado a México un parque, una casa de maternidad, y un hogar para ancianos

Ahora, en Barcelona, ha sido levantada con su ayuda una gran institución benéfica

Por MANUEL VIGIL Y VAZQUEZ



Izquierda: Una de las espléndidas clases para chicos, del correspondiente pabellón, de los Hogares Ana Gironella de Mundet, en la falda del Tibidabo.



CUANDO hay hombre, con cualquier cosa se puede hacer algo grande. Con tapones de botella, por ejemplo, se puede construir lo mismo un parque que es de los mayores ornatos de una ciudad espléndida, como se puede poner en pie en otra ciudad emprendedora todo un barrio dedicado a la beneficencia. Y no hablamos, no, de curiosidades como la caligráfica de escribir el texto constitucional de un Estado en la levedad y brevedad de un papel de fumar, o la de construir la reproducción de un monumento famoso con palillos de dientes. Hablamos de don Arturo Mundet, natural de San Antonio de Calonge (Gerona, España), ampurdanés por tanto, que a los dieciséis años de edad marchó a América a vender—¿qué iba a vender un natural del Ampurdán?—tapones de corcho, y que andando el tiempo, y perdonémos el inevitable juego de palabras, se destapó como un gran industrial, innovador, organizador y acrecentador de cuanto manejaba, para volcarse luego en realizador de desprendidas obras de amor al prójimo.

RUMOR VERANIEGO FUNDADO

A don Arturo Mundet—el «Rey del Sidral»—no hay que presentarle en México, donde por más de medio siglo ha volcado su vigorosa actuación, en el orden industrial primero y

Arriba: Los Hogares Ana Gironella de Mundet, en Barcelona, construcción impulsada por don Arturo Mundet, que sustituye a la antigua Casa de Caridad.

en el benéfico y social después. Pero, la verdad, hasta hace tres años pocos eran en España quienes conocían a este catalán al que el Caudillo imponía—a él y a su esposa, doña Ana Gironella de Mundet—la gran cruz de Beneficencia, el pasado 14 de octubre, en la inauguración de la nueva Casa de Caridad de Barcelona, o sea, de los Hogares Ana Gironella de Mundet, como hoy se los conoce, levantados en uno de los más bellos lugares residenciales de la Ciudad Condal, en forma de hermosa ciudad-jardín, para confortador cobijo de la ancianidad desvalida y hogar alegre y estimulante de la infancia huérfana, que encuentra en él lo que no puede darle la familia de que carece. Y es que Mundet, bien nacido, primero quiso ir correspondiendo al país donde había levantado su fortuna, México; pero luego, bien nacido siempre, se volvió también con su ayuda generosa a la tierra que le había visto nacer, a su patria, España, como lo ha hecho, no sólo con el millón de dólares donados al efecto, sino logrando con ello que se pusiera en marcha una obra varias veces intentada pero siempre interrumpida. Que se pusiera en marcha y que en proporciones no soñadas estuviera lista para inaugurarse, como se ha inaugurado, a los tres años de haber corrido por Barcelona el rumor de que alguien, que no se sabía bien quién era, que esquivaba tanto la publicidad que entraba y salía del hotel por la puerta de servicio, había

Derecha: El Caudillo de España impone a don Arturo Mundet la gran cruz de Beneficencia en el acto inaugural de los Hogares Ana Gironella de Mundet.

hecho un gran donativo para transformar la Casa de Caridad.

Estaba el verano ya entrado, y aunque para sí quisieran muchos lugares el verano de Barcelona, estaba ya en marcha la desbandada general, y con ella la de las noticias, que también veranean. Pero aquello, el rumor, era algo más concreto, menos vaporoso, pese a la invisibilidad de Mundet, de lo que suele ser un rumor veraniego. Era cierto. Un hombre del Ampurdán, salido de España antes de que comenzara el siglo, había ofrecido un millón de dólares al presidente de la Diputación, marqués de Castell-Florite, para construir nuevos edificios a la Casa de Caridad, con tres condiciones principales: la de que la Diputación pondría otro tanto, la de que la obra estaría concluida en 1957 y la de que, por haber nacido en Barcelona la esposa del donante, se le daría el nombre de ésta, de quien además era la iniciativa de la donación, a los nuevos edificios, que, como ya hemos dicho, se llaman, efectivamente, Hogares Ana Gironella de Mundet.

SE MULTIPLICA POR CUATRO

Pese a las heladas y a los pleitos, la Diputación Provincial ha cumplido también largamente con las otras condiciones—condiciones no impuestas por el donante, sino más bien





El Parque Mundet, en México—dos millones de dólares y cien mil metros cuadrados, ampliables—, posee campos de tenis, frontones, piscina olímpica, boleras, billares, restaurante... y un casino de moderna planta.



Sí, el Parque Mundet reúne en sus amplias instalaciones campos para practicar todas las especialidades deportivas. Pero no habría de olvidarse el señor Mundet de un espacio para los juegos de los niños.



MUNDET

pactadas para la mejor y más rápida realización de la obra—, pues, en cuanto a dinero, el organismo provincial de Barcelona ha movilizado no el equivalente de otro millón de dólares, sino casi el de cuatro, pues la construcción de estos Hogares ha supuesto un desembolso total, el donativo de Mundet incluido, que se aproxima a los 200 millones de pesetas.

—Diga usted en MUNDO HISPÁNICO—nos manifiesta el marqués de Castell-Florite—que la Diputación Provincial de Barcelona está dispuesta a incrementar en el triple, por lo menos, cada donativo que se le haga para obras sociales y benéficas.

Decíamos que, pese a las heladas y a los pleitos, porque, con las fenomenales heladas del invierno de 1956, con ocasión de las cuales Barcelona—por lo general templada—conoció los mayores fríos de su historia, no hubo más remedio que paralizar las obras de los Hogares Ana Gironella, como hubo que paralizar otras construcciones. Podía por ello haberse admitido un retraso, bien justificado, en la terminación, pero ya se ve que se recuperaron las semanas perdidas entonces. Y decíamos también que pese a los pleitos, porque, para su aportación total, el organismo provincial necesitaba realizar el valor de unos terrenos que poseía por legado en la plaza de Calvo Sotelo, plaza que está todavía a medio hacer —y a cuyos proyectos nos referimos en nuestro reportaje de septiembre—precisamente por la cuestión legal suscitada en torno a si la Diputación tenía derecho a disponer de aquellos terrenos para fin distinto del que los había recibido. Lo tenía, y los solares salieron al fin en pública subasta, y aunque la operación de compraventa no llegó a formalizarse hasta que la construcción de los Hogares estaba muy adelantada, al fin se obtuvo por ellos una suma muy superior a la esperada, que es la que ha permitido que la obra se haya hecho con la amplitud requerida.

UNA CIUDAD-JARDIN

Amplitud, eficacia, justa comodidad, luminosidad, buen gusto y ambiente grato. Nada de lujos desorbitados, que no hacen al caso, ni a muchos otros casos, ciertamente. Pero tampoco nada de sordidez, de rutina y de conceptos hospicianos de la caridad. El terreno, en las zonas altas de Barcelona, sitio de mansiones de grandes señores de otro tiempo, y siempre magnífico sitio por su posición dominante y arbolado. Hubo que remover—lo comentaba el Caudillo el día de la inauguración—desniveles de hasta 200 metros. Pero removidos quedan y explanados hasta lograr una urbanización de auténtica ciudad-jardín.

Por la vía alta de circunvalación se llega ante los nuevos edificios, a los que conduce una rampa suave, que deja a su derecha las instalaciones deportivas. Tras un bosquecillo aparece la primera línea, quebrada, de edificios, que son los destinados a los niños, confiados al cuidado de la benemérita institución salesiana, y en cuyas amplias e impecables naves hay grato acomodo para cerca de 800 muchachos. Y junto a estos edificios, con las clases en la planta baja, los talleres de formación profesional, con sus adecuados techos de dientes de sierra.

La segunda línea, siempre en planos ascendentes, ganados por cómodas autopistas, la forman, a la izquierda, un gran teatro-cine, un salón de actos y gimnasio. Mil doscientas localidades en el teatro y un edificio macizo a la derecha, pero con grandes galerías exteriores, destinado a los ancianos, a la comunidad religiosa, la dirección y otros servicios generales. Ambos edificios forman plaza con una iglesia, de estructura modernísima, audaz, constituida su nave por arcos alternados de cristal y de obra de fábrica, donde luce especialmente la técnica y el gusto del arquitecto director, don Manuel Baldrich, que si en todo el conjunto ha dado muestras de un adecuado sentido urbanístico y ar- (Pasa a la pág. 52.)

Días antes de morir, el único hijo varón del señor Mundet pidió a su padre que ayudara a la construcción del Sanatorio Español de México. Don Arturo construyó entonces a sus expensas el pabellón de Maternidad de dicho sanatorio. Luego vino lo de levantar, también a sus expensas, la Maternidad Mundet, para 260 camas, el mejor establecimiento en su clase de los que existen en Hispanoamérica. Este que vemos en la foto de la izquierda.

De la honda a las "armas del espacio"

«Hemos entrado en la era novísima y terrible de la guerra ultracientífica, electrónica y de laboratorio. La guerra de los sabios y no la de los mariscales. Ya no cabe contar con batallones, baterías o grupos de aviación. La nueva métrica de la destrucción en masa nos habla de "kilotones" y aún de "megatones".»

*Nunca ha habido ni buena guerra
ni mala paz.*

GRACIÁN

Por el general Díaz de Villegas

PARA Villamartín, uno de nuestros grandes filósofos militares del pasado siglo, la guerra aparece con el hombre, germina en la familia, crece con la tribu y llega a su apogeo en la nación, continuando la marcha de la sociedad y del progreso. La guerra influye en la civilización, aunque seguramente experimente ella misma también, en grado no menor, la influencia de los tiempos. Los hombres combaten desde su aparición sobre la tierra. Son inicialmente la causa de estas luchas el dominio de la tierra o de la caza. En los grabados rupestres de los abrigos de nuestro más remoto arte paleolítico levantino, el estilizado arte prehistórico regional, lleno de movimiento, dejó ya testimonio de una táctica originaria y a la vez eterna; el combate de un grupo—no importa de cuántos hombres—que pretende romper el frente del pequeño núcleo adversario o sencillamente envolverle. Desde entonces, hace ahora ochenta (?) siglos, el arte militar no ha inventado otros métodos operativos diferentes. Es verdad que los medios, naturalmente, han cambiado de modo radical.

LA HONDA, PRIMERA DE LAS ARMAS ARROJADIZAS

Los combatientes de la prehistoria, en los albores del arte de la guerra, usaban armas rudimentarias: hachas de sílex, puñales de este mismo material, palos sencillamente; proyectiles de piedra más tarde, y, en fin, entrados ya en la civilización del cobre y posteriormente en la del hierro, surgen armas blancas. Los combatientes baleares fueron diestros en el arte de utilizar la primera de las armas arrojadizas: la honda. Grecia, en sus ciudades, instauró el servicio militar obligatorio, que diríamos ahora. Su organización militar típica fue la «falange», masa maciza de infantería, flanqueada por formaciones de jinetes. Las armas de la época seguían siendo, sin embargo, poco más o menos, las mismas elementales que hemos apuntado: espadas, lanzas y escudos. Roma crea un Imperio que, en sus tiempos, puede parecer universal. Nada menos que comprende el ecumene del momento: todo el Mediterráneo. El mundo por entero conocido a la sazón. Para crearle y para asegurarle, funda una organización militar de elección; de aquí su nombre, se llama la «legión». Soldados y colonizadores a la vez, diestros en el empleo, al mismo tiempo, de la espada y del arado—ense et aratro—, que utilizan las mismas armas preexistentes, pero que añaden a semejante arsenal otras nuevas, tal como el «ariete», consecuencia del desarrollo de la fortificación, y, sobre todo,

imprimen un progreso importante a la técnica de las armas arrojadizas con la «catapulta» y la «balista», que arrojan piedras y flechas. Con todo, los ejércitos combaten en campos limitados, porque se emplean formaciones concentradas. En Cannas, por ejemplo, se enfrentarán 70.000 romanos contra 50.000 cartagineses en un frente que no llega a dos kilómetros. La guerra es a la sazón lenta. El sitio de nuestra Numancia exige, en su fase final, cuatro años. En su ciclo total, entre cuatro y cinco lustros. No en vano Tito Livio afirmaba que España fue el primer país comenzado a conquistar por Roma y el último dominado.

SURGEN LA FORTIFICACION Y LAS ARMAS DE FUEGO

En los inicios del medievo los bárbaros aparecen cuales son: como una horda combativa y feroz. Usan mallas, cascos, mazas y venablos, así como ballestas. La constitución de estos pueblos es fundamentalmente guerrera. La caballería es el arma predilecta de sus conquistas. Los árabes, que los reemplazan en España, convierten la guerra en correrías, que llaman «algaras». Pero sus armas, en esencia, siguen siendo las mismas. Su puñal se curva y surge la «gumía». Una pequeña lanza arrojadiza se llama ahora «azagaya». Esto es todo. Con el feudalismo los ejércitos se multiplican. Los hay del rey, de los nobles, de los obispos y hasta de las ciudades y las villas. Surge, como síntesis de la fortificación, el castillo, con sus murallas, sus adarves, su puente levadizo, su poterna y, sobre todo, con su torre del homenaje, que domina el sintético sistema fortificado. Cuando faltan soldados se acude, sin escrúpulo, a la leva, y, en fin, impera siempre, sobre la inmensidad del espacio vacío, la formación ágil y ligera de la caballería. Es la era de la hegemonía del jinete, en efecto. Pero persisten casi las mismas armas que antaño: cascos, armaduras, rodela, lanzas. Algo importante, sin embargo, que añadir. En el siglo XII, probablemente, aparecen en el campo de batalla las armas de fuego. He aquí un dato trascendental que retener, aunque la hegemonía de las armas blancas seguirá indiscutida muchos años después.

GONZALO DE CORDOBA, INICIADOR DEL RENACIMIENTO MILITAR

Y hemos entrado, en el correr de los tiempos, en la Edad Moderna. En España reinan Fernando e Isabel, monarcas de excepción, que, en el renacer del momento, tienen a su servicio

El arte militar desaparece: no habrá ya ni táctica ni estrategia

a un soldado singular: el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, a quien la historia del arte de la guerra reconoce como iniciador del renacimiento militar. Han preparado el momento en el que este genial innovador aparece, de una parte, ocho siglos de guerra de reconquista en la Península, así como de otra el descubrimiento de la pólvora. Las más viejas crónicas dejan testimonio de las «pelotas de hierro» ardiendo y de los «truenos» lanzados por la más remota «tormentería» en los sitios puestos a las plazas moras del mediodía de España por los cristianos de la fase final de la Reconquista. Alfonso XI exactamente, el vencedor del Salado, puso, por añadidura, los cimientos del ejército permanente que crearan de modo definitivo los Reyes Católicos de España. Toman éstos como base al efecto la «San-



En la «guerra del botón», con cohetes y proyectiles teledirigidos de 10.000 kilómetros de alcance, desde una rampa de lanzamiento situada en Siberia, en la península de Tamir, al borde del círculo polar ártico, Rusia podría batir América del Norte; pero, desde otra rampa, sita en Labrador, los Estados Unidos arrasarían implacablemente el territorio íntegro de la Unión Soviética.

ta Hermandad». El Gran Capitán puede derrotar así a los franceses en Italia, en Cerinola, porque los mosqueteros españoles se imponen netamente a la gendarmería gala.

HEGEMONIA MILITAR HISPANA: CARLOS I Y FELIPE II

El arma de fuego hace progresos visibles, pero lentos, en el campo de batalla. Es la época de la hegemonía militar hispana. Con Carlos I, con Felipe II, con los Tercios invictos, en las jornadas gloriosas de Pavía, de Mühlberg; de San Quintín, de Gravelinas... Las armas de fuego inician su predominio lenta pero decididamente. A principios del siglo XVI—el gran siglo español—, los piqueros, que usan armas blancas, son cinco veces menos numerosos que los arcabuceros, que emplean las de fuego. A mitad de siglo la proporción se iguala. Al final prepondera el arcabucero. La artillería, sin embargo, es incapaz de moverse sobre el campo de batalla. El vencedor en ella se adueña, sin excepción, de la del vencido. Es el instante de nuestras grandes glorias, en el que daban lecciones de guerra al mundo

entero el duque de Alba, el de Saboya, don Juan de Austria, Farnesio, Requeséns. Es la época neta de la primacía del infante. Cuando la artillería era sólo una balbuceante promesa y la caballería parecía apuntar un lento ocaso. Rocroi jalona el fin de la hegemonía militar española. Es luego el arte de Gustavo Adolfo, de Turenna, de Vauban, con la fortificación, en fin, el que enlaza con los éxitos magníficos de Federico II. Estamos en plena Era Moderna. Efectivos de selección en la milicia: el «fusil-bayoneta», en el que la bala prepara el asalto al arma blanca; la caballería, que no hace fuego, sino que actúa por la masa y el choque, en la «carga», con Seydlitz; la artillería, que se hace móvil al crearse la montada, y, en fin, la organización del Estado Mayor, consecuencia de la complicación de la guerra que surge. Pero no es ello todo. La Revolución francesa lleva al ejército las masas.

LAS GRANDES UNIDADES: LA ESTRATEGIA Y LA GUERRILLA

Un millón doscientos mil movilizados. Nace así la gran táctica, las grandes unidades, la estrategia de gran clase. La cartografía militar, la guerra regular en gran escala, conforme a métodos institucionales que dicta el genio napoleónico; pero también la «guerra irregular», que aparece con España, que remozan nuestro Empecinado y nuestro Mina, de nuestra más vieja tradición nacional y—curiosa cosa—que ahora mismo se invoca como recurso futuro en esta era atómica y de satélites artificiales en la que nos debatimos. Impera hasta cierto punto el fuego en la batalla, aunque decide el choque. Los fusiles no alcanzan a la sazón más de 250 metros; los cañones, 800. Saltamos en la Historia. Llegamos ahora hace algo más de un siglo a Crimea. El fuego parece serlo ya todo. Ha surgido el «fusil rayado», sorprendente conquista de la técnica, que proporciona al tiro de la infantería una precisión y una justeza sorprendentes. La bayoneta inicia su declive. Más tarde es la guerra austro-francesa en Italia. Eficacia del fusil, sin que la táctica haya variado. Sangre en consecuencia. Mortandades de espanto. Magento y Solferino son, en efecto, hecatombes horribles. Nace entonces, ello se explica bien, la institución de la Cruz Roja.

SU MAJESTAD EL CAÑÓN

En 1866 estalla la guerra austro-prusiana. Se anota la transcendencia de la aparición del «fusil de aguja». La infantería gana en eficacia, como en cierto modo la artillería también, a costa de la caballería, que inicia una crisis. En 1870-71 la guerra franco-prusiana entroniza a su majestad el cañón. ¡Ah, aquellas imponentes piezas francesas, las de la batería de Honorato, de la débaque de Sedan, que nos describe tan magistralmente Zola! ¡Y aun de la pobre caballería francesa sacrificada, en cargas inútiles y sangrientas, en Woerts, en Mars-la-Tours y en Sedan! La infantería es ya el alma de la batalla y el arte táctico consiste en distribuir las fuerzas con cierta densidad, pero en orden profundo. Ha sido preciso mucho más de un milenio para que la pólvora haya terminado por revolucionar completamente el orden de batalla e incluso la guerra misma.

LA AMETRALLADORA Y LA GRANADA DE MANO: PRIMERA GUERRA MUNDIAL

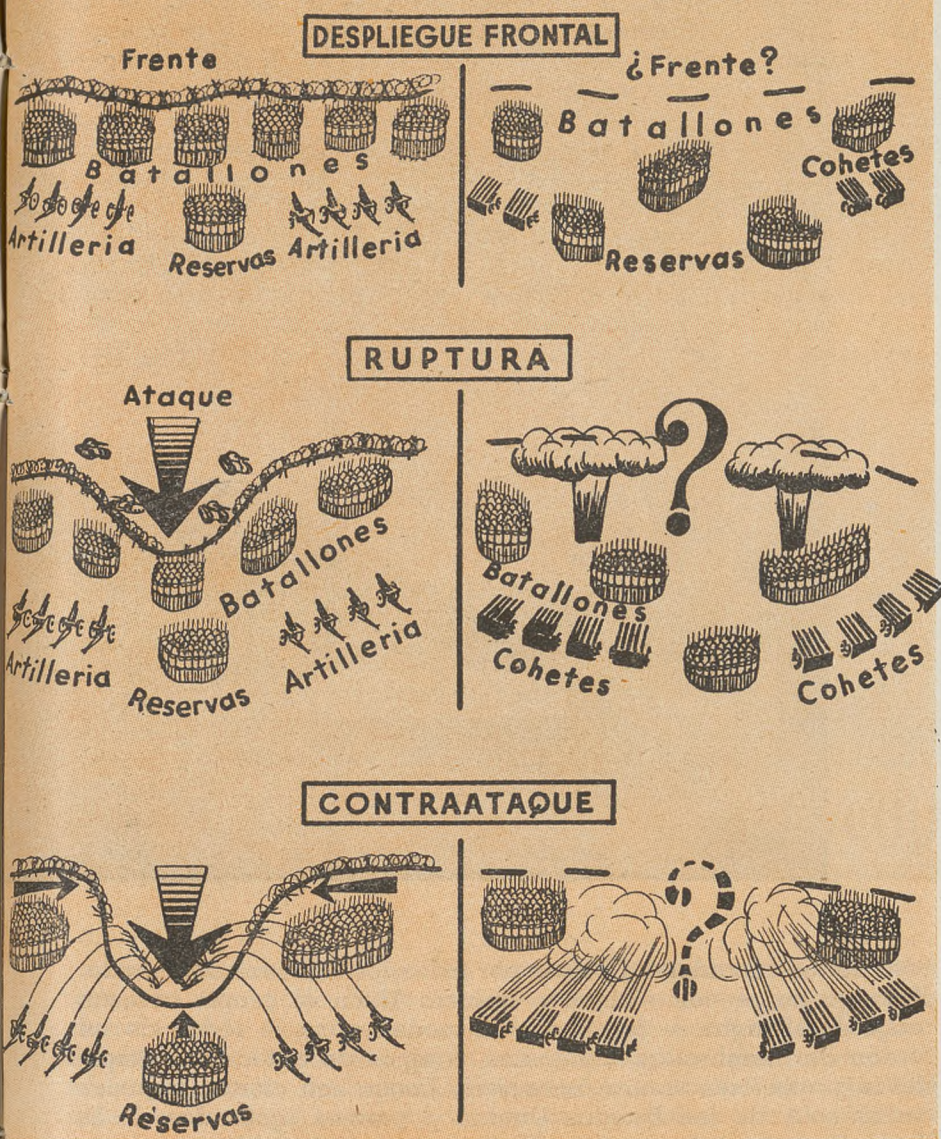
Llegamos al siglo actual. Comienza éste con la campaña manchuriana entre rusos y japoneses. Prevalece en ella la importancia de la fortificación contra el fuego, el exceso de metodismo, y surgen como grandes novedades la ametralladora y la granada de mano, en realidad inventos reencarnados en experiencias remotas. En 1914 estalla la primera conflagración mundial. La mitad de la humanidad entra en la guerra. De aquí la primera observación: la generalidad del conflicto. En seguida es la supremacía agobiante de las armas de fuego. «La ofensiva—dice la doctrina—es el fuego que avanza. La defensiva, al revés, el fuego que retrocede.» La infantería es incapaz de avanzar. La artillería la arropa. Surge así el «fuego de barrera». No resulta bastante. Aparece el carro de combate. Y hasta la fugaz guerra de gases tóxicos. La masa imponente de la artillería, con las piezas alineadas eje con eje. Y, sobre todo, la importancia de la aviación parece decisiva. ¡La industria se constituye así en la primera de las máquinas de guerra!

LA GUERRA DE ESPAÑA Y LA SEGUNDA MUNDIAL

Un período de calma. Es luego la guerra de España fecunda en enseñanzas. La segunda guerra mundial estalla a su vez. La estrategia se hace universal. Los espacios bélicos son enormes. El mapamundi entero se ha convertido en campo de batalla.

TÁCTICA DE AYER

TÁCTICA DE MAÑANA



Mientras que la invención de la pólvora tardó bastante más de un milenio en revolucionar el arte militar, los ingenios nucleares están en trance ahora de transformarle mucho más rápida y profundamente. En la guerra de las armas de fuego, los batallones desplegaban—figuras de la izquierda—apoyados por las reservas y la artillería. El ataque se hacía fuerte en el punto decisivo, según el precepto clásico. El contraataque consistía en taponar la brecha y batir los flancos de la bolsa. Mañana, con la guerra atómica, los frentes serán muy extensos, profundos y diluidos. Romperán las bombas nucleares, pero la respuesta la darán las propias armas, evitando toda progresión.

Los recursos puestos en juego son inagotables. Otra vez, pero muy remozados, los carros y, sobre todo, los aviones, parecen decidirlo al principio todo. Pero la guerra no ha perdido completamente, fuera de las fases relámpago propias, sin embargo, su carácter tradicional de metodismo de antaño. Son métodos, en lo esencial, ciertamente conocidos, aunque en cuantía y en calidad muy depurados. Hasta que, al fin, la guerra termina. La concluye una enorme sorpresa de la técnica castrense: el arma atómica, y con ella, desde luego también, el radar, que ha proporcionado la previa victoria del Atlántico. Otra arma ha surgido incluso, reveladora de su enorme posibilidad mañana: los proyectiles «V». Esta vez no es la industria la que parece influir más decisivamente sobre el resultado de la contienda. Son los técnicos. ¿Serán ellos acaso los vencedores de la guerra de mañana? He aquí lo más probable.

UN ARMAMENTO NUEVO, SORPRENDENTE, PARA LA GUERRA ESPACIAL

¿La estrategia futura? ¿Y quién podría perfilarla? Todo cuanto sabemos de ella es que habrá de actuar a través de un armamento nuevo y sorprendente. Aviones de velocidad supersónica. Los hermanos Wright no volaron a velocidad superior, sin embargo, a la que desarrolla hoy, en la carretera, un coche rápido. Bombas atómicas y de hidrógeno. La que cayera en Hiroshima, la primera, causó 80.000 víctimas. Luego se han experimentado de un potencial 500 ó 700 veces mayor. Estas armas actuarán por su «soplo» de choque huracanado y atroz, por su calor terrible y por su radiactividad. Las armas de la guerra espacial,

sin embargo, ¿hasta dónde no podrán llevar los efectos de estas armas terribles? He aquí la gran incógnita. En todo caso, sin embargo, conviene señalar aquí un gran hito en la historia sintética: la de las armas para el combate personal o próximo llegó hasta el reinado de la pólvora. Sin embargo, desde que el arma de fuego apareció, vacilante, hasta que se impuso en el campo de batalla, pasaron nada menos que doce o catorce siglos. Hasta ese punto la evolución ha sido lenta. El fuego, el imperio del fusil automático, de la ametralladora, del cañón e incluso del bombardeo aéreo, con bombas explosivas, parece a punto de ser desbordado por las armas nuevas. No tanto, desde luego, como para que la mutación suceda mañana misma. Pero sí precisa señalarse el proceso. El cañón anti-aéreo, la artillería de costa e incluso la misma de campaña están en trance de sustitución por el nuevo armamento. Hay ya cohetes eficaces contra la aviación. Incluso listos para sustituir a la artillería de costa, ya en franco proceso de reemplazamiento, y hasta se dice que los cohetes amenazan directa y concretamente la primacía de la aviación de bombardeo estratégico, porque en cuanto a la artillería de campaña todo camina firmemente hacia su relevo posterior. Esto no ocurrirá ciertamente mañana; pero sucederá, fatalmente, pasado.

LA POTENCIA SE IMPONE A LA MOVILIDAD EN LA GUERRA DE HOY

Si la guerra estallara hoy, en efecto, como en tanta otra ocasión del pasado histórico, surgiría sobre el campo de batalla una singular mezcolanza de armamentos: del tipo clásico, los cañones, los carros, los aviones, la caballería del motor, en vez de la de sangre; el fusil ametrallador en vez del automático; el paracaidismo, que lleva la guerra muy lejos con facilidad y presteza; pero también las bombas nucleares, con un área letal capaz de cubrir por sí sola el casco entero de las ciudades; los cohetes y los proyectiles dirigidos, desde luego. Napoleón se contentaba con una batería rudimentaria por cada millar de soldados. En la primera guerra mundial fueron menester de 120 a 130 cañones para romper un frente apenas de un kilómetro; el mismo esfuerzo exigió, en la española Guerra de Liberación—frente de Serós—, 184 cañones; 197 en Stalingrado y 350 en la fase final de la ofensiva rusa sobre Berlín en la última contienda. Los colosales morteros «Berta» que arruinaron las fortalezas belgas en la primera guerra mundial tenían un calibre de 420 milímetros. Los «Thor» de la segunda tuvieron 900. Y, sin embargo, una simple bomba táctica termonuclear es capaz de arrasar, al ser disparada por un cañón, una ciudad entera de 60.000 habitantes. En la lucha constante entre la movilidad y la potencia—el dilema eterno de la guerra—esta última parece haberse impuesto rotundamente tras de la última gran guerra, pese a los desplazamientos rápidos de las tropas merced a la aviación y al paracaidismo.

LA ESPANTOSA GUERRA DE MAÑANA: POTENCIA Y MOVILIDAD UNIDAS

Pero si la guerra, en vez de estallar hoy mismo, estallara mañana, la cosa no sería igual exactamente. Por supuesto, sería aun mucho más horrible. A la potencia colosal de aquellos medios de destrucción en masa se añadiría la movilidad excepcional de estos proyectiles de «la guerra del espacio», para los que resultan harto modestas las velocidades de los aparatos de reacción y la autonomía de la aviación de combate. En la era que la técnica militar inicia ahora, en efecto, ¿hasta dónde no podrá llegar en sus progresos de espanto? Para arrojar 5.000 toneladas de explosivos y disparar 2.000 cañonazos, en Saint-Lo, necesitó Patton, en la batalla de Normandía, 2.600 aviones y 35 grupos de artillería (420 piezas), que actuaron ininterrumpidamente durante cuarenta y ocho horas. Semejante resultado puede lograrse ahora con una sola bomba nuclear o tres disparos de cañón empleando semejante proyectil. Y aun con el disparo de un solo proyectil de las armas del espacio, lanzado sabe Dios desde cuántos miles de kilómetros de distancia. Hemos entrado en la era novísima y terrible de la guerra ultracientífica, electrónica y de laboratorio. La guerra de los sabios y no la de los mariscales. Ya no cabe contar por batallones, baterías o grupos de aviación. La nueva métrica de la destrucción en masa nos habla de «kilotones», unidad equivalente a una tonelada de «trilita»—trinitrotolueno—, y aun por «megatones», múltiplo que equivale al millar de kilotones.

¿PAZ? PARECE NO HABER OTRA HOY QUE LA DEL SEPULCRO

Las armas arrojadas de la era de la táctica del choque, con alcance apenas de unos pocos metros; el arcabuz de los co-

Un proyectil de los llamados intercontinentales—un «I. C. B. M.» de los norteamericanos—podrá alcanzar hasta 10.000 kilómetros; esto es, vez y media la longitud del radio terrestre o exactamente la cuarta parte de un círculo máximo del planeta. Moscú, en esta hipótesis, puede ser batido perfectamente desde Washington. La ordenada máxima de semejante proyectil equivale a diez veces la altura del gigante orográfico Everest. Un arma de esta clase podrá orientarse por los astros y lograr una gran precisión. La eficacia de semejante ingenio procede no sólo de su alcance inusitado y sorprendente, sino, también, de portar una cabeza atómica de colosal poder destructor.

DE LA HONDA A LAS "ARMAS DEL ESPACIO"

La próxima guerra será ya "la guerra del botón"

mienzos de la Edad Moderna, con alcance de 150 metros; el fusil de chispa de la Revolución francesa, que dispara a una distancia mitad mayor a la mencionada; el fusil repetidor, que incluía en su alza la graduación de 2.000 metros; el cañón, en fin, más colosal de la Marina, que lanza proyectiles a 40 kilómetros, y aun el «cañonísimo» superalcance alemán, que, aunque impreciso, lanzaba sus granadas casi hasta los 100 kilómetros, ¿qué significan ahora frente a estos proyectiles, con ordenadas de cientos de kilómetros y con posibilidades de alcance de millares? ¿En qué rincón del mundo puede encontrar refugio ahora quien le busque ansioso, cuando los submarinos son capaces de navegar miles de millas, durante varios días, por debajo de los hielos flotantes, incluso cuando el logro de los proyectiles intercontinentales parece casi conseguido, cuando se teme—probablemente, no sin falta de razón posiblemente—la guerra interplanetaria misma, merced a esos ingenios que la técnica de la destrucción es capaz de lanzar, mucho más con ánimo de aniquilar al adversario que de arrancar secretos al misterio infinito que nos rodea? ¿Paz? Se diría que el genio diabólico, que parece conducirlo todo, no acepta otra paz que la del sepulcro mismo. La humanidad se dispone locamente a suicidarse. ¡He aquí lo que parece fatal e irremediable, si Dios no lo remedia!...

De la nueva técnica de la destrucción, dos parecen ser las armas principales: las *armas del espacio* y las *nucleares*. A decir verdad, una sola arma, conjunto infernal de ambas. ¡Las bombas nucleares de enorme poder destructor, lanzadas por las armas del espacio, de enorme alcance! Tal es el resultado de esta terrible asociación de ambas técnicas.

Las armas del espacio tienen un origen reciente, aunque, como siempre, quepa buscar también aquí antecedentes remotos. Las armas nucleares son, al revés, novísimas; obedecen a una concepción reciente, tanto, que han dado origen a una nueva era, que hemos dado en denominar atómica.

LA HUMANIDAD, DISPUESTA A SUICIDARSE

Empecemos el relato de los nuevos armamentos por esta clase de bombas precisamente. ¿Son los alemanes, paradójicamente, también los que inician los trabajos para la consecución de estas superarmas durante la última gran guerra? Es posible. El «agua pesada» que buscaron era camino señalado de este mismo objetivo. Sólo que los americanos se adelantaron. Para ello comenzaron por crear, dentro del mayor sigilo, nada menos que tres «ciudades-fábricas», en Oak Ridge, Clinton y Los Alamos. Estamos en el comienzo de la gran experiencia. Representa este esfuerzo un magno empeño de la ciencia norteamericana. El 16 de julio de 1945—al fin—se han gastado en conseguir esta arma 78.000 millones de dólares—se verifica la primera experiencia. Resulta terriblemente impresionante. El 6 de agosto siguiente se arroja una bomba atómica sobre Hiroshima. Tres días después, otra de plutonio sobre Nagasaki. En total, una hecatombe: 110.000 muertos y 85.000 edificios arruinados. El enorme poder destructor de la nueva máquina infernal es debido a la rapidísima liberación de una gran cantidad de energía. Los efectos sobre las personas se hacen sentir causando la muerte, quemaduras, traumatismo o por la acción de la radiactividad, inmediata o no, y sobre las construcciones y las cosas, por el incendio, el derrumbamiento y la radiactividad residual. ¡Los Estados Unidos han descubierto un arma sin réplica, terrible, devastadora en masa! Pero los rusos primero y otros pueblos después se apresuran con afán a la producción de bombas de esta clase. Es la carrera de los geólogos en busca de uranio; la exploración afa-



nosa de los contadores Greiger por todos los rincones del mundo. ¡Katanga surge como objetivo número 1! En el propio corazón congolés el lugar se fortifica a la moderna; se le rodea de un cordón de alambradas, centinelas, campos de aviación y dispositivos protectores contra aeronaves. Luego son ciertas regiones montañosas de los Estados Unidos y parajes ignorados de la Unión Soviética. ¡La exploración no cesa!

Una bomba atómica puede pesar entre cuatro y diez toneladas. Su valor oscila entre uno y tres millones de dólares. Es ciertamente un arma cara, pero atrozmente eficaz. Un dólar empleado en su construcción produce daños equivalentes a 300, mientras que si aquél se emplea en la producción de explosivos, tales daños pasarán raramente de 50.

Ultimamente las armas atómicas y las bombas de hidrógeno—aun más potentes y derivadas de aquéllas—podrán emplearse de tamaño grande, para el aniquilamiento de urbes enteras, de grandes centros fabriles, de puertos importantes, etc., esto es, como armas de genocidio, de hecatombe general, que no respeta nada, o bien como armas pequeñas tácticas, capaces de ser lanzadas por la novísima artillería o por las armas del espacio. Forzosamente su volumen será, en este caso, menor; pero sus efectos no dejarán por ello de ser catastróficos. La táctica contra estas armas es sólo la diseminación. Formaciones muy diluidas que eviten la destrucción de grandes efectivos. De este modo una división, por ejemplo, en la guerra atómica, puede cubrir un frente y una profundidad tres o cuatro veces mayor que una gran unidad de este tipo encuadrada en un frente clásico. La artillería novísima de campo de batalla, de impulsión cohete, los «Honest John», los «Corporal», etc., son capaces de lanzar estas bombas pequeñas hasta 50, 100 y aun 300 kilómetros, en su caso.

NI UN SOLO PASO FIRME HACIA EL DESARME

Las armas atómicas de tipo táctico parece evidente que se emplearán en la guerra si estallara ahora. A decir verdad, los grandes ejércitos están ya transformándose rápidamente en ejércitos atómicos, provistos de armas de esta clase y de medios para paliar los efectos de las armas análogas, de las que se supone dotado irremediablemente el rival.

Las grandes bombas de esta clase podrán o no tener trágica aplicación en la guerra futura. No faltan quienes aseguran que no se emplearán, como ocurrió en la segunda conflagración mundial con los gases tóxicos. Otros, más cautos o más pesimistas, lo prevén. ¿Acaso la locura colectiva humana podrá tener remedio en lo que a la destrucción bélica se refiere? ¿Puede parecer factible que las pequeñas bombas de uso táctico se empleen en la guerra futura y se rechace el uso de las grandes con fines estratégicos? A la verdad—he aquí un mal síntoma, sin duda—,

las conversaciones en pro del desarme, singularmente del atómico, no han dado hasta la fecha un solo paso firme. Hasta ahora todo lo logrado ha consistido en que los Estados Unidos tienden a la fabricación de la «bomba limpia» que reduzca al mínimo el efecto de la radiactividad, con evitación de bajas inútiles, haciendo el proyectil, dentro de los límites terribles de su estrago, mucho más humanitario. Los rusos ni siquiera han intentado esto.

En 1942, von Braun, el padre de los proyectiles cohete, ensayaba el primero en Alemania. El Reich intentaba a toda costa librarse del cerco que le habían puesto sus enemigos. Los cohetes de pólvora fueron pronto adoptados por la Luftwaffe. Paralelamente, Rusia iniciaba el mismo camino. Los ex combatientes de la española División Azul recordamos muy bien aquellos aparatosos «organillos»—los «stalinorgel» u «órganos de Stalin»—que con no mucha precisión, pero sí con gran estruendo, lanzaban los rojos en el frente de Leningrado. Al fin los alemanes obtuvieron la primera arma realmente eficaz de esta clase: la V 1, de ocho metros de longitud, 2.200 kilogramos de peso, 800 de carga explosiva, 600 kilómetros de velocidad horaria y 300 de alcance. Entre 8.000 y 9.000 armas de esta clase fueron lanzadas sobre Inglaterra, de las que al menos las dos terceras partes cayeron en su suelo. La V 2, el cohete líquido, vino después, y le permitió al propio von Braun soñar ya con los viajes interplanetarios. Pesaba este proyectil 12.000 kilogramos; su carga explosiva, 1.000; tenía 12 metros de longitud, volaba a la velocidad de 1.600 metros por segundo y alcanzó 320 kilómetros. Dos mil cohetes de esta clase fueron arrojados sobre los teatros europeos continentales y 1.115 sobre la Gran Bretaña. Pero la guerra terminó. Alemania se rindió sin condiciones. Las nuevas armas habían llegado, sin duda, demasiado tarde para proporcionarles en el último instante la victoria.

ANTE LA FRIA Y ASOLADORA «GUERRA DEL BOTÓN»

No será éste indudablemente el caso de la guerra de mañana. Los «missiles» yanquis o los «raketas» soviéticos parecen que están virtualmente a punto ya. Se trata sencillamente de proyectiles balísticos, de cohetes, de enorme velocidad, gran altura de trayectoria, dirigidos sólo inicialmente y difíciles de destruir, al menos de momento. O bien de *armas teledirigidas*, de verdaderos aviones sin piloto, de trayectoria más baja, menor velocidad, aunque siempre muy grande, pero controlados totalmente durante su vuelo. En el orden táctico el problema de estas armas está resuelto. No sólo se fabrican, sino que incluso disponen ya de ellos las tropas norteamericanas, las inglesas, las rusas, y está en vías de extenderse su uso a todos los grandes ejércitos del mundo. Las armas de alcance medio—llamando «alcance medio» hasta los 2.500 kilómetros—están en vías de logro in-

mediato. Se dispone ya de algunas. Se experimentan otras que incluso parecen rebasar, en buena parte, semejante alcance. El «Thor», el «Júpiter» y el «Polaris», yanquis, son armas de esta clase correspondientes a la Aviación, al Ejército y a la Marina, respectivamente. Y, por último, se anda en visperas de hollar el arma intercontinental, el I. C. B. M., que dicen en los Estados Unidos, cuyo alcance debe ser nada menos que de 6.500 kilómetros, esto es, lo suficiente para salvar el Atlántico en el tiempo mínimo de veinte a veinticinco minutos. Los rusos aseguran haber conseguido ya en sus experiencias un arma de esta clase. Los norteamericanos, si no lo han logrado, parecen estar próximos a conseguirlo del mismo modo. Queda, es verdad, pasar del campo experimental al orgánico y obtener armas suficientes, en calidad y en número, para dotar, desde luego, a las tropas. Ese día llegará. Quizá no esté lejano. Y ese día, ¿servirán los grandes bombarderos o resultarán innecesarios y precozmente anticuados, como parecen resultar, al presente, tantas otras armas que antaño se antojaban capitales? Ese día, ese mal día, en fin, podrá el mundo combatirse de un hemisferio a otro; del Ecuador al Polo, sin más que lanzarse a través del espacio infinito proyectiles de esta clase provistos de cabeza atómica. Habrá llegado así el momento de «la guerra del botón».

Porque la tragedia escalofriante hacia la cual parece localmente impelida esta pobre humanidad se antoja ser precisamente esta misma: dotar a los proyectiles de alcance intercontinental de cargas nucleares, capaces de aniquilarlo todo. ¡El más colosal alcance para la más colosal carga de destrucción! Quién sabe si, incluso, estos proyectiles terribles no se lanzarán mañana también desde satélites artificiales o incluso desde la Luna! La Luna, en efecto—se le antoja ahora mismo a la «astronáutica»—, no está ciertamente tan lejana como para impedirlo.

Y cerramos el ciclo. ¿Cómo ha evolucionado el arte militar a través de los tiempos? Le hemos seguido desde su inicio mismo, incipiente, en la guerra de la prehistoria. Hemos visto sus progresos luego, siguiendo, como la sombra al cuerpo, a los de la civilización. ¿Y ahora? ¡El arte militar desaparece! ¡En la guerra mañana no habrá ya táctica ni estrategia! ¡Habrá sólo una colosal matanza y hecatombe universal! Los hombres no esgrimirán las armas para combatirse. La humanidad, sencillamente, optará por suicidarse. El odio habrá vencido en ella a la caridad. El terror se habrá impuesto sobre la libertad. En la epístola de San Pablo a los gálatas se dice así: «Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; pero cuidado con tomar la libertad como pretexto para servir la carne; antes servíos unos a otros por la caridad. Porque toda la Ley se resume en este solo precepto: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo." Pero si mutuamente os mordéis y os devoráis, mirad que acabaréis por consumirlos unos a otros»...

General DIAZ DE VILLEGAS

Rey-Vila y la "línea esencial"



EMBAJADA INGLESA
PARÍS

30 de abril de 1957.

Querido señor Rey-Vila:

Quiero agradecerle muy calurosamente el magnífico libro de dibujos que ha tenido la amabilidad de enviarme con motivo de la visita a Francia de la reina.

Este gracioso homenaje a la Brigada de la Guardia, donde yo he servido, lo guardaré siempre como un tesoro. No he dejado de transmitir al palacio de Buckingham el álbum que amablemente me envió para hacerlo llegar a Su Majestad.

Su afmo.,

GLADWIN JEBB
Embajador

Señor Rey-Vila.

LA cortesía de la diplomacia británica tiene en las líneas que anteceden un matiz hasta caluroso.

La cosa, en verdad, no fué para menos. París se vistió de fiesta para acoger la visita de Su Majestad británica. El tricolor enlazado en los rincones más ilustres de la ciudad con la bandera de la Union Jack marcaba el brillante renacimiento de la «Entente cordiale». André Maurois —inevitable cuando de cosas británicas se trata— recordaba en un artículo la difícil visita de Eduardo VII, poco después del incidente de Fachoda, visita iniciada bajo los peores auspicios, pero que determinó en su desenlace el apretón de manos militar y diplomático entre Francia y la Gran Bretaña. En el alto de la Torre Eiffel cuatro banderas gigantescas, a escala americana —dos francesas y dos británicas—, iluminadas por el poderoso ángulo de los reflectores, ponían sobre el cielo de París, de este París de primavera de 1957, el color y el símbolo de la renacida «Entente cordiale».

París tiene muchas sabidurías envidiables, entre ellas la sabiduría de saber montar sus escaparates. Una visita por las calles céntricas de la capital; una vaga, noctámbula peregrinación al mor de sus escaparates, brinda al visitante un curso abreviado de Historia del Arte. El escaparate de París es expresivo como un símbolo, sensible al secreto de los días como un barómetro de altísima precisión.

Los escaparates de París se habían engalanado todos de «Entente cordiale». A la puerta de Hermès, en la Rue du Faubourg Saint-Honoré —centro de la elegancia parisiense—, esquemática en su geografía de hierro forjado, estaba la silueta de un *granadier guard*. Lo había dibujado José Luis Rey-Vila, y Hermès compró el modelo y adquirió los derechos de reproducción en hierro.

En otros escaparates igualmente nobles de París, la imagen de este guardia escocés, concebido y diseñado por un español, simbolizaba el homenaje de adhesión de la capital de Francia a la reina de Inglaterra.

Y es que Rey-Vila conoce muy bien estas cosas: el arte del dibujo y el Imperio británico.

Este hombre breve, concreto y expresivo nació en la «salada claridad» de Cádiz con el siglo. Exactamente—gusta él de recordarlo—el día de San Lucas, patrono de los artistas y de los médicos. Quería ser ingeniero naval y, después de aprobar el examen de ingreso en el Instituto gaditano, estudió durante seis años en un colegio de Gibraltar. Su aprovechamiento en los estudios en aquella primera época de su vida sólo puede compararse con su falta de puntualidad. Los ingleses, gentes de péndulo y seguro calendario, no acabaron nunca de entender este viejo secreto andaluz que consiste en torear diestramente al tiempo con la capa. Porque Rey-Vila, el alumno menos puntual de todos los colegios británicos del mundo, obtuvo el número 1 en los exámenes de capacidad—*junior certificate* 1916 entre los alumnos de todos los colegios británicos del mundo.

De vuelta a Cádiz, en temprana mocedad, trabajó como técnico de la construcción naval en los astilleros Echevarrieta; pero un buen día desapareció de la oficina y de su casa para alistarse como marinero voluntario en el crucero *Cataluña*. A su bordo dió la vuelta al Mediterráneo y participó en algunos combates de la guerra de África. Datan de entonces sus primeros dibujos de guerra. Y la guerra—la guerra de África—, vista y vivida a bordo del *Cataluña*, modifica radicalmente la vocación de este hombre. Abandona los astilleros y sustituye la trigonometría por el caballete. Pinta y dibuja en Cádiz y en Barcelona, en cuya Escuela de Bellas Artes entra un día, hombre de barba ya espesa, por la misma humilde puerta de entrada que el resto de los alumnos, casi todos ellos muchachos apenas quinceañeros. Porque el genio para Rey-Vila, como para Edisson, se compone de un 99 por 100 de transpiración y de un 1 por 100 de inspiración. Y sin buen catecismo y buenos latines no hay luego humanidades que valgan.

En París, desde hace veinte años, ha descubierto Rey-Vila lo que él llama la «línea esencial».

La línea esencial es el sistema nervioso del sujeto, el puente que une su alma con su cuerpo.



En las gentes el color es la materia; la línea, el alma.

Pero la línea ha de ser objetiva. Por eso la línea de Rey-Vila no es la del caricaturista. Más cerca, mucho más cerca de la sustancia del objeto, podría encontrarse un precedente en la línea de Matisse.

La línea esencial es algo a lo que se llega, no algo de lo que se parte. Más que esquema, es quintaesencia. La estética de Rey-Vila es una estética rigurosamente personal. Un verdadero descubrimiento. Las cosas en línea esencial ofrecen una visión inédita. El lápiz «esencial» de Rey-Vila «estrena un mundo cada día». Rey-Vila es un cronista nato. Un cronista gráfico que dispara inevitablemente sobre el mundo que le circunda el fogonazo de su línea esencial. Tiene pupila de máquina fotográfica. Dispara automáticamente su lápiz. Un lápiz que busca siempre y que ha llegado a la esencia depurada.

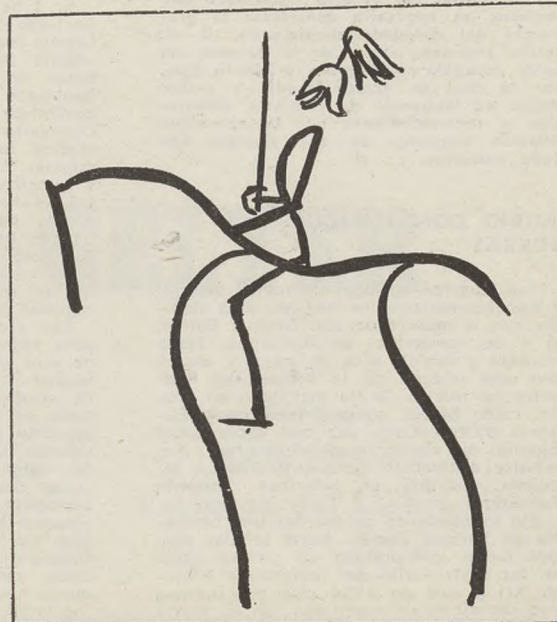
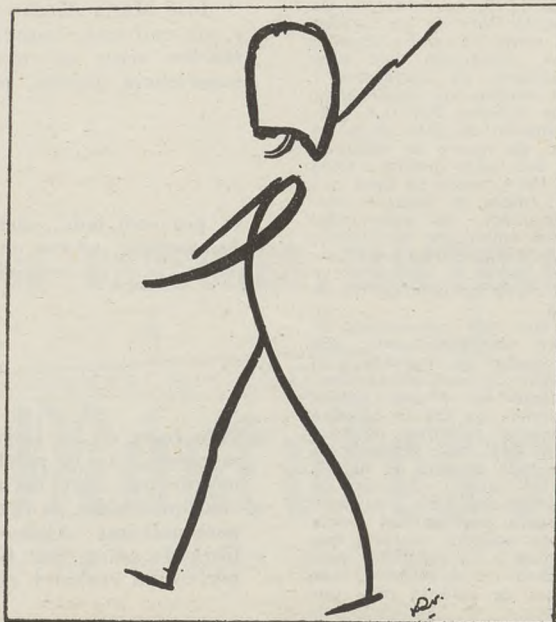
Residente en París durante la ocupación alemana, tiene todo un arsenal de temas y de tipos de entonces guardados en su taller. Los historiadores presentes o futuros de esta época deberían consultarlo.

Con ocasión de la visita de Isabel II, expuso en la librería Saint-Germain una colección de deliciosos dibujos en línea esencial sobre temas del ejército británico. Quintaesencia, como siempre, fué entonces quintaesencia del britanismo parisiense. Los escaparates se llenaron de sus dibujos. El dibujo se hizo hierro forjado y París dió la bienvenida a la reina amiga con la línea esencial.

En la recepción del Elíseo, el embajador de España, conde de Casa Rojas, hizo entrega a Su Majestad británica del primer ejemplar numerado de la edición que recoge los dibujos británicos de este pintor de Cádiz.

Y Rey-Vila, en maduro triunfo de arte hoy, como en triunfo incipiente de estudios en el colegio de Gibraltar, sigue llegando tarde. Hace poco tenía una cita, a las cinco de la tarde, para tomar el té con los duques de Windsor. Y llegó a las siete. Pero llegó.

R.



II CONGRESO HISPANOAMERICANO DE HISTORIA

Entre los días 5 y 12 de octubre se ha celebrado en Ciudad Trujillo el II Congreso Hispanoamericano de Historia. Asistieron 52 delegados, que representaban a la Argentina, Austria, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, España, Guatemala, Perú, Panamá y República Dominicana. Además concurren numerosos observadores de otros países hispanoamericanos.

En la sesión preparatoria, efectuada el día 5, se acordó nombrar presidentes de honor al Generalísimo Trujillo, al Presidente de la República Dominicana, general Héctor Bienvenido Trujillo Molina, y al archiduque Otto de Austria-Hungría. La presidencia efectiva recayó en don Emilio Rodríguez Demorizi, presidente de la Academia Dominicana de la Historia. Fueron creadas las comisiones siguientes: I, «La Española, base de irradiación hispánica en América»; II, «La expansión hispánica por las Indias»; III, «La acción hispánica en América»; IV, «La obra de Gonzalo Fernández de Oviedo»; V, «Regimen interior de la Asociación y cuestiones prácticas».

La sesión inaugural, celebrada al siguiente día, revistió gran solemnidad. El Presidente de la República, general Héctor B. Trujillo, dijo, dirigiéndose a los congresistas: «Deseo expresaros que estáis en vuestras propias casas y que cuanto os rodea os pertenece sin restricciones.» A continuación habló don Emilio Rodríguez Demorizi, que hizo alusión a que en La Española comienza «la luminosa historia del Nuevo Continente: llave, puerto y escala de todas las Indias la llamó Felipe II, y ya era la cuna de América, altar mayor de América, pórtico de América, tierra predilecta del Almirante, en que se asientan los españoles y en que fundan la primera ciudad y villas blasonadas cuando todavía no se alzaba ninguna en toda la extensión de las comarcas recién halladas».

Entre otras muchas proposiciones, acuerdos y trabajos, existen varios que merecen destacarse. Así, una invitación del Congreso a los especialistas en Historia del Derecho indiano e instituciones a una labor coordinada para crear una edición de fuentes histórico-jurídicas indianas. Otro acuerdo del Congreso fue que se considerasen como patrimonio cultural de todos los pueblos hispánicos los archivos españoles relacionados con América, colaborando con América, colaborando todos los países hispanoamericanos a la conservación, catalogación, etc., de sus documentos.

Los delegados hispanoamericanos al Congreso resolvieron gestionar ante sus Gobiernos respectivos la colaboración moral y material para que en Madrid u otra ciudad española se eleve un monumento que simbolice los fuertes vínculos entre España e Hispanoamérica. Importante igualmente fue el acuerdo por el que se recomendó a todos los centros culturales y de enseñanza hispanoamericanos la conmemoración solemne y con vigor científico del IV centenario de Carlos V, que se celebrará el próximo año.

Con vistas a reforzar los lazos de unión entre los países hispanoamericanos, el presidente del Congreso, señor Rodríguez Demorizi, propuso recomendar la elaboración de monografías en que se estudien las relaciones de las actuales naciones hispanoamericanas entre sí, desde el período virreinal, y con España, a partir de su independencia. Dado que el Congreso, en cierto aspecto, se celebró en torno a Carlos V, es interesante resaltar el proyecto de esquemas de un libro sobre el emperador que presentó el profesor austriaco Alexander von Ranke.

Finalmente, por el alto significado que encierra, es necesario considerar la propuesta del delegado dominicano, D. R. Emilio Jiménez, acerca de la defensa del habla española en Filipinas y Puerto Rico, por lo cual se acordó rendir a ambos países un homenaje de simpatía, admiración y reconocimiento por la acrisolada filiación hispánica de que siempre han dado muestras.

MURIO DON ENRIQUE BORRAS

Tres cuartos de siglo de teatro español e hispanoamericano se han ido para siempre con la muerte de don Enrique Borrás, el 4 de noviembre, en Barcelona. Tenía noventa y cuatro años de edad, y expiró con una imagen de la Virgen del Pilar entre las manos. Se ha marchado en otoño, como Baroja, como Ortega, como Eugenio d'Ors. «Cada vez que sopla sobre España el viento equinoccial hay que echarse a temblar, porque se lleva a alguien», escribió en «Arriba» Torrente Ballester.

No es momento de escribir una biografía de Enrique Borrás. Basta señalar aquí que había interpretado su primer papel en las postimerías del reinado de Alfonso XII y que en 1904 pisó por primera vez un escenario madrileño, en el teatro

de la Comedia. El crítico Nicolás González Ruiz ha recordado la impresión que, de pequeño, le produjo Borrás en el Pedro Crespo de «El alcalde de Zalamea». «Uno empieza a recordar o acude a los recuerdos de sus mayores, y siempre ha existido Enrique Borrás.»

Para el teatro de Hispanoamérica también cuenta la muerte de Enrique Borrás. Son muchas las temporadas que sostuvo en las naciones hermanas y muchísimos los personajes inmortales que encarnó. Descanse en paz don Enrique Borrás.

III CONGRESO IBEROAMERICANO DE EDUCACION

Del 23 de octubre al 1 de noviembre se ha celebrado en Ciudad Trujillo el III Congreso Iberoamericano de Educación, convocado por la Oficina de Educación Iberoamericana (O. E. I.) y el Gobierno de la República Dominicana. Paralelamente había sido convocada también la I Reunión Extraordinaria del Consejo Directivo de la O. E. I.

Los Congresos Iberoamericanos de Educación son el órgano legislativo de la Oficina de Educación Iberoamericana, organismo intergubernamental de cooperación educativa para los países de habla española y portuguesa, que tiene su sede en Madrid.

La reunión de Ciudad Trujillo ha logrado un conjunto orgánico de acuerdos que unifica y normaliza los criterios que han de regir la educación técnica en nuestros países; un proyecto de convención para la convalidación de estudios de nivel primario y secundario, cuyo texto constituye un triunfo sobre los prejuicios y objeciones que venían arrastrándose desde hace más de medio siglo; una síntesis práctica y armónica de las recomendaciones sobre formación del personal de enseñanza; un ordenado haz de recomendaciones, en el que se coordinan las últimas experiencias en materia de alfabetización y educación fundamental de adultos, y unas claras resoluciones, que afirman, jurídica, funcional y económicamente, a la Oficina de Educación Iberoamericana.

Tomaron parte en las deliberaciones quince Delegaciones gubernamentales, y entre los asistentes figuraban el secretario de Estado de Educación y Bellas Artes de la República Dominicana, don Manuel R. Ruiz Tejada, como presidente del Congreso, y los ministros de Educación del Ecuador, don José Baquerizo Maldonado; don Jesús Rubio García-Mina, de España, y don René Schick, de Nicaragua, como vicepresidentes. Actuó de secretario general el que lo es de la O. E. I., don Carlos Lacalle.

Fueron presidentes de honor del Congreso el generalísimo doctor Rafael B. Trujillo Molina y el general Héctor B. Trujillo Molina, Presidente de la República.

Simultáneamente se celebró también en Ciudad Trujillo la I Reunión Extraordinaria del Consejo Directivo de la O. E. I., que, entre otras cosas, acordó otorgar un voto de aplauso al Ministerio de Educación de España y al Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, en reconocimiento por el apoyo prestado a la O. E. I., así como mostrar su agradecimiento y encomio, por la brillante labor realizada, al presidente de la entidad, doctor Manuel Ramón Ruiz Tejada, durante el período que termina, y al secretario general del organismo, por la eficacia de su gestión.

DEVUELVEN A ESPAÑA EL CORAZON DE UN VIEJO BARCO

El 3 de julio de 1898, en la batalla de Santiago de Cuba, la flota de los Estados Unidos hundió el navío de guerra español «Reina Mercedes», construido diez años antes en los astilleros de Cartagena y bautizado con el nombre de aquel amor romántico del rey Alfonso XII que precisamente una comedia de gran éxito en Madrid ha traído de nuevo al recuerdo popular. El barco fue luego puesto a flote y remolcado, en 1914, hasta la base naval de Anápolis. Ahora, al llegar el momento de su desguace, las autoridades navales llamaron al embajador de España, don José María de Areilza, para entregarle el corazón del barco, su campana, ya que no estaba el navío en condiciones de regresar a España.

Los cronistas que han presenciado el acto coinciden en describirlo como uno de esos en que rondan las lágrimas y el escalofrío. Los 3.800 cadetes de Anápolis estaban formados en la gran explanada de la Academia. Se izó la bandera española y se escuchó el himno nacional español, la Marcha Real, bajo cuyos acordes había sido botado al agua el buque. Luego desfilaron los futuros oficiales. Un periodista español escuchó decir a su lado: «Nunca los he visto desfilar tan bien.» Eran los nietos de aquellos marinos que trataron como héroes a los españoles vencidos, vencidos pero no humillados. Aun queda una anciana de setenta años que recuerda la estancia en Anápolis de

aquellos hombres, a quienes la población y las autoridades no dieron trato de cautivos, sino de huéspedes ilustres en desgracia. Ante el «Reina Mercedes», el conde de Motrico habló no sólo como embajador de España, sino como representante de la generación de españoles que nacieron bajo el peso de la crisis del 98. «Con este gesto—dijo Areilza al almirante norteamericano que dirige la Escuela Naval de Anápolis—os ganáis el corazón de los españoles, quienes entienden mejor esto que las estadísticas y frías doctrinas.»

El «Reina Mercedes» es ya pura historia. Recuerdos entrañables, como esa placa que los turistas que visitaban el barco leían, emocionados, cada día. En ella el duque de Montpensier expresaba su gratitud al crucero que había adoptado el nombre de su hija, la malograda reina. Todo hundido ya en el recuerdo, salvo una civilización cristiana que ha quedado en América, y de la que es símbolo esta campana de bronce que, medio siglo después de dejar de sonar, ha recibido en Anápolis (Maryland) el embajador de España en los Estados Unidos.

III CONGRESO HISPANO-LUSO-AMERICANO-FILIPINO DE DERECHO INTERNACIONAL

«Unidos por los vínculos indestructibles que arrancan del común origen ibérico, los pueblos hispano-luso-americanos, representados por vosotros, se han esforzado en Quito por encontrar nuevos rumbos para el Derecho Internacional, por facilitar la convivencia de las naciones mediante normas jurídicas que les permitan vivir en paz al amparo de la justicia. Por ello, este III Congreso culmina hoy bajo el signo del éxito, después de un esforzado y tesonero trabajo, en el que habéis hecho gala de sabiduría, en aras de la concordia y de la paz.»

Estas palabras de don Carlos Tobar Zaldumbide, ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador y presidente de honor del III Congreso Hispano-luso-americano de Derecho Internacional, constituyen, sin duda, el mejor resumen de sus tareas, clausurado en Quito el Día de la Hispanidad.

El ministro ecuatoriano glosó los principales acuerdos del Congreso: «Legislación aplicable a los actos realizados y hechos ocurridos a bordo de una aeronave en vuelo internacional»; «Estudios relativos a la condición jurídica especial de los nacionales pertenecientes a los países de la comunidad hispano-luso-americano-filipina»; «Condiciones sobre el fondo y la forma del matrimonio»; «Responsabi-

lidad del Estado en los daños causados a los extranjeros».

El señor Tobar Zaldumbide puso de relieve el valor singular de las conclusiones del Congreso en relación con la espinosa cuestión del mar territorial. «El Congreso—dijo—ha confirmado el principio de que "la extensión de tres millas para delimitar el mar territorial es insuficiente y no constituye una norma general de Derecho Internacional"». De la misma manera ha recordado que «los derechos del Estado ribereño, en lo que concierne al suelo y al subsuelo de la plataforma submarina o zócalo continental correspondiente, se extienden asimismo a los recursos naturales que ahí se encuentran». En este sentido ha proclamado el derecho de «cada Estado... para fijar su mar territorial hasta límites razonables, atendiendo a factores geográficos, geológicos y biológicos, así como a las necesidades económicas de su población y a su seguridad y defensa».

El Congreso eligió la Mesa directiva siguiente: presidente, el doctor Teodoro Alvarado Garaicoa, presidente del Instituto Hispano-luso-americano-filipino de Derecho Internacional; secretario, don Jorge Salvador, y los miembros del Consejo Directivo del Instituto de Derecho Internacional siguientes: director, doctor José de Yanguas Messia (España), y consejeros: doctor Atilo Dall Oro Maini (Argentina), Luis A. de Gama e Silva (Brasil), Antonio de Linares Fleytes (Cuba), Albónico Valenzuela (Chile), Ricardo J. Alfaro (Panamá), Raúl Sapena (Paraguay), Francisco Manuel Marmol (Venezuela), Manuel F. Armaburu Menchada (Perú), Antonio Ferrer Correia (Portugal) y Eduardo Jiménez de Aréchaga (Uruguay); interventor, doctor Camilo Barcia Trelles (España); secretario general, doctor Luis García Arias (España); secretarios adjuntos: José Luis de Azcárraga y Bustamante, Alfonso Rodríguez, Efraín Schatt Aristigueta y Luis Antonio da Gama e Silva.

Los congresistas visitaron al Presidente de la República, doctor Camilo Ponce Enríquez. El profesor Barcia Trelles, de la Delegación española, pronunció unas palabras de saludo y gratitud y le entregó las insignias de miembro de honor del Instituto Hispano-luso-americano de Derecho Internacional. El Presidente ecuatoriano agradeció esta distinción y dijo, entre otras cosas: «Si es que vosotros fallaseis, si es que vosotros desapareciésteis del mundo actual, ciertamente el horizonte del Derecho Internacional podría amenazar de crisis y destrucción. Pero estando vosotros como campeones del idealismo jurídico, como campeones de la defensa de la paz entre los pueblos, de la atracción solidaria entre las naciones, ese futuro no tiene por qué temer.»

«No podemos hablar de crisis del Derecho Internacional. Vosotros dominaréis la inmoralidad del mundo mediante la afirmación de la doctrina vertical de la gloriosa España del siglo XVI y mediante vuestro aporte generoso de hombres de buena voluntad.»

LIBROS ABIERTOS

AUSENCIA, por José María Alonso Gamo. Insula, Madrid, 1957.

Pocos poetas, como José María Alonso Gamo, tan fieles, indeclinables a lo que ha constituido en la poesía en español contemporánea el renacimiento y recuperación de las mejores formas. De nuevo la andadura de su terso y jugoso endecasílabo viene a estas páginas para darnos noticia del poeta. El libro, como un continuado poema, tiene la intensidad y la fuerza unitiva de una cerrada pieza lírica. Al extenso *Primer poema de ausencia* siguen los sonetos, con un intermedio, *Ausencia en el sueño*, de sorprendente dinámica verbal y expresiva, para terminar con la serie de tercetos *Ala tú entre las alas de las aves*.

José María Alonso Gamo se nos aparece con una voz más hecha y madura, y, sin embargo, impregnada de una sustancia fresquísima y originaria, como si muchas veces su encuentro con la palabra estuviera en el principio de la experiencia poética, en el principio de los tiempos. Así, cuando nos dice:

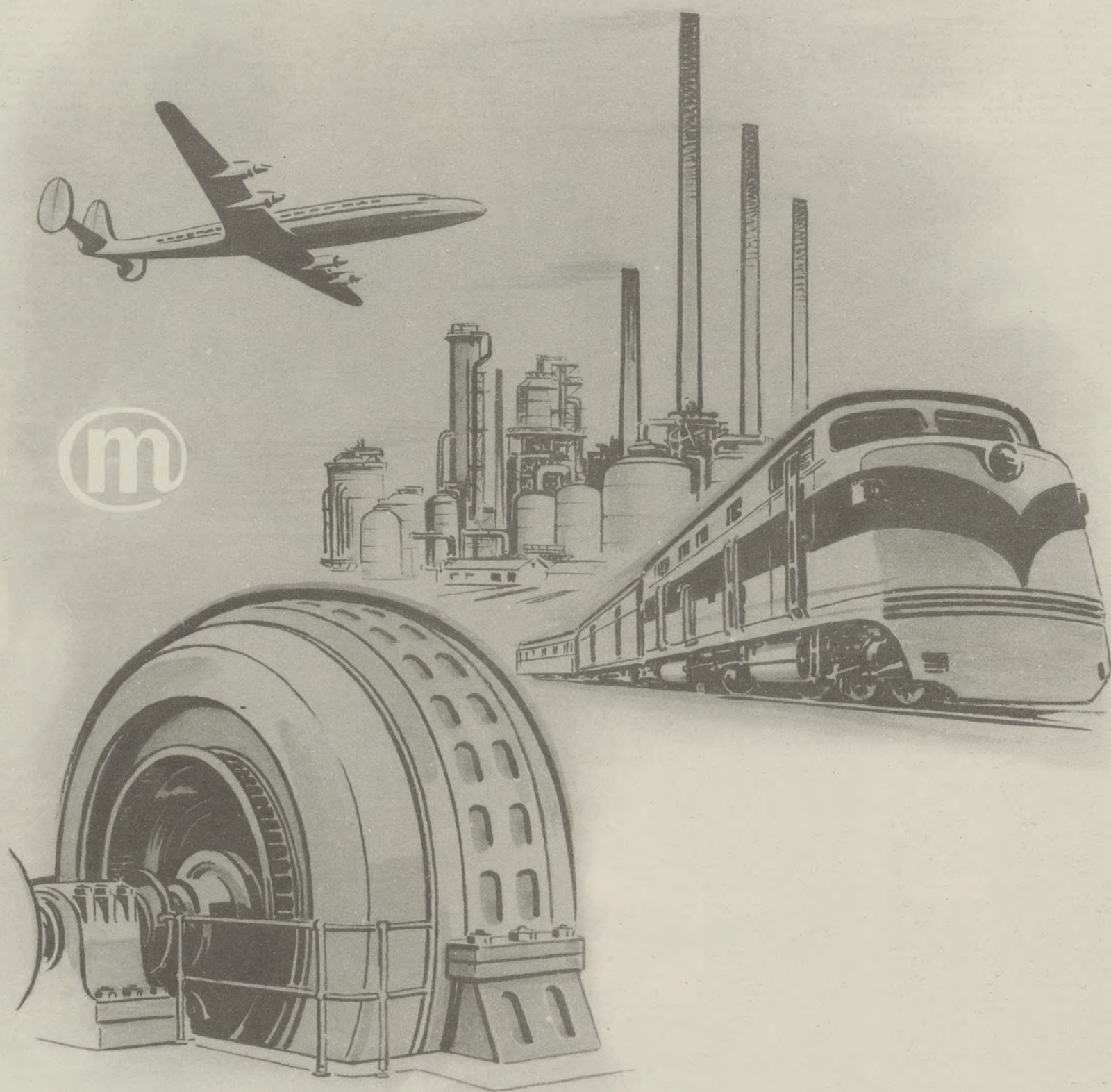
*Soñando estaba yo cuando
te encontré... Inútil llamar
al sueño...*

O, por otro lado, cuando las más atrevidas formas expresivas, las más desusadas audacias entran en su clásico verso, con cédula mágica, comunicándonos su evidencia y su conmoción:

*Poco a poco me alejo; por amura
veo el mar; y ese bote, esas gabarras
que se mecen, semejan alpujarras,
donde lloro—Boabdil—mi desventura.*

Pero fuera de los aciertos retóricos o expresos de la materia dominada en todo momento, de la palabra conducida con donosura y temblor ininterumpido, lo que nos gana definitivamente en *Ausencia* es la amarga serenidad de esa voz, que vuela su caudal de sentimientos en un cauce nostálgico de dimensión personalísima. Alonso Gamo proclama «su dolorido sentir» en un hermoso libro de amor, que no se agota en sí mismo, que está mucho más allá de la perfección verbal y generosa con que el autor nos da su mensaje.

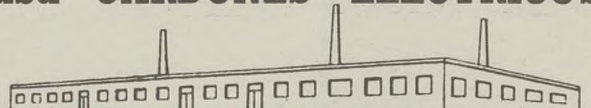
J. G. N.



Toda la industria usa **CARBONES ELECTRICOS**

GELTER

Fábrica:
MADRID
Antracita, 10 al 16

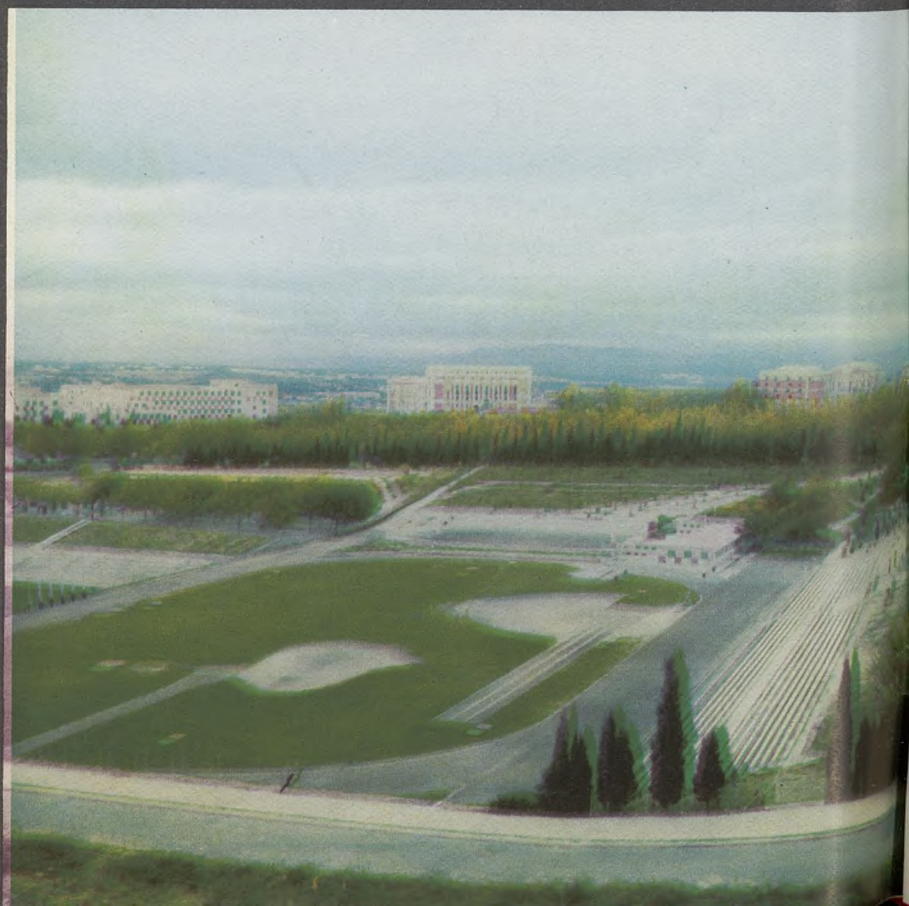

C. Móstoles s.a.
GELTER MARCAS REGISTRADAS 

Fábrica:
BARCELONA
Esplugas del Llobregat



La verde geografía de la Universitaria y el Parque del Oeste madrileños limita los vuelos del Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe, en el que conviven doscientos estudiantes de los países iberoamericanos y de Filipinas.

Las imágenes de esta página—de la capilla a la zona deportiva contigua al Colegio, pasando por la tertulia en una mañana de fiesta—son como un compendio de la esencia del Guadalupe, que ahora cumple su décimo aniversario y al que alguien llamó la «casa matriz del sueño hispánico».



EL COLEGIO MAYOR "NUESTRA
SEÑORA DE GUADALUPE"

Una pequeña América en la Universitaria madrileña

LA «CASA MATRIZ DEL SUEÑO
HISPANICO» CUMPLE AHORA
SU DECIMO ANIVERSARIO

EN muchos aspectos, el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe es como cualquier otro Colegio Mayor español. Una gran casa—moderna, confortable, alegre—en la que conviven un grupo de universitarios, que allí completan la formación específica que reciben en las aulas.

En todo esto, el Guadalupe es igual que cualquier otro Colegio Mayor. Pero, además de estas funciones comunes, cumple otras bien distintas, que le dan una característica destacada y que prolongan su acción mucho más allá del suelo donde se asienta, por los ámbitos de esa realidad indiscutible que se llama la Hispanidad.

La primavera pasada se han cumplido los diez años de la fundación de este Colegio Mayor, auténtica casa de los estudiantes hispanoamericanos en Madrid, de la que un periodista cubano ha dicho recientemente: «Esta institución ha hecho posible que estudiantes de todos los países de habla castellana encontraran en torno a la Universidad de Madrid una comunidad de vida hispanoamericana auténticamente universitaria, en la que se relacionan los hombres de unos y otros países en torno a sus problemas, sus estudios y sus experiencias.»

DE UNA CASA DE PISOS A LA UNIVERSITARIA

El Colegio tuvo su sede inicialmente en una casa de pisos de la calle de Donoso Cortés, en el barrio casi universitario de Argüelles. En aquel edificio,

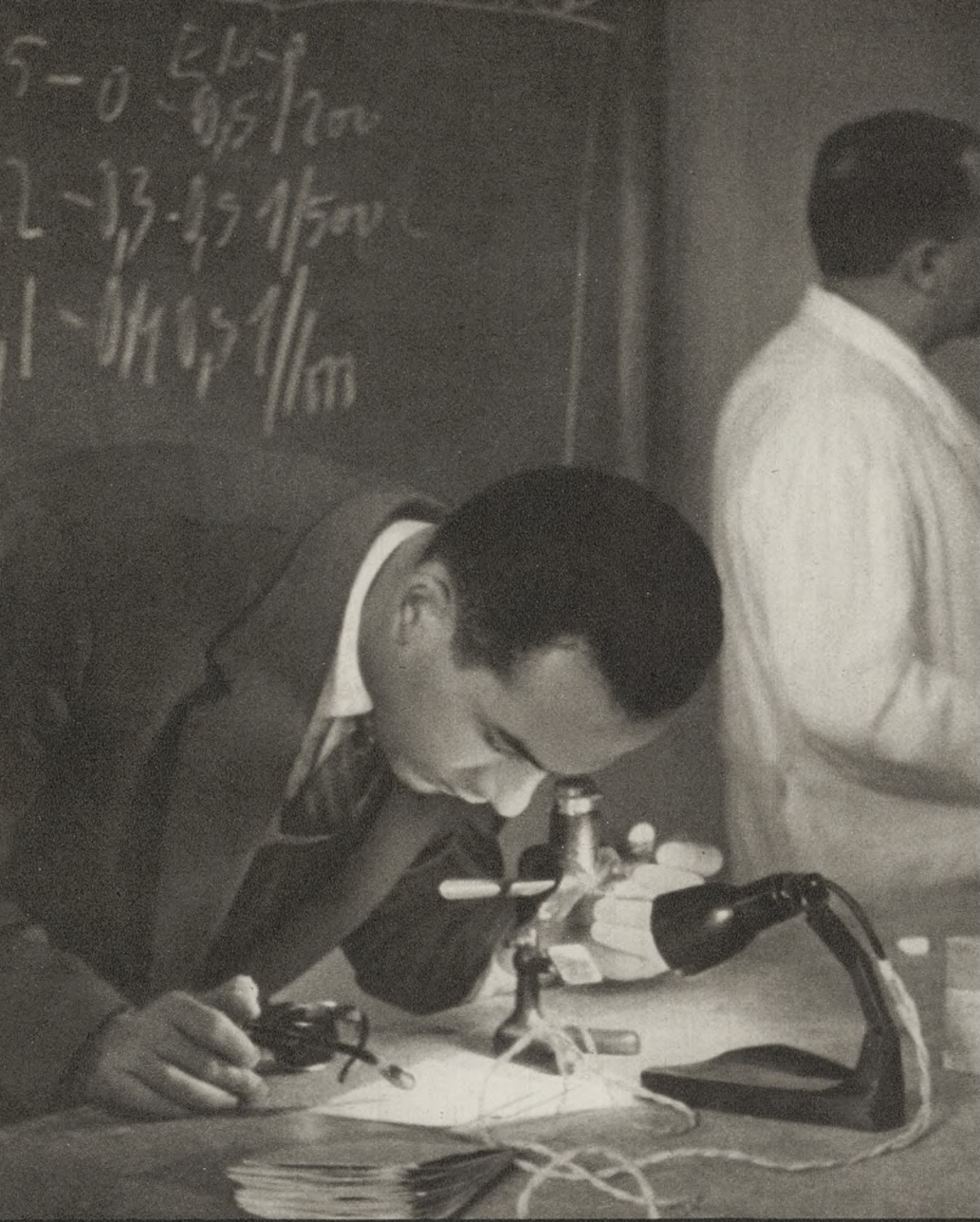
La llegada al Colegio. Todo un futuro lleno de incógnitas se abre ante estos dos estudiantes nicaragüenses que han sido admitidos en el Guadalupe. Horacio Talavera y Mario Solórzano, fresca aún la inevitable nostalgia del país natal, recién dejado, se encaminan en la soleada mañana hacia una nueva vida.



El primer cambio de impresiones. Mario Solórzano plantea al director del Guadalupe sus propósitos y recibe las indicaciones generales acerca de la vida colegial. A lo largo de su vida, los muchachos recordarán estas primeras charlas, por las que comenzaron a sentir la responsabilidad de ser «guadalupanos».

Los estudiantes ocupan en el Colegio Mayor Guadalupe habitaciones unipersonales. A Horacio Talavera se le ha asignado la número 306, en el tercer piso. Muy pronto estas paredes, aun desnudas, recibirán la huella de la personalidad del nuevo ocupante, que ahora va deshaciendo su equipaje.





Nuestro amigo nicaragüense se prepara para médico. Incorporado plenamente a su trabajo, formalizados los trámites precisos, lo vemos aquí durante el desarrollo de una clase de prácticas en la Facultad de Medicina de la Central, enclavada en el recinto de la Ciudad Universitaria, próxima al Guadalupe.

Cada vez que llega el correo—y llega dos veces cada día—, el Colegio se pone en conmoción. El estado del ambiente colegial dependerá muchas veces del número de cartas llegadas en cada reparto. Aquí, don José, el conserje, institución de la casa, trata de contener a los colegiales, ávidos de noticias.

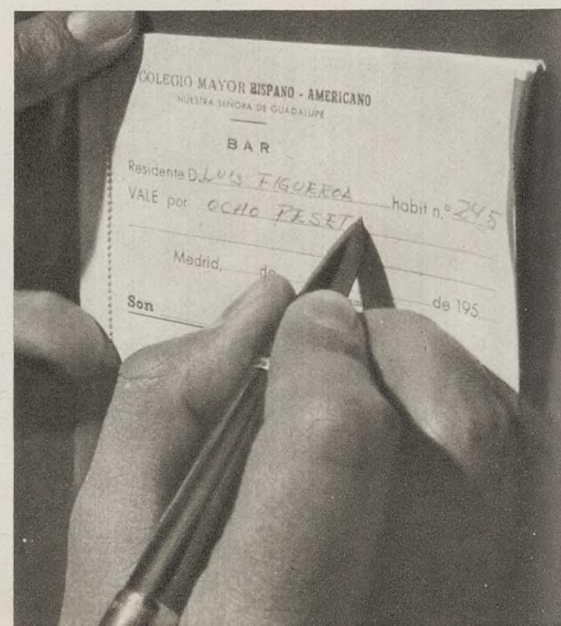


No sólo se estudia en el plano particular, sino que el Colegio tiene reuniones colectivas. En una de ellas, abajo: Castro y Tinsly, chilenos; Iraola, español; Castellero, panameño; Sangiovanni, dominicano; J. Iraola y Patiño, españoles; Codilla, filipino; Díaz, subdirector del Colegio; Delvenne, peruano; Beccar, argentino; Villagarcía y Flores, peruanos; Rodríguez, venezolano, y Cabieses, peruano, en una sesión de trabajo.



UNIVERSIDAD, CARTAS, ESTUDIO, BIBLIOTECA, BAR... Y FACTURAS

El bar, lugar de descanso y tertulia, registra su mayor animación en las horas que preceden a la cena. La decoración—mosaico blanco y negro y peces multicolores—es obra de un colegial, el arquitecto panameño Guillermo Trujillo. No es preciso pagar al contado; basta formalizar el vale.



En el Guadalupe hay varias estancias destinadas a estudios para artistas. Aquí vemos a Guillermo Trujillo trabajando en sus cuadros.

TRABAJO, COMIDA Y JUEGO

EL "GUADALUPE"

de aire ya casi legendario para la pequeña historia del Guadalupe, comenzaron a incubarse las primeras generaciones de lo que hoy es una espléndida realidad extendida por los países de Iberoamérica y Filipinas: ciento setenta médicos, setenta y ocho escritores, cincuenta y ocho abogados, treinta arquitectos e ingenieros, treinta y cuatro economistas, veintitrés periodistas, diecisiete diplomáticos, veintitrés profesores de Universidad... Y en muchos otros puestos de responsabilidad, incluso en la alta jerarquía de ministros del Estado, los «guadalupanos» han dado fe de su categoría intelectual y humana.

Angel Alvarez de Miranda, el malogrado profesor, recientemente fallecido, fué el primer director del Colegio. El, con el padre Maximino Romero y el segundo director del Colegio, Angel A. Lago, conocedores todos de la realidad americana, crearon el espíritu del Guadalupe, le dieron contextura real, consistencia corpórea, y, en fin, lo configuraron para tiempos posteriores.

El Colegio está hoy instalado en la Ciudad Universitaria, en un edificio de nueva planta, construido expresamente por el Instituto de Cultura Hispánica, vecino de otros Colegios Mayores—el «Ximénez de Cisneros», el «Santa María del Campo», el «Nebrija», el «José Antonio»—, próximo también a las Facultades y Escuelas Especiales, y muy cerca de la gran zona deportiva universitaria.

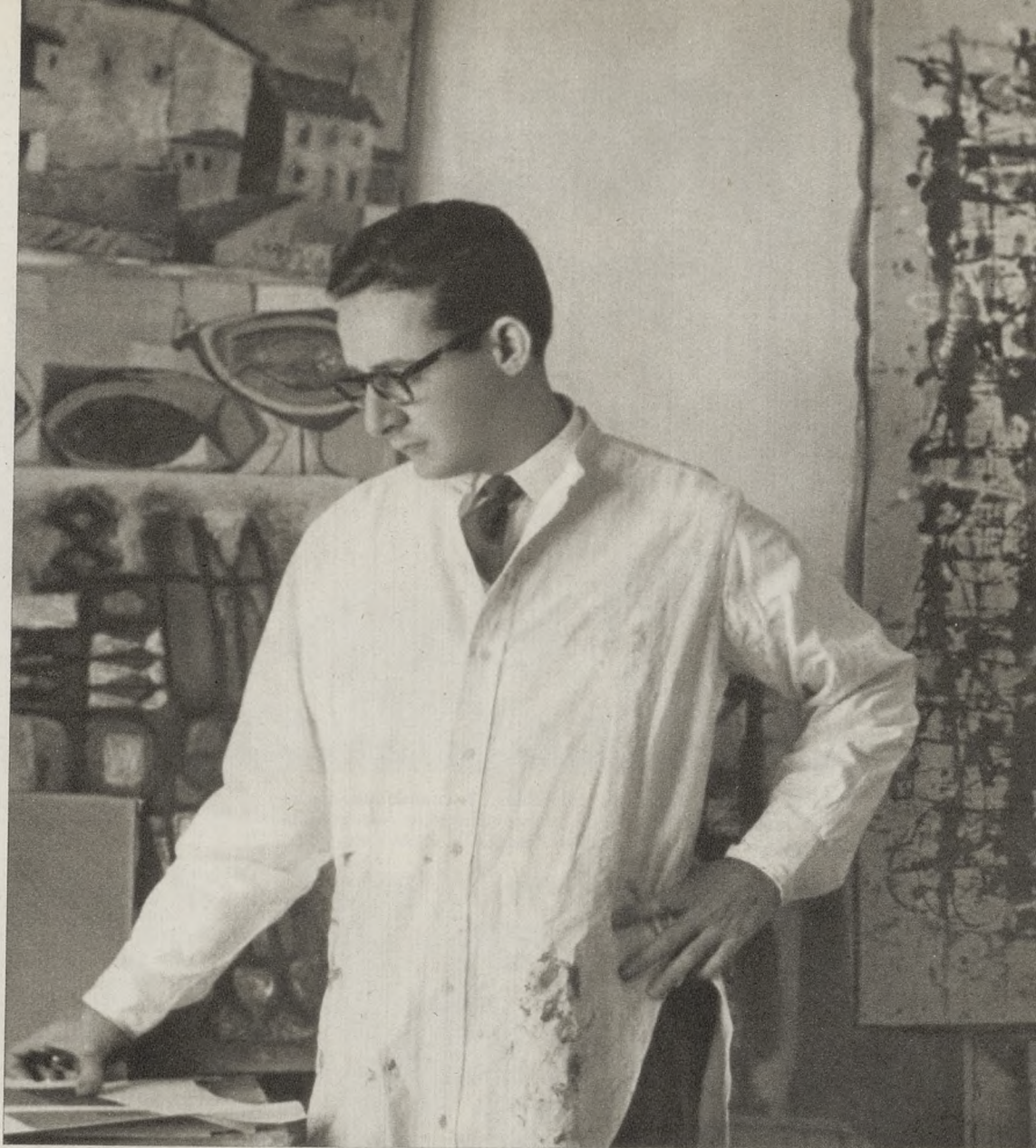
En el Guadalupe se alojan doscientos estudiantes. La gran mayoría—más de ciento cincuenta—son de países hispanoamericanos, Brasil y Filipinas. El resto son españoles. En su interior se escucha un castellano lleno de todos los matices e inflexiones, con la dulzura portuguesa de los brasileños, con el arrastre nasal y adormecido del Caribe y Centroamérica, con las inflexiones musicales de los países del Plata, con la despaciosidad de colombianos y ecuatorianos, con el inconfundible acento de México... Con los mil matices de las regiones de la Península y de Canarias, la isla que está a medio camino entre ésta y aquellas Españas.

UN COLEGIO ESPAÑOL DONDE SE CONOCE AMERICA

Sin duda alguna, una de las primeras consecuencias del Colegio es que en él los americanos conocen América. A un español que no haya estado allá le resulta aún difícil pensar que de Punta Arenas a México hay mucha más distancia que de Madrid a La Habana. Y por eso aun seguimos tentados de mandarle a nuestros parientes de Acapulco un regalo con el amigo que va a vivir en Buenos Aires para que se lo lleve en cualquier fin de semana. El hecho es que aquí, dentro de estos muros plantados en la Universitaria madrileña, los americanos realizan el descubrimiento de los países de su mismo continente. Y realizan, a través de sus hombres, un conocimiento muy aproximado de lo que es la América hispana.

Hecho es éste que justifica por sí solo la vida de este Colegio, «casa matriz del sueño hispánico», como la ha llamado recientemente un ilustre escritor nicaragüense. La convivencia diaria—la difícil convivencia diaria—en una tierra en que todo les es conocido, en la que el ambiente trae el perfume de viejos recuerdos familiares, da a los universitarios que llenan el Guadalupe la medida exacta de lo que puede ser una comunidad hispánica de naciones.

La gran afluencia de estudiantes hispanoamericanos a las Universidades españolas hace que el Colegio Guadalupe, aun siendo uno de los de mayor capacidad en la Universitaria madrileña, tenga siempre no sólo las



Arriba: Un aspecto del comedor durante la hora del almuerzo. La cordialidad y la camaradería presiden las conversaciones de los grupos.

Derecha: El ajedrez tiene muchos seguidores en el Colegio. Aquí, José M. Blanco, argentino, juega su pieza; Santana, cubano, observa.



El Colegio es obra de todos los colegiales. Y cuando un día se planea el arreglo del jardín, hasta el capellán pone manos a la obra. Con el padre Estepa trabajan Zeledón y J. M. Moncada.



Cuando, como ahora, lo que transmite la T. V. es una corrida, el número de espectadores habituales aumenta considerablemente, aunque muchos preferirían, sin duda, ir a la plaza.



Con la Tuna cantan Molina, venezolano; Salazar, costarricense; Herrera, mexicano; el padre Estepa; Brenes, de Costa Rica; Fábrega, de Venezuela, y Asensio, español, un día de fiesta.

EL "GUADALUPE"

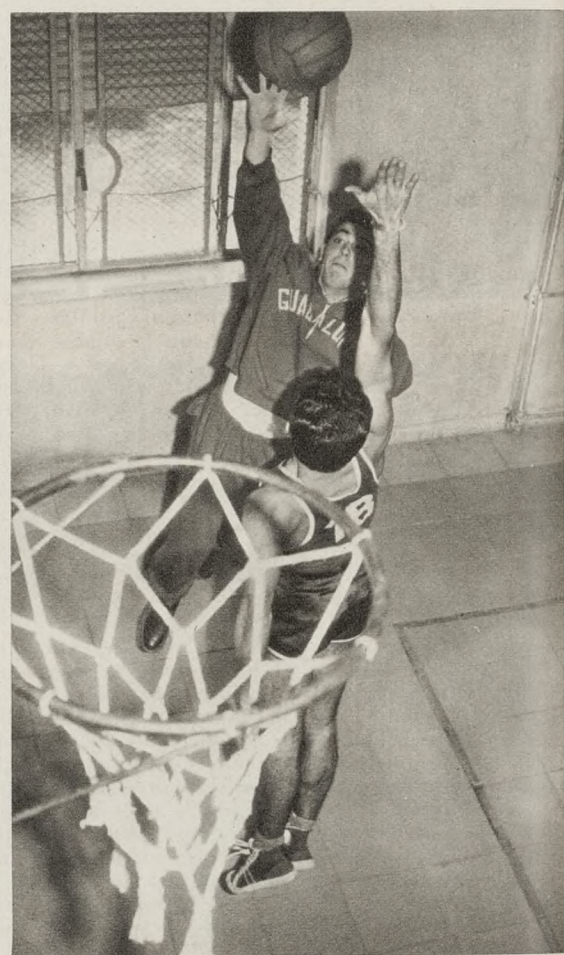
plazas cubiertas, sino también un gran número de solicitantes esperando encontrar una posibilidad para alojarse en él. Unicamente en Madrid el número de estudiantes hispano-americanos rebasa la cifra de dos mil. De ellos, pues, solamente un diez por ciento puede ser alojado en el Colegio. Por esto, algunos países de Hispanoamérica tienen proyectos muy avanzados para construir instituciones de esta clase en Madrid.

El Colegio Mayor está construido a fin de que el universitario encuentre el clima más propicio para el estudio, y el planteamiento de las actividades de cada curso se encamina a completar la formación humanística del estudiante. Así, el Colegio dispone de habitaciones individuales, que «nada tienen que envidiarles a los mejores hoteles o casas particulares en cuanto a confort e higiene se refiere»; sala de actos, salas de exposiciones y de música, aulas para estudios, departamentos para artistas plásticos, gimnasio, bar, etcétera.

En estos diez años, unos setecientos universitarios de Iberoamérica, Filipinas, Haití y Portugal han pasado por el Guadalupe. Los españoles, en el mismo período, han sido unos ciento setenta. La hermandad iniciada en el Colegio Mayor se acentúa y vivifica a través del tiempo y la distancia, y el interés con que los antiguos «guadalupanos» han respondido al proyecto de creación de una Asociación de Antiguos Colegiales es clara muestra de ello.

(Pasa a la pág. 54.)

El equipo de baloncesto se entrena en el gimnasio del Colegio, preparando su actuación pública. En la foto, Santana y Zeledón, buenos encestandores.



Este es el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe, en el que conviven, hermanados, doscientos estudiantes iberoamericanos, españoles y filipinos.



UN HOMENAJE AL "GALLO"

En la plaza de toros de Madrid, la Monumental de las Ventas, se rindió recientemente un homenaje en honor y a beneficio del que fué excepcional matador de toros Rafael Gómez (el «Gallo»), organizado por el diario madrileño «A B C». La afición taurina supo corresponder al significado de este gran festival taurino, al que se sumaron en el ruedo las más prestigiosas figuras de la Fiesta, capitaneadas por Vicente Pastor (el «Soldado Romano»), Manuel Mejías Bienvenida (el «Papa Negro») y Juan Belmonte (el «Terremoto»).

Los reuní a todos en el patio de caballos. A Domingo Ortega, a César Girón, a Luis Fuentes Bejarano, a Miguel Atienza, a... El festival lo íbamos a ver todos, los aplausos, la lluvia de cigarrillos puros. Quizá pudiésemos ver también el homenaje sencillo—de una pobre elementalidad—de los que quedaron fuera del redondel y esperaban a la puerta su llegada. Eran gentes desarrapadas, sin un dinero para comprar, no ya un puro, pero ni un pitillo modesto. Viejos personajes para novelas de Baroja del Madrid que aplaudió a Rafael. Hoy iban con su chaqueta raída, sus ojos de hambre, pero con un aplauso y un abrazo emocionado para el torero de su juventud, al que saludaban y hasta besaban, y no hubiesen dejado de entrar en la plaza para hacerle allí mismo otro homenaje de no intervenir la fuerza de la Policía y los empleados del coso.

Todo esto pudimos verlo. O lo vimos. Pero lo interesante, lo que no hirió nuestros ojos, es saber la causa. Por qué a Rafael Gómez Ortega—el «Gallo»—se le hacía este homenaje. ¿Quién era él para que Madrid entero se volcase en la plaza de las Ventas, provocando la lluvia artificial más peregrina que se ha visto? ¿Por qué actuaban estos espadas? Y, ¡ah!, ¿qué pensaban de él?

Por eso los reuní en el patio de caballos. Mozos, guardias, peones, banderilleros, mulilleros, picadores, empleados, algún extranjero, dirigentes de la empresa. Todos inquietos. Todos de un lado para otro. Todos mirando al reloj. El «Gallo» no aparece. Son ya las cuatro. Bueno, ¿y qué? ¿Habéis olvidado cómo es Rafael? Mejor. Así puedo hablar con Domingo Ortega. Sin prisas. Como a todos los diestros. Porque los toreros son los únicos hombres que no tienen prisa, a los que el continuo ser de su vida los impone un gesto de silenciosa tranquilidad.

—He toreado con él unas cuatro corridas, allá por los años mil novecientos treinta y cuatro y treinta y cinco. Cuando yo le conocí tenía él cincuenta y seis años. Quizá un poco viejo para estar en los ruedos, de no ser él como es. Un hombre excelente, que tiene más de bueno que de malo. Jamás se le oye hablar mal de nadie. Representa como torero a una dinastía: padre, hermano, etc. Es una figura de gran personalidad, que llevó al ruedo su especial forma de ser, su garbo, su gracia. Pero siempre un hombre abúlico, al que le gustó ser torero, pero sin preocuparle mucho.

Iba a seguir Domingo Ortega con sus recuerdos. Pero Luis Fuentes Bejarano movió sus labios:

—Cierto. Un hom- (Pasa a la pág. 52.)



He aquí la vera efigie de Rafael Gómez Ortega, el «Gallo». Maestro en el arte de torear, el «divino calvo» es también un campeón de sencillez y cordialidad. En la foto inferior, con su sombrero andaluz y su buen cigarro, su inevitable habano, lo vemos conversar con otro maestro de la fiesta: el toledano y universal Domingo Ortega.





Suiza, el país de los deportes de invierno

Las estaciones suizas deportivas de invierno han preparado para usted un brillante programa de atracciones, de veladas en los hoteles y de competiciones deportivas.

No falte a la cita. Elija entre 117 estaciones, 5.300 hoteles y 165 telesquís.

Para informes:

**OFICINA NACIONAL SUIZA
DEL TURISMO**

ESPAÑA:

Avenida José Antonio, 84. 1.º
(Edificio España) Madrid

PORTUGAL:

Avenida da Liberdade, 158-A - Lisboa

AMERICA DEL SUR:

Florida, 935 - Buenos Aires

Suiza



**MANUEL MORALES
CARRION**

EXPORTADOR DE AGRIOS

ALORA (Málaga, España) - Telegramas: MORCA



**MUNDO
HISPÁNICO**

NUMERO ESPECIAL



DEDICADO A GUATEMALA



Esta es la portada del número extraordinario dedicado a GUATEMALA que MUNDO HISPANICO acaba de publicar. Precio del ejemplar: 15 pesetas.



La delegación española, en una de las sesiones de la O. N. U. De izqda. a dcha.: Profesor Luna y embajadores Aznar, Areilza, marqués de Santa Cruz y Lequerica.



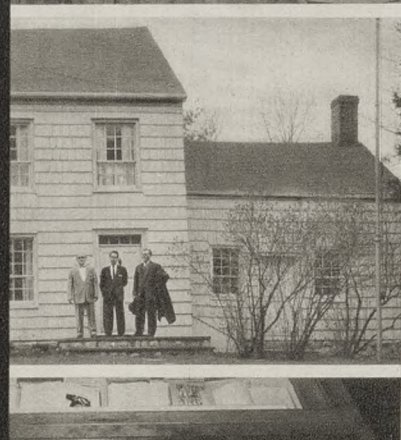
El cónsul de la República Dominicana, don Generoso Marchena, impone la cruz de la Orden del Mérito al ingeniero barcelonés don Carlos Buhigas Sans.



La alcaldesa de San Juan de Puerto Rico preside el acto en honor de los historiadores españoles que han participado en el coloquio hispano-puertorriqueño.



En la información que reproducimos, aparecida en el número 113 de «M. H.», y referida a la inauguración de la Casa de Walt Whitman, en Long Island, omitimos algo de gran importancia. Y es que en esta ceremonia fué invitado de honor el poeta César Abdallah Portala, traductor de «Captain». Tan notable es esta traducción, que se exhibe en lugar de honor, junto a un ejemplar de MUNDO HISPANICO en que fué publicada. Por eso es más de lamentar aquella omisión totalmente involuntaria, que rectificamos ahora, haciendo al nombre y a la obra de César A. Portala la justicia y el honor que bien merecen.



En Venezuela, el ministro de Educación español, señor Rubio, con los ministros venezolanos de Educación, señor Parra, y de Trabajo, señor Rodí, durante su reciente visita a Hispanoamérica.

El director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, señor Piñar, acompañado por el embajador de España en Venezuela, señor Valdés, con la Junta directiva del Club Canarias, en Caracas.





TERE AMORÓS TRIUNFA EN EL CARNEGIE HALL (N.Y.)

NOSOTROS lo sabíamos, lo sospechábamos. No nos ha sorprendido su éxito en Nueva York, y en la cátedra del Carnegie Hall precisamente. Porque nosotros vimos bailar a Tere Amorós en Madrid, en el teatro de la Zarzuela, ante la más exigente crítica. Y paladeamos su triunfo. Es también que nosotros tenemos una fe, no sé si supersticiosa, en el futuro de Tere Amorós, que ya es, en plena juventud, un gozoso presente. Porque ella, como ninguna otra bailarina española, nos trae a la memoria y al corazón el recuerdo de Antonia Mercé, la «Argentina». Nada menos.







NAVIDAD

CANTAR PARA CALLAR

No dejes ahora, pastor,
en el suelo el cuenco de leche:
ponlo despacio sobre la paja,
que el Niño se duerme.

Pájaro que cantas posado
en la viga del pobre albergue:
deja un instante tu cantar,
que el Niño se duerme.

Estrella, alumbra un poco menos,
no sea que tu luz lo despierte,
que se le van cerrando los ojos,
que el Niño se duerme.

Vientecillo que mueves apenas
las leves briznas del pesebre:
quédate quieto sobre el campo,
que el Niño se duerme.

Angeles, no mováis las alas,
que no se oiga su rumor tenue;
arrulladlo cantando en murmullo,
que el Niño se duerme.

Muerte que andas por el mundo:
estate quieta, no mates, muerte;
no muevas tu negra hopalanda,
que el Niño se duerme.

DELICIA DEL AIRE

Despierta, zagal, que la noche está clara
y en las estrellas hay luz de alborada,
y es tan dulce el aire...

Luz de alborada tienen las estrellas
y la fuente canta con una voz nueva,
y es tan dulce el aire...

Una canción nueva va cantando el río
y se están muriendo de amores los lirios,
y es tan dulce el aire...

De amores se están muriendo las flores
y la brisa viene besando los montes,
y es tan dulce el aire...

Besando a los montes se acerca la brisa
y cantan los pájaros entre las ramillas,
y es tan dulce el aire...

Entre las ramillas cantan los jilgueros,
y aunque sea de noche, claro está el sendero,
y es tan dulce el aire...

Claro está el camino, y todo está alegre,
todo el mundo sabe que ha nacido un Rey,
y es tan dulce el aire...

José MARÍA SOUVIRON



"LOS INTERESES CREADOS"



El autor de la obra en el papel de Crispín.

POR

ANTONIO GOMEZ ALFARO

LA EPOCA

Las revistas ilustradas de la época llenaban aquella semana de 1907 con la más amplia información sobre la muerte del rey Oscar II de Suecia. El entierro real, con el séquito, enlutado y serio, compuesto por buen número de militares y civiles repletos de condecoraciones y medallas. Alguna fotografía del nuevo rey. Quizá alguna del palacio real de Estocolmo. Había revistas que escribían Stockholm, porque todavía no se había preocupado nadie de castellanizar la palabra.

Información nacional. Ecos de Palacio: conferencia de Maura con Alfonso XIII; la reina Victoria sigue en cama después del enfriamiento sufrido; la egregia paciente parece muy mejorada.

Más información nacional: votaciones del Congreso; la ley de Presupuestos, discutida; sesiones grises; frío en las calles; ha muerto Floro Moro Godo, el último bohemio.

Página de teatros: algún comentario rezagado sobre el Juan José de Dicenta; carteleras con nombres de actores que han pasado a nuestra historia grande del teatro.

Por fin, la gacetilla deseada: «Ayer fué estrenada con gran éxito la comedia de polichinelas, de don Jacinto Benavente, titulada *Los intereses creados*. Los papeles principales...»

La información seguía. Más larga en ciertos diarios. *A B C*, por ejemplo, reproduce dos fotos del estreno, otra del autor, una crítica amplísima y hasta el prólogo íntegro de la obra y una escena. *La Ilustración Europea y Americana*, en cambio, silencia todo lo referente al estreno. *Blanco y Negro* también airea al máximo la actualidad teatral.

EL AUTOR

El estreno de *Los intereses creados* tiene lugar el 9 de diciembre de 1907. En esta época, don Jacinto Benavente es ya un autor conocido, de bien ganado prestigio en el mundillo teatral.

Había publicado *Versos y Cartas de mujeres*. El 6 de octubre de 1894 el escenario del teatro de la Comedia, de Madrid, conoce los primeros aplausos para Benavente. La obra se llama *El nido ajeno*. Al público aquel, que Echegaray tiene educado a su gusto trágico, no acaba de sentar la sátira, el juego verbal benaventino.

A pesar de ello, su segunda obra es aceptada: *Gente conocida*. La gente dice que se nota que el joven autor ha progresado. Y el joven autor confiesa que *Gente conocida* está escrita antes que *El nido ajeno*. Cosas que pasan.

Sea como sea, lo interesante es que el público va «entrando» por el teatro de Benavente. Y que los estrenos se van sucediendo uno tras otro, sin interrupción. *El marido de la Téllez*, *La farándula*, *La comida de las fieras*, *Teatro feminista*, *Cuento de amor*, *La gata de Angora*, *Lo cursi*, *La gobernadora*, *Amor de amar*, *Alma triunfante*, *La noche del sábado*...

Ya no es el «joven autor», sino el «conocido autor», el «prestigioso autor» y otros epítetos periodísticos de entonces. Cuando un empresario quiere hacer negocio redondo, pide una obra a Benavente, y ya está: éxito seguro.

«LOS INTERESES CREADOS»

Un día de 1907, por principios de noviembre, fines de octubre o algo así, don Jacinto llega al teatro Lara llevando bajo el brazo el original de una nueva obra. Entra en el despacho de los empresarios. Don Cándido Lara y don Eduardo Yáñez son quienes llevan la nave de la «bombonera», como se llama al Lara en España.

Don Jacinto abre el paquete de cuartillas y empieza a leer el título: «*Los intereses creados*, comedia de polichinelas...»

Los dos empresarios discuten la conveniencia (Pasa a la pág. 42.)



En las fotografías superiores, dos escenas de «Los intereses creados», el día del estreno, en el escenario del teatro Lara. En la foto inferior, la mesa presidencial de la comida que le fué ofrecida a Benavente por el gran éxito.





«He aquí el tinglado de la anti-
gua farsa...»



«...la frente, siempre cargada de graves pensamientos...»

"LOS INTERESES CREADOS"

Crispín dice el prólogo

Carlos Lemos, el gran actor español, interpreta, especialmente para los lectores de "Mundo Hispánico", el preludio de la famosa "comedia de polichinelas" benaventiana
(FOTOGRAFÍAS: RAMON MASATS)



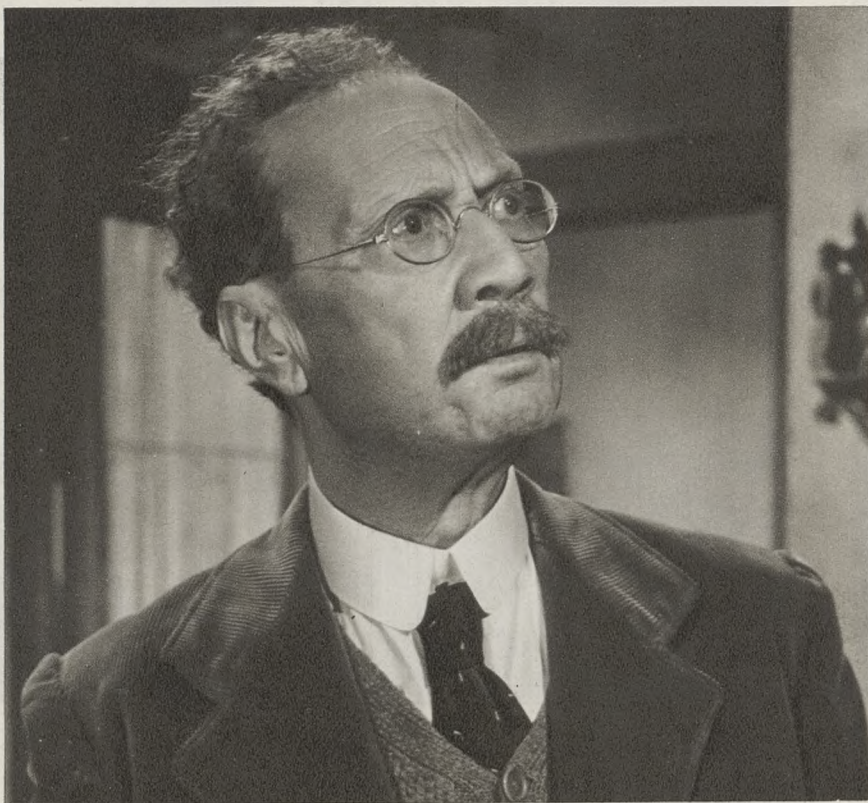
«...como la moza alegre y el soldado y el mercader y el estudiante...»



«...de esa filosofía del pueblo, que siempre sufre, dulcificada...»

CRISPÍN.—He aquí el tinglado de la antigua farsa, la que alivió en posadas aldeanas el cansancio de los trajinantes, la que embobó en las plazas de humildes lugares a los simples villanos, la que juntó en ciudades populosas a los más variados concursos, como en París sobre el Puente Nuevo, cuando Tabarín, desde su tablado de feria, solicitaba la atención de todo transeúnte, desde el respetado doctor que detiene un momento su docta cabalgadura para desarrugar por un instante la frente, siempre cargada de graves pensamientos, al escuchar algún donaire de la alegre farsa, hasta el pícaro ham-pón, que allí divierte sus ocios horas y horas, engañando al hambre con la risa, y el prelado y la dama de calidad y el gran señor de sus carrozas, como la moza alegre y el soldado y el mercader y el estu-diante. Gente de toda condición, que en ningún otro lugar se hubiera reunido, comunicábase allí su re-gocijo, que muchas veces, más que de la farsa, reía el grave de ver reír al risueño, y el sabio al bobo, y los pobres de ver reír a los grandes señores, ceñudos de ordinario, y los grandes de ver reír a los pobres, tranquiliza su conciencia con pensar: «¡También los pobres ríen!» Que nada prende tan pronto de unas almas en otras como esta simpatía de la risa. Alguna vez también subió la farsa a palacios de prín-cipes, altísimos señores, por humorada de sus dueños, y no fué allí menos libre y despreocupada. Fué de todos y para todos. Del pueblo recogió burlas y malicias y dichos sentenciosos, de esa filosofía del pueblo, que siempre sufre, dulcificada por aquella resignación de los humildes de entonces, que no lo esperaban todo de este mundo, y por eso sabían reírse del mundo sin odio y sin amargura. Ilustró después su ple-beyo origen con noble ejecutoria: Lope de Rueda, Shakespeare, Molière, como enamorados príncipes de cuentos de hadas, elevaron a Cenicienta al más alto trono de la Poesía y del Arte. No presume de tan glo-riosa estirpe esta farsa, que por curiosidad de su espíritu inquieto os presenta un poeta de ahora. Es una farsa *guñolesca*, de asunto disparatado, sin realidad alguna. Pronto veréis como cuanto en ella sucede no pudo suceder nunca, que sus personajes no son ni semejan hombres y mujeres, sino muñecos o fan-toches de cartón y trapo, con groseros hilos, visibles a poca luz y al más corto de vista. Son las mismas grotescas máscaras de aquella comedia del Arte italiano, no tan regocijadas como solían, porque han me-ditado mucho en tanto tiempo. Bien conoce el autor que tan primitivo espectáculo no es el más digno de un culto auditorio de estos tiempos; así, de vuestra cultura tanto como de vuestra bondad se ampara. El autor sólo pide que añiéis cuanto sea posible vuestro espíritu. El mundo está ya viejo y chochea; el Arte no se resigna a envejecer y, por parecer niño, finge balbuceos... Y he aquí cómo estos viejos poli-chinelas pretenden hoy divertiros con sus niñerías.

ALBERTO ROMEA Y SERAFIN LOZANO, DOS FIGURAS ACTUALES QUE COLABORARON EN EL EXITO DE "Los intereses creados"



Alberto Romea, el gran actor.

El apuntador Serafín Lozano.



EL REPARTO DE AQUEL DIA

DOÑA SIRENA	Balbina Valverde
SILVIA	Nieves Suárez
LA SEÑORA DE POLICHINELA ...	Leocadia Alba
COLOMBINA	Mercedes Pardo
LAURA	Rosario Toscano
RISELA	Luisa Beltrán
LEANDRO	Clotilde Domus
CRISPÍN	Ricardo Puga
EL DOCTOR	José Rubio
POLICHINELA	Salvador Mora
ARLEQUÍN	Francisco Barraycoa
EL CAPITÁN	Ramiro de la Mata
PANTALÓN	Simó-Raso
EL HOSTELERO	Joaquín Pacheco
EL SECRETARIO	Alberto Romea
MOZO 1.º DE LA HOSTERÍA	Sr. Suárez (A.)
IDEM 2.º	Manuel Enríquez
ALGUACILILLO 1.º	Sr. De Diego
IDEM 2.º	Sr. Suárez (A.)

(Viene de la pág. 39.) de estrenar «a estas alturas» una cosa de polichinelas. No están muy conformes con aquello. Ellos querían una obra de Benavente con sus pinceladas de ironía, de sátira; con su argumento un poco fuerte. En fin, lo de siempre, el tipo de obras a que el público ya estaba acostumbrado.

Dicen que don Jacinto también estaba con ellos. Que también le había parecido que una obra así no gustaría. Pero que Ricardo Puga le había insistido en que acabara la obra, porque tendría éxito.

Sea como sea, el caso es que los empresarios aceptaron *Los intereses creados*. Aunque un poco a regañadientes, porque no quisieron comprar vestuario, y los actores mismos corrieron con este gasto.

Veinte o veinticinco días de ensayo fueron suficientes. Don José Rubio era el director de la compañía, pero el propio don Jacinto hacía sus observaciones pertinentes. Bueno, si la partida de ajedrez que estaba jugando en aquel momento, fumando su habitual puro, le dejaba tiempo de ver los ensayos. Dicen que en no sé qué obra la gente no hacía más que aplaudir para que saliera el autor a escena. Pero don Jacinto no salió porque estaba pensando un mate en la partida de ajedrez que tenía entre manos.

UNA NOCHE DE ESTRENO

Por fin llegó la noche del estreno. En aquellos tiempos no había la sesión doble. Se hacían cuatro sesiones con obras cortas que duraban menos de una hora. Si había una obra larga, se hacía en dos sesiones. Por eso, cuando el estreno de *Los intereses creados*, el programa del Lara era: primero, *Levantar muertos*; luego, la obra de Benavente, y, por último, *La prueba*.

Los intereses creados tuvieron un repartó de historia. Y un éxito inenarrable. Tan así, que los empresarios empezaron a hacer sesión doble con ella, por vez primera en nuestros teatros. Primero sólo los domingos; después, jueves y domingos, y finalmente, todos los días.

En la escena del jardín el telón subió y bajó cuarenta y dos veces seguidas. Y no cesaban los aplausos para nadie. Porque si el autor era Benavente, los intérpretes eran extraordinarios.

Un repartó como aquél sólo podía conseguirse entonces, en los tiempos en que el cine no diezmaba las carteleras teatrales.

HOMENAJE A BENAVENTE

Unos días después del estreno, el 19 de diciembre de 1907, Prensa Española ofreció un homenaje a Benavente con motivo del éxito de su obra. Hubo discursos, brindis, felicitaciones. Respetables patricios y damas con manga jamón en los trajes, a la última moda de París. Don Jacinto, en la presidencia. Adhesiones de quienes no habían podido desplazarse al banquete. Los hermanos Quintero, que habían anunciado el estreno de *La vida que vuelve* para el 19 de diciembre, lo aplazaron para el día siguiente, para no entorpecer a nadie la asistencia al homenaje benaventino. Y enviaron una adhesión donde hacían constancia de ello.

La obra siguió en cartel toda la temporada. Después, a provincias. Más éxitos. El salto del mar: América. De punta a punta fueron aplaudidos *Los intereses creados*. A los yanquis, sin embargo, esta obra les gustó menos que *La malquerida*, que tuvo en 1920-1922 ochocientas sesenta y seis representaciones en Broadway.

Rosario Pino llevó *Los intereses creados* en su repertorio en uno de sus viajes a América. En Buenos Aires quiso hacer el Crispín. Ya saben ustedes que el Leandro siempre lo hace una mujer. Pues bien, a la Pino se le metió en la cabeza hacer ella de Crispín. Estuvo estudiando el papel. Y a última hora no se atrevió con él, y tuvo que hacerlo Luis Echaire, que iba de galán con la compañía.

LOS NOMBRES QUE HA DEJADO EL TIEMPO

El tiempo ha ido pasando desde 1907 hasta ahora. Estamos celebrando un motivo gozoso: las bodas de oro de un estreno con historia. Sin embargo, llena de tristeza pensar los nombres de entonces que el tiempo nos ha ido llevando.

En primer lugar, nos dejó el autor. Don Jacinto murió en su Madrid natal el 14 de julio de 1954. Desde hacía mucho tiempo era «nuestro glorioso Premio Nóbel». La Academia Sueca se (Pasa a la pág. 53.)



FOTO: T. A. F.

El "Barça" inauguró su estadio

En la mañana del día de la Merced se procedió a la bendición del campo y entronización de la imagen de la Virgen de Montserrat. Dignidades eclesiásticas, autoridades y directivos se dirigen al centro del terreno. Al frente, de izquierda a derecha, vemos a Miró-Sans, presidente del Barcelona; ministro Secretario General, señor Solís Ruiz; arzobispo-obispo, doctor don Gregorio Modrego Casaus, y delegado nacional de Educación Física y Deportes, señor Elola-Olaso. Fué una jornada pródiga en emociones.

ES EL MAYOR DE
EUROPA: 150.000
ESPECTADORES

Por MIGUEL GARCÍA BARÓ

EL 8 de diciembre de 1899 el Barcelona jugaba su primer encuentro, frente al Colonia Inglesa, en lo que fué velódromo Bonanova. En 1900 arrendaba «en exclusiva» un solar, próximo al paseo de San Juan; el escaso público inicial se convertía ya en 4.000 espectadores. Pero se iniciaron las obras del hospital de San Pablo y de la Santa Cruz en aquel terreno, y, en 1901, el Barcelona actuaba en un amistoso en el campo de la plaza de Armas, del parque de la Ciudadela, ante unas nueve mil personas. Inmediatamente, nuevo campo, en la Sagrera, cerca del Guinardó, a cuyas porterías se le ponen redes



Desde las altas localidades del estadio el juego se sigue, como la foto muestra, con ventajosa visualidad.

en 1903, hecho asombroso por entonces, así como el que siguió a poco, de clavar «de verdad» los palos en el suelo, en lugar de acarrearlos de acá para allá los propios jugadores.

CAMPOS, CAMPOS Y UNA PIEDRA FUNDAMENTAL

En 1905, el club utiliza otro campo, en la calle de Muntaner, hasta que en 1909 dispone ya de una instalación excelente y estable: la de la calle de la Industria o Campo Viejo.

Pero el tiempo pasa; las necesidades del club son mayores; han cambiado los tiempos: en 1920, por ejemplo, no puede mantenerse la cuota social de 1899—a razón de dos pesetas por individuo—y pasa a ser de tres... Y en 1922, efemérides trascendental: el 19 de febrero se coloca la primera piedra del campo de Las Corts, y el 20 de mayo del mismo año se inauguraba solemnemente, con la victoria por 2-1 sobre los profesionales escoceses del Saint Mirren. En tres meses se ha-



TITULOS:

CAMPEON DE CATALUÑA:
21 veces.

CAMPEON DE ESPAÑA:
13 veces.

CAMPEON DE LIGA:
6 veces.

COPA LATINA:
2 veces.

COPA TERESA HERRERA:
2 veces.

PEQUEÑA COPA DEL MUNDO (CARACAS)
1 vez.

de Nuestra Señora de la Merced, fecha inaugural del campo soberbio. Ante una enorme muchedumbre, como lo era ya la que el 28 de marzo de 1954 vió asentar allí la piedra trasladada de un campo a otro.

CAUCE PARA UNA AFICION DESBORDANTE

Produce sensación de desbordamiento la contemplación de algunas de estas imágenes: el gentío se sale realmente por los márgenes de las fotografías; no cabe, no. ¿Cómo remansarlo, agruparlo, ordenarlo, para presenciar los partidos del club de sus amores? He aquí sencillamente el problema de los hombres de club, empujados por el simple acicate de una historia bien pasada del medio siglo, cuajada de triunfos y ensanchada interminablemente. ¿Cómo encauzar este inocente delirio y toda esta importante afición? Y así, sencillamente, a golpes de corazón, en medio de una serie de cavilaciones entre el manejo de los números y el dibujo de líneas, el ímpetu se ha transportado a las brigadas de obreros y, en fin, el fenomenal estadio nuevo, actual, ha surgido como un parpadeante faro del fútbol español, que guiña cordialmente al campo del Real Madrid, su hermano un poquitín mayor por la edad,



Momento de la bendición del campo y entronización de la imagen de la Virgen de Montserrat, en el que ofició el arzobispo-obispo de Barcelona, doctor Modrego Casaus. Abajo: Ya se retiran, tras su actuación, las parejas de «esbartos», entre clamorosas ovaciones. Millares de globos azules y granas se elevan entonces hacia el cielo. Uno de los más maravillosos recuerdos de la inauguración del gran estadio barcelonista lo constituyó la exhibición folklórica de los «esbartos de dansaires», a los sones de la cobla.



bía culminado uno de los campos de juego más hermosos de Europa. El equipo «inaugurador» fué éste: Zamora; Planas, Salvador Martínez; Torralba, Sancho, Samitier; Piera, Vicente Martínez, Gracia, Alcántara y Sagi.

Viejas fotos reproducen el cortejo—con señoras y caballeros, banderas y músicos—que se dirigió a los terrenos de Can Ribot, en Las Corts, para la colocación de su primera piedra. Y esa misma piedra fué trasladada, pasados los años, con un mismo cortejo, más populoso, rotundamente actual, con banderas y gallardetes, a los terrenos ya hoy convertidos en el monumental estadio del Barcelona. Francisco Miró-Sans, el joven presidente de hoy, portaba la gran bandera en la comitiva que trasladaba la gran piedra tallada de un campo a otro. Y en espacio relativamente breve, Miró-Sans mismo, el joven presidente, capitán de una empresa titánica, ejecutaba, con una solemnidad más simple aún, el «lanzamiento» del fútbol, percutiendo la pelota que iban a utilizar barcelonistas y polacos del Varsovia en el partido más histórico de los últimos tiempos: el del 24 de septiembre de 1957, día

También las palomas, por millares, explican la alegría de Barcelona en la inauguración del gran estadio.



y que guiña a todos los ambientes futbolísticos del mundo. Con ese saludo deportivo, entrañable y poderoso, «pidiendo partidos». Y cantando su propia conquista: el orden y la fuerza de una construcción gigantesca, nuevo hito de la España nueva y de su deporte, que viene desde tan lejos, y que ya... ni siquiera cabe en las panorámicas normales.

LAURELES, PERSONAS, SITIOS

Hemos repasado datos. El Barcelona ha sido campeón de Cataluña veintiuna veces; de España y de la Copa del Generalísimo, trece; de Liga, seis; de la Copa Latina, dos; de la Copa Teresa Herrera, otras dos; una de la Copa Eva Duarte de Perón, y una, la última, de la Pequeña Copa del Mundo, de Caracas. Su contribución a la selección española se ha condecorado con una lista numerosísima de jugadores internacionales de primerísima fila, y sus partidos contra los más famosos equipos del mundo están bien nutridos de éxitos.

¿Cómo había de haber ya todo este fútbol, toda esta corriente, en el campo de Las Corts? A sus asociados—que eran un millar en 1912, doce millares el año 1924 y treinta ya en 1950—se reúnen ingentes muchedumbres (Pasa a la pág. 54.)



Todo el Barcelona participó en el primer partido del gran estadio, y una de las fotos iniciales fué ésta. Con Ramallets, Olivella, Brugué, Segarra (capitán, con el muñequito que le acaba de entregar el presidente de la sociedad «El Arca de Noé», a su lado), Verges, Gensana, Estrems, agachados, y también de izquierda a derecha, el auxiliar Claudio, Basora, Villaverde, Eulogio Martínez, el pequinín de Segarra, Kubala, Tejada y el masajista Mur. Abajo: El primer gol marcado en el estadio, por Eulogio Martínez.





BANCO IBERICO

CAPITAL: 80.000.000 de pesetas
RESERVAS: 48.500.000 » »

REALIZA TODA CLASE DE OPERACIONES BANCARIAS

CASA CENTRAL: MADRID - Avenida José Antonio, 18 - Teléfono 21 10 70 (8 líneas)
SUCURSAL EN BARCELONA - Avenida José Antonio, 629 - Teléfono 22 46 40 (5 líneas)

DIRECCION TELEGRAFICA: BANKIBER

(Aprobado por la Dirección General de Banca y Bolsa con el número 1.965)

Felipe Tredinnick-Abasto

versus.

Sixto Espinosa Orozco

(en el diario "El Caribe")

La definición de "hispanoamericano" que da la Real Academia Española es incompleta

HABLA TREDINNICK-ABASTO

¿Hispanoamericanismo? ¿Latinoamericanismo?

EL señor Sixto Espinosa Orozco, prestigioso columnista de *El Caribe*, dió respuesta a una carta que le dirigió el doctor Antonio Fernández O. desde la muy noble y fidelísima ciudad de Concepción de la Vega, de arraigadas tradiciones hispánicas.

Enfocaron los citados caballeros el tan neurálgico como interesante problema de la interpretación de las diversas denominaciones que, a través de cerca de quinientos años de historia, abarcan o no a los países de la Península Ibérica y del continente americano, influenciado por las culturas de aquéllos.

Se discute—en un saludable clima de amplia comprensión, elevado espíritu y amplio criterio—cuál es el término apropiado y cierto, si «América española», «Hispanoamérica», «Indoamérica» o «Latinoamérica». El doctor Fernández, al parecer, es partidario del segundo; el señor Espinosa, del último.

El conocido escritor de la sección «Vibraciones», doctor Sixto Espinosa, «cree que sería un barbarismo notable que, al hacer referencia del Brasil o de Haití, incluyésemos a esos pueblos en el grupo de los que, en verdad, constituyen la América española o Hispanoamérica» (*sic*).

A pesar de que el tema se brinda magníficamente para ser debatido en algún congreso de filología o de hermenéutica filológica, y con el mayor respeto que merecen de mi parte las opiniones ajenas, mayormente las que provienen de personas que me superan en edad, pienso que, lamentablemente, existe una cierta confusión entre «América española» e «Hispanoamérica». Encuentro—según lo he aprendido—que hay una diferencia fundamental entre ambas definiciones. Por la primera, entiendo un alcance demasiado restringido, encuadrado apenas en las naciones del Nuevo Mundo en las que se habla español. Empero, por Hispanoamérica comprendo un gigantesco imperio histórico-cultural, formado por todos los países de la Península Ibérica y de América, con las necesarias excepciones de las Guayanas, algunas pequeñas islas de las Antillas, Haití—territorio que fué originariamente hispánico—, los Estados Unidos y el Canadá.

Téngase muy en cuenta que incluyo dentro de Hispanoamérica al Brasil y Portugal. Y digo por qué.

Los antiguos romanos llamaban HISPANIA a toda la península donde están situados España y Portugal. De ahí la diferencia capital entre «España» e «Hispania».

El periódico «El Caribe», de Ciudad Trujillo, ha sido escenario de una polémica en torno a la propiedad y extensión de dos términos que vienen aplicándose en los últimos tiempos para designar una misma realidad. Mejor dicho, la polémica va más lejos, porque se debate, en fin de cuentas, no solamente el término a secas, sino la entidad del concepto a que se aplica la palabra.

Dos prestigiosos periodistas, Felipe Tredinnick-Abasto y Sixto Espinosa Orozco, han vertido a través del periódico dominicano sus puntos de vista sobre la palabra «Hispanoamérica» o «Latinoamérica», que debe emplearse para designar acertadamente la realidad de lo hispánico. El señor Tredinnick-Abasto se declara decididamente partidario del término «Hispanoamérica», contra el de «Latinoamérica» y, sobre todo, contra el de «Indoamérica», afirmando que «la teatral postura de algunos movimientos que se dicen "indoamericanistas" constituye en la actualidad un soberano absurdo». Y continúa: «Lo máximo que podríamos decir es que el mestizaje—tanto físico cuanto cultural—es el que predomina y condiciona algunos factores determinantes en nuestros países americanos. Todo lo restante es importado netamente de la Península Ibérica. Y el mestizo, pues, no obstante los influjos atávicos, piensa y actúa generalmente como español o lusitano.»

El lector tiene ante sí lo más importante de los textos en los que se ha desarrollado la interesante polémica. No será preciso que nosotros proclamemos aquí nuestra perfecta identificación con el uso exclusivo del vocablo «Hispanoamérica» como definidor perfecto de la esencia que significa.—«M. H.»

PORTUGAL, HISPANICO

Portugal está perfectamente incluido dentro de la concepción hispanoamericana, porque si bien no fué hijo de España, es hermano que se originó del reino de León. Además, estas dos naciones, estrechamente identificadas en la anexión, tuvieron durante sesenta años la égida de monarcas de habla castellana.

BRASIL, HISPANICO

Vigorous intelectuales lusitanos, como Almeida Garret y Antonio Sardinha, y asimismo prestigiosos catedráticos e intelectuales brasileños, como el doctor José Pedro Galvao de Sousa, de la Pontificia Universidad Católica de Sao Paulo; doctor Arlindo Veiga dos Santos, de la misma Universidad y jefe monárquico del Brasil, y doctor Joao de Scatimburgo, de la Escuela de Periodismo de Sao Paulo y director-proprietario del diario *Correio Paulistano*, para no citar sino unos cuantos, son decididos partidarios del uso privilegiado del término HISPANO-AMERICA, denotando la inclusión de todos los países de lengua portuguesa—de Europa y América—en el seno de la comunidad castellana.

Tengo en mi poder una obra didáctica del profesor José Pedro Galvao de Sousa sobre *Política y teoría general del Estado*, en cuya dedicatoria al que escribe, entre otras cosas, se lee: «... en la esperanza de las Américas restituidas a la vocación histórica de su destino hispánico.» La claridad intrínseca de estos argumentos de redoblado peso me invita a no extenderme demasiado en esta croniquilla, porque hacerlo sería redundancia.

¿INDOAMERICANISMO?

Dice, asimismo, el doctor Espinosa Orozco que «existe una corriente de intelectuales resentidos que defienden el lema de «Indoamérica». «Aun-

que francamente—continúa—no me gusta ese nombre y no sabría utilizarlo, tengo que reconocer que, si se miran los verdaderos orígenes de los pueblos americanos que propugnan ese retroceso hacia su primitiva civilización, no están del todo equivocados.»

Provengo de un país—Bolivia—de cuatro millones de pobladores. La mitad son aborígenes. Pero no por ello pretendemos retornar al incanato. Los indígenas lo único que desean es, algún día, dejar de ser indígenas. Cualquiera aborigen que se educa o alcanza una situación económica superior a la mayoría de su raza deja automáticamente de serlo. Esta es la psicología general característica del elemento autóctono de América. El indio que alcanza una cierta cultura es el peor enemigo de los otros indios.

La teatral postura de algunos movimientos políticos que se dicen «indoamericanistas» constituye en la actualidad un soberano absurdo. Es un falso enunciado demagógico y maquiavélico. Es una actitud retrógrada y cavernaria. Hoy ya no existen mayorías absolutas de indígenas puros. El aborigen de nuestros días en América no es el mismo que formó el imperio de los incas, de la misma forma que no es el egipcio de hoy el mismo que construyó las pirámides. Lo máximo que podríamos decir es que el mestizaje, tanto físico como cultural, es el que predomina y condiciona algunos factores determinantes en nuestros países americanos. Todo lo restante es netamente importado de la Península Ibérica. Y el mestizo, pues, no obstante los influjos atávicos, piensa y actúa, generalmente, como español o lusitano.

Al escribir este artículo, no me ha impulsado ningún complejo de simple manía de contradecir al doctor Espinosa. Solamente he querido puntualizar algo que creo firmemente y que creen y sostienen muchas personas en todos los confines de HISPANOAMERICA.

Por todas estas razones, creo que esta vez está más cerca de la realidad el vecino de Concepción de la Vega señor Fernández.

Por lo expuesto, soy partidario del uso exclusivo del vocablo HISPANOAMERICA, como ente vital de supervivencia de la Hispanidad.

REPLICA ESPINOSA OROZCO

Para el Diccionario de la Academia Española, solo es hispanoamericano el que habla español

ME place que sea un hispanoamericano, de los de verdad, el que me plantea, con una cortesía inusitada en los discutidores de ahora, la cuestión que motiva este comentario. El señor Felipe Tredinnick-Abasto, culto escritor de la altiplanicie de Bolivia, la única tierra a la que el Libertador dió su nombre, demuestra, al defender su tesis—contraria a la que yo sustentó—un españolismo ejemplar, que no necesito aprender, porque lo llevo arraigado en la medula y en el alma, pero que puede servir de espléndida lección a los resentidos y disociadores que pretenden echar sobre la madre España las culpas de nuestros abuelos comunes.

Pero como lo cortés no quita lo valiente, suponiendo que pueda considerarse como bravura el defender las propias convicciones, tengo que salir al paso de las, a mi juicio, equivocadas aseveraciones del joven y, sin embargo, maduro escritor sudamericano, cuya fácil prosa nos señala a un literato de glorioso porvenir. Redundando en la referencia que ayer hacía sobre el vocablo «hispanoamericano», he de citar de nuevo la definición exacta que nos ofrece el Diccionario de la Lengua Castellana al decirnos: «Hispanoamericano (adj.).—Perteneiente a españoles y americanos o compuesto de elementos propios de ambos países. Dicese más comúnmente de las naciones de América en que se habla el español y de los individuos nacidos o naturalizados en ellas.»

El señor Tredinnick-Abasto asevera valerosamente que los brasileños son hispanoamericanos, lo que se contradice con la versión que acabamos de dar. Pero su exaltado y bendito españolismo le lleva todavía más lejos. Afirma que el Brasil y Portugal forman parte de Hispanoamérica y que las Guayanas, Haití y algunas pequeñas islas de las Antillas deben excluirse de ese conglomerado. Difícil resulta explicarse cómo Portugal, que seguimos creyendo está en Europa, es de Hispanoamérica, cuando ni siquiera España puede serlo, y cómo si, en opinión de mi benévolo contrincante, el Brasil es hispánico, no se extiende esta grata denominación a su territorio de la Guayana, lindante con Venezuela. Sin duda, el señor Tredinnick-Abasto no se ha acordado, al escribir su brillante crónica, de que la discutida

zona de la Guayana, de indubitable origen total hispánico, está repartida entre el Brasil, Venezuela, Francia, Inglaterra y Holanda. Como, a mi humilde parecer y al mucho más elevado de la docta corporación lingüística de Madrid, el idioma caracteriza al hispanoamericanismo, la Guayana venezolana es, de todo punto y sin discusión lógica, hispanoamericana...

Tiene el vocablo «Latinoamérica» una aceptación más amplia de la que algunos suponen. Gramaticalmente, admito incluso que se pueda

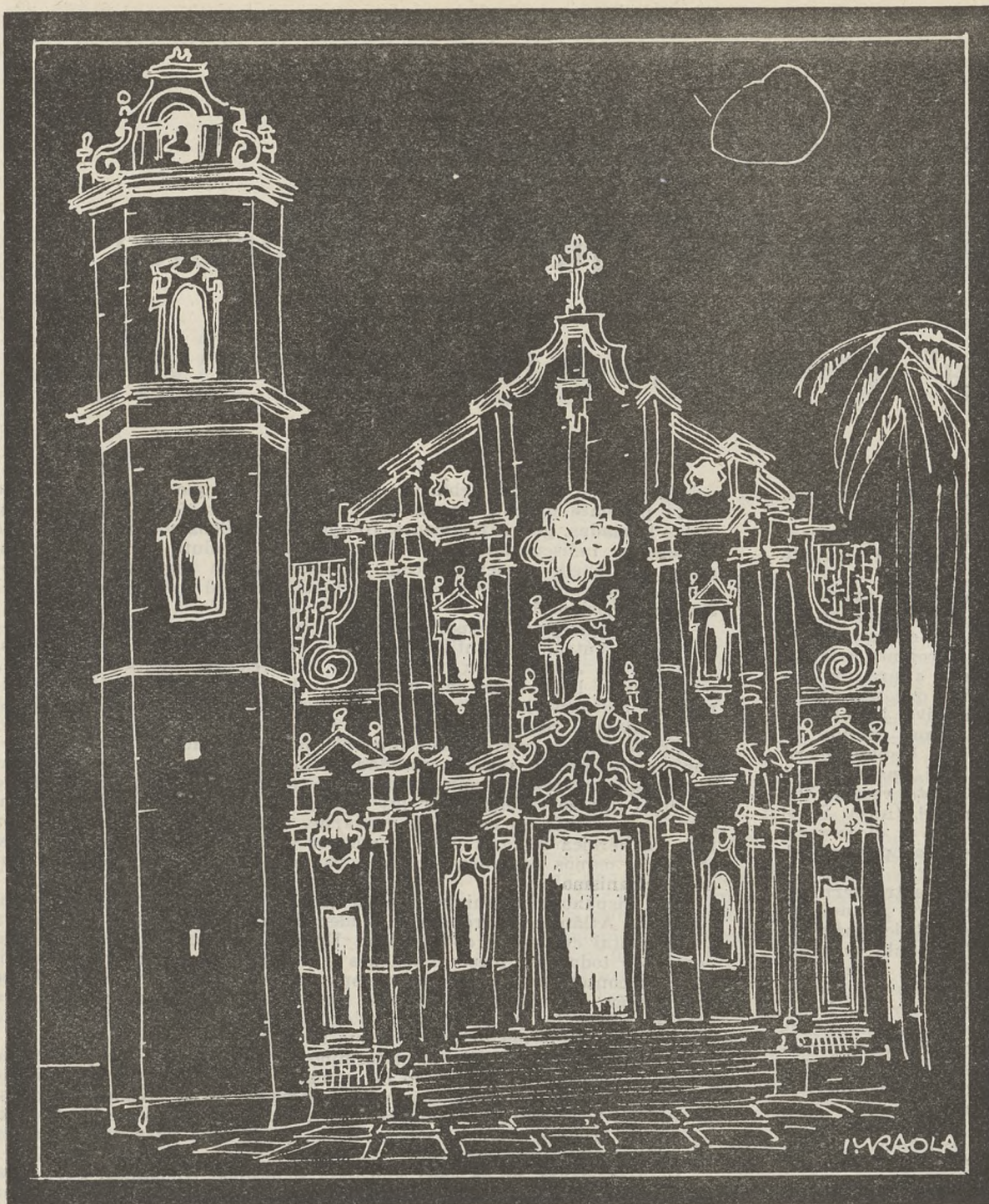
discutir ese término. Pero su significación es inmensa y de una belleza espiritual ilimitada, que podríamos decir sitúa cada cosa en su sitio. Es la separación—racial e ideológica—de dos mundos diferentes: el anglosajón y el latino, cuyas virtudes y defectos no intentaré parangonar. Para mí, esa expresión es más concreta y determinante que cualquiera otra de las dedicadas a establecer la inmarchitable misión cumplida en América.

Puesto que América lleva un nombre inapropiado, el de Vespucio, que llegó aquí, con sus pergaminos de gacetillero, cuando los conquistadores portugueses y españoles habían recorrido miles de kilómetros de la tierra virgen americana, no podemos darles una importancia sobrenatural, en definitiva, a otras equivocadas definiciones que se vienen haciendo de los vocablos que discutimos. Si algunas de las Antillas Menores no son, en el concepto del señor Tredinnick-Abasto, hispanoamericanas, cuando es de toda evidencia que las descubrieron los españoles, no podemos comprender que el Brasil, conquistado por los lusitanos, después de la fugaz ojeada que echó sobre él Vicente Yáñez Pinzón, entre en el bloque hispanoamericano, lo que me resultaría agradable que pudiera ocurrir, pues siento una viva simpatía por esa grande y poderosa nación, que lleva meses descubriéndonos el genio infatigable de uno de los colaboradores más asiduos de este diario.

Cabría incluir a los brasileños en el grupo cordial de los iberoamericanos, que mi gentil contradictor ni siquiera menciona. Antes de Hispania, la madre patria se llamó Iberia, voz que se aplicó especialmente a la costa española del sur, limitada, al oeste de la Península, por el río Guadiana, que sirve de frontera meridional entre las dos naciones peninsulares. Los romanos transformaron en Hispania el vocablo griego «Spania». Es muy sensible para este pequeño historiador que yo soy, tener que registrar que, según la «Geographia Sacra», de Bochart, edición de 1712, Hispania significa «país de conejos», lo que dolorosamente se confirma en las monedas del tiempo de Adriano, en las que se representa a España en forma de una matrona con uno de esos roedores a sus pies.

De los conejos nacen gazapos, y así también





se llaman los errores gramaticales que todos podemos padecer, aunque yo haga lo posible por evitarlos. No hay que confundir, estimado contrincante, el bien llamado mundo hispánico o el Instituto de Cultura Hispánica con las estrechas limitaciones de los vocablos «Hispanoamérica» y «Latinoamérica». No me negará

usted que España está mucho más presente en los lugares en los que se habla su idioma que en los que domina una lengua extranjera. Son, a mi juicio, hispanoamericanas las naciones que tienen como signo de expresión el castellano. Ojalá que hubiera más de las que hay y que el Brasil figurase entre ellas.

ESPINOSA OROZCO AÑADE AL OTRO DÍA

El hispanismo geopolítico está caracterizado por el idioma

NO considero fundamentalmente equivocados a los que, refiriéndose al conjunto de naciones americanas que intentan diferenciarse del mundo anglosajón, denominan Latinoamérica al primero de tales conglomerados. Llamar América española o Hispanoamérica al Brasil, que no ha sido nunca español, me parece un afán desmesurado de abarcar cosas que no son nuestras y que, en definitiva, no necesitamos sustraer, puesto que le sobran a España riquezas espirituales repartidas por el universo. Ese tesoro sentimental es tan grande, que sus ricas preesas se extienden

incluso por Grecia y por el archipiélago filipino, en el que perdura, no obstante los esfuerzos hechos para eliminarlo, el limpio idioma de Cervantes, que Legazpi introdujo en esas islas remotas hace cerca de cuatro siglos. En la ciudad griega de Salónica, célebre por las epístolas de San Pablo, los descendientes de los judíos expulsados por los Reyes Católicos, que forman una colectividad importante, hablan al presente el mismo idioma español de sus antepasados fugitivos.

Eso es lo que se llama, o debe titularse, mundo hispánico. En él yo, con el derecho a

opinar que tiene cualquiera, sitúo a todos los países, o simples regiones, en los que se conserva y se utiliza, como medio corriente de expresión, la lengua castellana. Ello me fuerza a repetir que lo que caracteriza el hispanismo geopolítico es el idioma. Lo cual no me lleva a considerar que Salónica y las Filipinas puedan encuadrarse en el sólido y extenso conjunto hispanoamericano.

Si admitimos, bondadosamente, que puede aplicarse el nombre genérico de Hispanoamérica a todos los territorios y naciones del Nuevo Mundo que fueron descubiertos, explorados e incorporados a la civilización occidental por los pueblos de la que los romanos llamaron Península Hispánica, con relativo y circunstancial éxito histórico, puesto que se denomina Península Ibérica, tendríamos que extender—y ojalá pudiéramos hacerlo—nuestros dominios espirituales a los Estados Unidos, ya que California, Texas y la Florida fueron descubiertas por los españoles. Lo cierto es que, aunque en esos sectores de la gran democracia nortea se habla bastante el español, nadie se atreve a incluirlos en la esfera hispanoamericana.

El concepto genérico de la Hispanidad está, evidentemente, basado en la extensión del idioma y de la cultura de la madre patria. Portugal es un pequeño territorio, bravo e independiente, que ha sabido conservar sus colonias..., protegido por Inglaterra. Sólo un desmedido orgullo, que no precisamos emplear, porque la grandeza histórica de España está muy por encima de esas mezquinas vanidades, puede hacer que subestimemos, en ocasiones, una realidad indubitable: que los lusitanos, en la antigüedad, han sido más grandes navegantes que los españoles y que sus descubrimientos no guardan ninguna relación ni la menor afinidad, sino, por el contrario, un obcecado antagonismo con los realizados por España después de que Portugal llevaba siglos desvinculada de Castilla y no de León, como asevera el señor Tredinnick-Abasto, constituyendo una nacionalidad independiente.

Mi fino contradictor boliviano señala el testimonio de unos pocos escritores portugueses y de aun menor número de brasileños que nos hablan de «las Américas»—vocablo cuya pluralidad nos sobrecoge por lo inadecuado—y de la precisión urgente de que sus hermosos países sean restituidos a la vocación histórica de su destino hispánico. A los primeros que tienen que convencer esos gallardos paladines de una idea romántica, pero de compleja realización, es a sus compatriotas. Lamentablemente, necesitaríamos muchas rotativas para imprimir los nombres de los contrarios a esa tesis sentimental, de un lirismo encantador, pero que no pasa de ser una figura poética.

Se ha repetido muchas veces que el nombre no hace la cosa. Entretenerse en desmenuzar las palabras mal empleadas y los modismos de creciente uso es una labor de titanes con la que nada práctico podríamos resolver. Si América empieza por llevar una denominación absurda que no le corresponde, nacida de la amistad y de la influencia de Vespucio con los cartógrafos que habrían de bautizarla, todas las derivaciones de ese título adolecerán de un defecto de origen. Por ese lado, lo mismo me da que se llame Latinoamérica que Hispanoamérica. En definitiva, es el uso el que crea el derecho de los vocablos a figurar en los diccionarios, porque los señores académicos no hacen más que recoger las voces repetidas en la calle.

Pero como hay que designar de alguna manera a los pueblos del Nuevo Mundo descubiertos por España y que mantienen vivo y palpitante nuestro idioma y nuestro espíritu, lo mejor, en mi humilde juicio, es definirlos como hispanoamericanos. Más acertada todavía, si cabe, encuentro la expresión «América española», para designar a esos países e incluso a todos los encontrados por la madre patria en este muy mal llamado hemisferio, aunque en la actualidad estén sometidos a potencias extranjeras.

El vocablo «Latinoamérica», aunque realmente son dos, es perfecto, según mis modestas apreciaciones, sujetas al error cuando se trata de precisar el deslumbrante conglomerado de naciones americanas que forman un poderoso grupo aparte de las anglosajonas. Considerados aisladamente, los países citados en primer término. Bolivia es netamente hispanoamericano. Pero si me refiero a la noble nación de la cúspide andina, juntamente con el Brasil, hablaré de Latinoamérica.

Dejo con esto, para no cansar a mis lectores, agotado un tema sobre el que no insistiré, pues entiendo, asimismo, que, con las razones apuntadas, está claro mi punto de vista, respetando el de los demás.

La realidad histórica tiene mayor importancia que la geográfica

"Latinoamérica" es una denominación impropia

EN dos detalladas crónicas, el doctor Sixto Espinosa Orozco aporta nuevas opiniones polémicas, procurando demoler la tesis hispanoamericanista, sostenida con ardor y con exhaustivos argumentos en mi artículo del día 14 de los corrientes, publicado bajo el epígrafe de «¿Hispanoamericanismo? ¿Latinoamericanismo?»

Antes de nada, para no pasar como descortés, porque lo cortés no quita lo valiente, mucho agradezco los inmerecidos elogios que de mi persona hace el sutil autor de *Vibraciones*. Mas, sin ser excesivamente susceptible, espero que aquéllos no sean solamente un «presente griego».

El señor Espinosa Orozco intitula sus dos artículos «Para un hispanoamericano», y transcribe sendas veces la definición que nos ofrece el Diccionario de la Lengua Castellana sobre aquel adjetivo. No obstante de que aun esa definición contiene una relatividad muy grande, en las palabras *más comúnmente*, refiriéndose a quienes son hispanoamericanos, quiero recordar que en mi trabajo del día 14 ni una sola vez mencioné «hispanoamericano», sino Hispanoamérica (siete veces), hispanoamericanismo (una), hispánico-a (tres) e hispanidad (una). Si el doctor Espinosa hubiese copiado la definición dada por el diccionario castellano de cualquiera de las dicciones que escribí en esa oportunidad, explícitamente la razón y la verdad habrían sido más.

Puesto que nos encontramos marchando en un tren de transcripciones, como si nuestra polémica fuera simple y llanamente gramatical u ortográfica, siendo, en honor a la exactitud, más político-doctrinal que otra cosa, inserto seguidamente lo que nos dice de la palabra «Hispanoamérica» el *Diccionario Enciclopédico de la Lengua Castellana* (Unión Tipográfica Editorial Hispano-América [U. T. E. H. A.]), en su tomo V, página 1287, edición del año 1953: «Hispanoamérica.—Denominación que suele aplicarse al conjunto de las repúblicas americanas nacidas de la colonización española y portuguesa.» Inmediatamente después aparece la definición de: «Hispanoamericanismo (m).—Doctrina que tiende a la unión espiritual de todos los pueblos hispanoamericanos. En los tiempos modernos ofrece nuevos perfiles. Por una parte, una poderosa corriente de opinión tiende a englobar en lo hispanoamericano a los países descubiertos y colonizados por los españoles y portugueses, sin distinción, partiendo del concepto histórico y clásico de Hispania, y por otra, la doctrina tiende a perfilarse con un carácter de hispanidad, frente a ciertas tendencias recientes del panamericanismo.»

Y continuando con las definiciones del mismo diccionario, de los más modernos y voluminosos del mundo, encontramos en el tomo VI, página 887, la palabra: «Latinoamérica.—Denominación impropia que se aplica a los países colonizados por España y Portugal en el continente americano. (V. Hispanoamérica.)» Sobre este punto, el poeta, ensavista y diplomático mexicano don Octavio Paz expresaba: «Creo que "Latinoamérica" es una denominación equívoca y que no fué inventada por nosotros, sino por aquellos que, de una manera u otra, han querido hacernos olvidar nuestra relación entrañable con España.»

Ahora bien, con las energías y el coraje redoblados por el precioso auxilio académico citado, considero que, lamentablemente, se ha vuelto a incurrir, por parte del doctor Espinosa, que merece todo mi respeto, en la confusión de términos que ya había indicado en mi artículo precedente. Repito una vez más que no es lo mismo decir Hispanoamérica que América española, por la misma razón que no es lo mismo decir: «Cierta verdad que verdad cierta», «La razón de la fuerza que la fuerza de la razón», «Valiente frase que frase valiente», etc.

Igualmente, encuentro una confusión bastante acentuada en lo que se refiere a la concepción de las Guayanas, que yo mencioné otrora. Para el doctor Espinosa parece tratarse de la calidad de la tierra; pero para quien esto redacta son las colonias pertenecientes a Inglaterra, Francia y Holanda. Con un poco más de meditación y acaso buena

voluntad, creo que así debía ser interpretado, porque lo que se discute en la presente polémica no es mero debate de problemas agronómicos. A las llamadas, geográficamente, Guayanas brasileña y venezolana, pues pertenecen indiscutidamente a la soberanía absoluta de estos países, no se las puede mencionar como si ellas fuesen regiones en fideicomiso, o separadas del resto del territorio nacional correspondiente. Sería una división ficticia.

En la concepción hispanoamericana considero que—hoy al menos—no pueden entrar las Antillas Menores, pertenecientes a Gran Bretaña, y la isla de Jamaica, en las Antillas Mayores. De idéntica forma, las pertenencias holandesas de Curaçao, Aruba y Bonaire, donde predominan las culturas, lengua y administración del Commonwealth británico y de Holanda, respectivamente.

Bueno, ahora quiero hacer hincapié en que yo no soy «españolista», porque significaría una parcialidad exclusivista. Soy «hispanoamericanista», que representa una posición más amplia y verídica. Lo primero entiendo que sólo pueden ser los nacidos en la madre patria, España, por la que siento un cariño muy grande, una admiración ilimitada, por toda su heroica historia y asimismo por sus brillantes líderes actuales, en cuyas manos descansa—en gran parte—el destino futuro del hispanoamericanismo.

Ser hispanoamericanista implica tender un puente espiritual, venciendo el Atlántico, para llegar a identificarnos en el seno de nuestra fundamental cultura y civilización: España y Portugal. Pero también, venciendo todas las incomprensiones y prejuicios que, en forma de diques de contención de las ideas hispanoamericanistas, que cada día se hacen más actuales y necesarias, nos saltan desesperadamente para continuar con la gran estafa ideológica del latinoamericanismo. Todo depende del color del cristal con que se mire.

No mencioné, a propósito, el término «Iberoamérica», porque Iberia, según el diccionario, es uno de los nombres antiguos de España, siendo que en la actualidad posee más valor geográfico. Y el mismo doctor Espinosa, mi buen amigo y compañero de trabajo, limita sus estrechas extensiones. Declaro que, del mismo modo, no lo hice para evitar mayor confusión de la ya provocada.

Evidentemente, no se debe confundir el Mundo Hispánico. Pero éste, prácticamente, apenas está formado en la actualidad, al menos con una perfilación razonable, por España, Portugal y América luso-española. Las Filipinas, la punta de lanza más audaz de la conquista española en el Asia (juntamente con Goa, Damiao y Diu, de la portuguesa), según me contó el sacerdote jesuita padre Alberto de Castro, un gran conferenciante, en 1954, en el Brasil, desgraciadamente se está perdiendo cada día más para el Mundo Hispánico, ante la influencia creciente de culturas y lenguas ajenas. Me imagino que eso está pasando porque en las Filipinas deben existir muchos «latinoamericanistas», porque, de otro modo, ese archipiélago, con media docena de buenos «hispanoamericanistas», llegaría a ser más hispánico que Andalucía.

La realidad histórica está en un rango de mayor importancia que la realidad geográfica. Ningún latinoamericanista afirmará que Francia está más cerca de España que de Inglaterra, histórico-políticamente hablando.

Y Ramiro de Maeztu, el gran escritor hispanoamericanista nacido en España, hablaba de la Hispanidad en los términos siguientes: «...Está compuesta de hombres de las razas blanca, negra, india y malaya y sus combinaciones, y sería absurdo buscar sus características por los métodos de la etnografía.» «Los pueblos no se unen —agregaba— en la libertad, sino en la comunidad... Nuestra comunidad no es racial ni geográfica, sino espiritual... Es en el espíritu donde hallamos al mismo tiempo la comunidad y el ideal.»



El idioma español, vehículo de toda una cultura

Por ANTONIO M. ABAD

NOSOTROS, los que nos llamamos hispanistas, somos hace muchos años víctimas de una más o menos insidiosa maledicencia. Quiero rectificar. Con mayor caridad, debe decirse que nuestro victimario no era la maledicencia. Era la ignorancia.

Se nos representaba como a instrumentos de un plan secreto y diabólico, el plan de entregar a España la tarea de plasmar nuestra cultura; pero no era a una España limpia de sus pasadas lacras, sino a la España que conocieron y combatió Rizal, López Jaena, Del Pilar y otros mártires de nuestra libertad.

Nos han maculado con estas intenciones, y como insistíamos en que sólo éramos hispanistas, ellos concluyeron que formábamos una sociedad tenebrosa, dispuesta a vender el patrimonio de nuestra libertad, y que la palabra Hispanidad, que era y es nuestro santo y seña, tenía equivalencia de traición.

Evidentemente ha habido aquí, de parte de nuestros críticos, una lamentable confusión. Y más que confusión, debo decir que en el esfuerzo de vencernos se ha infiltrado no poca cantidad de delirio de la imaginación. Porque, si hemos de ser razonables para discutir con serenidad, ni existe la España que tratan de pintar los artistas de la distorsión, ni, aun existiendo, lograría nadie traerla de nuevo a Filipinas por hábil que se le suponga en las artes de la tergiversación.

La confusión es todavía más difícil de disipar. Yo diría que es tarea imposible si ellos y nosotros no nos sentáramos antes a una mesa, dejando a la puerta el barajío de nuestros prejuicios. La confusión consiste en mostrarse incapaz de distinguir entre lo español y lo hispánico, entre España y la Hispanidad. Trátemos, pues, de poner un poco de claridad en nuestras ideas.

Antes, cuando se gritaba «¡Viva España!», implícitamente se gritaba también «¡Muera Filipinas!» El viva a España—comprendámoslo bien—era entonces un grito político. Niego que ahora haya filipinos, aun entre los más fervorosos, que griten así. Niego también que haya españoles que al gritar «¡Viva España!» deseen, ni remotamente, ni aun en lo más secreto de su corazón, no va la muerte, sino hasta el menor daño a Filipinas.

Puedo admitir que ha habido un momento en que, al dar vivas a España, se daban vivas a lo español. Eso lo hacían los españoles, sin desear mal a nadie, hará tal vez una docena de años. Hoy el español que grita «¡Viva España!» en el mismo corazón de Madrid, piensa no va en la España del Cid, ni siquiera en la España de Fernando VII, sino en la amplitud inmensa, en el omnicompreensivo concepto de la Hispanidad.

HISPANIDAD, NORMA Y FILOSOFÍA DE VIDA

¿Y qué es la Hispanidad? Hispanidad es, a la vez, norma y filosofía de vida. Hispanidad no es sólo España, que es parte únicamente de ella, y no la mayor ni la mejor. Hispanidad no es siquiera ni una raza, porque se compone de todas las razas de la tierra. Hispanidad es un modo de pensar, de vivir y de hacer, y ésta es la filosofía y la norma de los pueblos que nacieron bajo el signo de España.

Y esta Hispanidad, como el helenismo del Renacimiento, ha producido una cultura de la

que nosotros, los filipinos, somos coparticipantes, coherederos y cohacedores. El vehículo de esta cultura es el español, no el español hombre, sino el español lenguaje. Yendo orgullosa la Hispanidad en ese vehículo ha hecho nacer a su paso pueblos fuertes, vigorosos y cultos.

Somos uno de esos pueblos. Estamos, querámoslo o no, dentro de la órbita hispánica. La Hispanidad es la sustancia. El español, como lenguaje, como verbo, es la forma en que esa sustancia se manifiesta. Y esta sustancia se nutre de aquella forma. No podéis destruir la forma sin mengua de la sustancia, del mismo modo que no podéis destruir la hoja sin dar muerte a la raíz. Es que existe entre una y otra una interrelación vital constante. No puede vivir el árbol sin la raíz. Tampoco subsistirá la raíz si suprimís la hoja. Una y otra se completan, y al completarse en esta maravillosa simbiosis, producen la flor y el fruto, eso que llamamos cultura.

Así lo ha entendido el legislador filipino. El legislador veía con alarma cómo en el campo de la educación alguien se había entregado al peligroso experimento de destruir la forma de una cultura sobre la que hemos asentado la base de la propia. Advertid que el experimentador no trataba de producir un nuevo árbol, porque esto le era demasiado difícil, con una nueva semilla. Se quería que el mismo árbol, levantado sobre la misma raíz, produjera flores y frutos completamente distintos. ¿Con qué procedimiento? Pasmaos: despojando al árbol de su follaje.

RAÍZ HISPÁNICA DE LA CULTURA FILIPINA

Esto es lo que el legislador ha impedido. El viejo árbol puede producir flores y frutos nuevos y distintos sin destruir la hoja, porque se puede recurrir al injerto. El injerto puede hacer el milagro, pero la destrucción del follaje secará el árbol.

Al cumplir su deber con la aprobación de la ley 1881, el legislador ni siquiera ha tenido que gritar «¡Viva Filipinas!» ¿Para qué? Sólo se ha hecho eco de la voluntad del pueblo, y la voluntad del pueblo ha consistido en señalar un rumbo a los que timonean la educación pública.

Puede que la tarea realizada no sea perfecta. Es, al fin y al cabo, obra de hombres. Hasta puede admitirse que adolece de muchos defectos. Lo que no puede negarse es que se trata de una obra de orientación. Como dedo enérgico y autoritario señala un camino al que ha tomado sobre sí la responsabilidad de encauzar la educación de la juventud, advirtiéndole que en la estructura de la vida filipina del presente y del futuro lo hispánico, simbolizado en su

lengua, ocupa un alvéolo del que no se le puede desalojar sin daño de nuestra propia personalidad.

No puede menos de ser así. En el ámbito internacional, Filipinas está filiada como pueblo hispánico. Con esta filiación aparecemos en los escenarios del mundo con fisonomía propia, fácilmente reconocible por los otros pueblos de estirpe hispana.

«Creemos—dice Blas Piñar, director del Instituto de Cultura Hispánica—que ha llegado la hora de que los buenos deseos y las evocaciones líricas se transformen en un frente de lucha en el que participen no sólo los hispánicos del país, sino también la comunidad de pueblos hispanoamericanos que aman a Filipinas como una nación más de la estirpe, a la que quieren y deben apoyar en todas sus aspiraciones, tanto de orden interno como de orden internacional.»

Y Sergio Osmeña, el hombre más representativo de la historia filipina, dice, contestando a Blas Piñar:

«El apoyo moral del Instituto de Cultura Hispánica alentará a los que aquí están luchando por conservar y propagar el castellano, mientras que las simpatías del mundo latino, europeo y americano contribuirán a afianzar las raíces de la cultura que hemos heredado de España, cultura de que han hecho gala en sus escritos nuestros pensadores, como el doctor José Rizal, Marcelo del Pilar y Apolinario Mabini, y nuestros celebrados poetas, como Cecilio Apóstol, Fernando Guerrero y José Palma. Es mi humilde opinión que el natural arraigo en este suelo del hispanismo, idioma y cultura, será cada vez más firme a medida que nuestra cultura nacional, aleación de tres civilizaciones—la autónoma (malaya), la hispánica y la anglosajona—se vayan desenvolviendo y alcancen mayor progreso.»

Estamos en plena lucha, es verdad. Pero sabremos afrontarla los hispanistas. Sabremos afrontarla con dignidad y con guante blanco. Sabremos afrontarla aunque nuestro adversario sea la ignorancia o la malignidad. Sabremos afrontarla aunque nuestro adversario sea la confusión, que, como ciertos cefalópodos, en la fuga enturbian el agua. ¿Se puede dudar de nuestra victoria?

RESPONSABILIDAD DE LOS MAESTROS DE ESPAÑOL

Pero, como en toda lucha, no basta haber ganado esta batalla. No basta ganar futuras batallas. Es preciso algo más. Es preciso ganar la paz, y la paz, para nosotros, los maestros de español, los hispanistas de la avanzada, representa una gran responsabilidad. Es la responsabilidad de mejorar día tras día, constan-

Recientemente se celebró en Manila, en presencia de la esposa del Presidente de la República, y en uno de los salones del propio palacio de Malacañán, el Congreso de Profesores de Español. En este trascendental acto pronunció don Antonio M. Abad el importante e inspiradísimo discurso que hoy ofrecemos, subrayando al mismo tiempo la ilusionada esperanza de un decidido resurgir de la lengua castellana en las entrañables islas Filipinas, avanzada de la Hispanidad en la lejana Asia. (N. de la R.)

temente, sin descanso, nuestra labor, en el aula y fuera de ella; la responsabilidad de producir, con nuestra enseñanza, mejores estudiantes; sembrar en ellos un más inteligente interés en la materia que enseñamos, un interés sólido, entusiasta, ferviente si es preciso, porque sabemos inspirárselo y porque nosotros mismos sentimos sinceramente ese interés, ese entusiasmo y ese fervor.

Y para que se produzca ese resultado será preciso que nosotros renazcamos en una cosa completamente nueva, el nuevo maestro que, más que los denarios de su profesión, ama y se consagra a su tarea porque la reputa como un apostolado. Y así renacidos y consagrados, veremos como el estudiante buscará el saber y sus satisfacciones antes que las unidades que sólo suponen saber, porque no ignora que ellas le serán dadas por añadidura.

Ya sé que nuestros solos esfuerzos no habrán de bastar. Ya sé que nuestros celos y nuestros fervores no lograrán obrar el milagro ellos solos. En la estructura social de hoy día una entidad aislada, por fuerte que sea, nunca se basta a sí misma para producir un resultado. A la entidad Magisterio debe ir emparejada la entidad Gobierno. Por eso insistiremos en que el Gobierno, este Gobierno nuestro, no obligue

al maestro a poner él sólo el capital de esta empresa común. Insistiremos en que el Gobierno equie al maestro de aquellos conocimientos y de aquellas técnicas que le pongan en disposición y la capacidad de producir el resultado que el pueblo espera de él.

Tengo para mí que las adicionales doce unidades que se exigen por la nueva ley del estudiante de ciertas Facultades serán perfectamente ineficaces si, proporcionalmente, no se ponen en manos del maestro otros equipos que los que ahora puede usar. Porque sabéis que, con el equipo de que ahora podéis disponer, sólo produciréis, por más que se exijan cien unidades más, el tipo de estudiante que todos conocemos, del mismo modo que el carpintero del pasado, con sólo su escoplo, su sierra y su cepillo, jamás podría levantar una casa de cemento.

Si el Gobierno cree que con el bagaje de conocimientos que la generalidad de los maestros poseen puede producirse una mejor calidad de estudiante, decid al Gobierno que, o lo han engañado, abusando de su credulidad, o trata de mofarse de vosotros. Decid al Gobierno que los conocimientos que de su profesión tiene el maestro de español, pocos o muchos, han sido adquiridos sin la menor intervención

del Gobierno. Decid al Gobierno que si quiere de verdad mejorar el saber del estudiante, su primer quehacer es mejorar el tipo del maestro de español, dotándole de equipos más eficaces y más modernos. Decid, en fin, al Gobierno, que el clásico encerado, el más clásico borrador y la clasicísima tiza, únicos instrumentos usados en las aulas de español desde tiempo inmemorial, no lograrán, aunque el Gobierno crea lo contrario, producir un estudiante mejor, aun cuando logre acumular 24 unidades más en su haber académico.

Todo esto, y mucho más, constituye para nosotros, los maestros de español, un conjunto de problemas que debemos afrontar urgentemente. No añado la palabra *resolver*, porque hay problemas cuya solución no está sólo en nuestras manos. Pero sintiendo que cumplimos bastante con nuestro deber con aceptar la parte de responsabilidad que nos corresponde y trabajar por colocarnos a su altura, en este Congreso, que se reúne hoy con una oportunidad que nadie puede ignorar por la situación que crea la ley 1881, nosotros, los maestros de español, tendremos el valor, tendremos el coraje y tendremos la franqueza de decir a nuestro Gobierno: «Cumple tú también con tu deber.»

estafeta

RAFAEL DOMENECH. Cura Navarro, 2. Alcoy (Alicante).—Desea correspondencia con señoritas venezolanas de dieciséis años.

A. CABRERA DIAZ. Apartado 49. Arrecife de Lanzarote (Canarias).—Desea intercambio de postales de cualquier parte del mundo.

ROSALVA MARQUEZ. Pérez Galdós, 60. Arrecife de Lanzarote (Canarias). Desea correspondencia con todo el mundo.

F. BILLET. Orgabon. Eteke par Moula, Gabon (Africa Ecuatorial Francesa).—Desea correspondencia con señoritas de dieciocho o veinticinco años, residentes en España o América Latina, en español o francés.

ALLEN G. LANGNER. P. O. Box 975, Racine, Wis. (United States of America). Desires correspondence with a girl twenty-five to thirty-five who can write English or German. I am single thirty-nine yrs., 5 ft., 8 tall., 165 lbs., of good character, pleasing personality. Will answer all letters.

CHRISTIANE GOETZE. Nordstr. 13. Holzwickede Unna (Alemania).—BARBEL OSINSKI. Liebermannstr. 2. Dortmund. URSULA KROKER. Kleverstr. 5. Dortmund.—Desean correspondencia en español con jóvenes españoles.

QUINITA HERNANDEZ. Apartado 21.096.—Desea correspondencia con chicos mayores.

JOSE MANUEL LOPEZ y PEDRO QUINTANA. Sanatorio de El Escorial. Madrid.—Desean correspondencia con señoritas hispanoamericanas.

VACACIONES en Inglaterra, en Archer's Court Hastings (teléfono: Hastings, 51577).—Visite Inglaterra y perfeccione sus conocimientos del idioma, costumbres y habitantes. Residencia en el campo, a veinticinco minutos de la ciudad de Hastings y del mar y a dos horas de Londres. Pensión completa para otoño e invierno, 640 pesetas por semana. Sala de estar, librería, habitaciones con agua corriente, caliente y fría, y extensos jardines. Escribid inmediatamente.

UN HOMENAJE AL "GALLO"

(Viene de la pág. 33.) bre abúlico que no se preocupa por nada. Gracias a una cogida que tuvo, pude escapar de la zona roja en los años de la guerra. Aquel mal bicho lo tuve que liquidar yo. Me dijeron que se lo brindase a un jefazo rojo. Lo hice. Estuve bien. Y al ir a recoger la montera me tiró su revólver, de emocionado que estaba. Nos hicimos amigos, y... En fin. Pero hablábamos del «Gallo». Fué un gran torero. Perteneció y pertenece a la escuela sevillana, estilista, en contra de la rondeña, más sobria. Aunque no era constante en quedar bien en las tardes de lidia. Cuando le salía un toro que le gustaba y en esto tenía una finísima intuición—se lucía. De lo contrario... Pero siempre era quien más arrimaba la cintura al pitón.

Son más de las cuatro. Rafael sin aparecer. César Girón, con su capa, su simpatía, su cara chupada, habla:

—Le he conocido personalmente en el año mil novecientos cincuenta y dos. Un hombre que no tiene un enemigo. Mi padre nos hablaba de él como de un superhombre. Lo era. La «espantá» era palabra que nos ponía la atención en el «Gallo». La corrida iba a empezar. Miguel Atienza caminaba pesadamente hacia su jamelgo.

—Y usted, ¿no me dice nada?

—Que era un hombre entero.

Y puso el pie izquierdo en el estribo.

Después, «la fin del mundo», que

diría Rafael. La entrada en la plaza, abrazado de aplausos, y los apretones de Vicente Pastor y el «Papa Negro» (Bienvenida padre). La insignia del Real Madrid y esa sensación suave y triste al pisar la arena, sobre la que caían cajas y puros en un chubasco corto, apretado, lleno, impresionante. Puros para el resto de su vida. Para regalar a sus amigos. Para darlos todos de una vez si al «Gallo» se le antojaba. El sigue siendo así. Lástima que falte el café, la otra manía fuerte de este viejo faraón de los ruedos.

Cuando acabó la corrida—lejos ya el ruido de los aplausos, los abrazos, los apretones de manos—, en el silencio del salón del hotel, comenzamos a charlar. El «Gallo» pidió primero café, sin lo cual no sabe hacer nada. Dejó a un lado el puro largo, prieto, y encendió un cigarrillo de «caldó de gallina». Un viejo rito. Con el café, un cigarrillo. Luego, a seguir matando la vida del puro a largas chupadas. Me observa.

—Bueno, ¿y usted qué me va a preguntar?

—Nada, maestro. ¿Para qué? Vamos a matar el tiempo, a recordar cosas de su vida, desde esta hora, quizá la definitiva, de pisar la arena. ¿Cómo ha considerado los toros: como un deporte o como un arte?

—Como un arte.

Y me mira como si yo le hubiese preguntado una herejía. Es su pun-

to fuerte. De él no supo salir en toda aquella tarde. Había sido un artista de la lidia y parece que sentía ahora todo el fuego que encendió su capa en las tardes gloriosas. Ante mí estaba un hombre que jamás ha tenido un enemigo y que nunca supo creárselos. Y un artista del toreo al que, para comprender-

Un hombre que reparte millones

(Viene de la pág. 15.) quitectónico, de un funcionalismo sobrio y amable, en el edificio de la iglesia ha planteado una evidentemente nueva idea de la construcción religiosa, dentro de los más estrictos cánones litúrgicos.

En tercera línea, a la izquierda del campanario, autónomo de la iglesia, se ofrece el frente, igualmente quebrado, del pabellón de las niñas, similar al de los chicos y de igual capacidad. La última línea, vertical a todas las anteriores, y en forma de «L», la constituye el pabellón sanitario, en el que, además de los servicios que pueden suponerse de medicina y cirugía general, hay una residencia de ancianos invalidos y otra de niños enfermos. Y a continuación, monte arriba, el bosque espeso, como parque natural.

SIN PERDIDA DE TIEMPO NI DE DINERO

Don Arturo Mundet declaró el día de la inauguración que los Hogares que llevan el nombre de su mujer han resultado mejor de lo que esperaba; que todos cuantos han intervenido en su construcción se han portado admirablemente, y que durante ella no se ha perdido ni el tiempo ni el dinero.

De no perder el tiempo ni el dinero, don Arturo sabe muchísimo. Y de construir también. A los pocos años de llegado a América, el entonces joven Mundet se independizó. En 1902 fundó la empresa de su nombre. Una empresa corcho-taponera, pequeña, en la capital de México, entonces de sólo medio millón de habitantes, menos de la cuarta parte de hoy. Mundet iba a implantar rápidamente una innovación en la industria embotelladora, como es el tapón de lata y corcho, que pronto adoptaron los fabricantes de bebidas gaseosas. Un nuevo paso y se convierte en fabricante de refrescos. Por las calles de México empiezan a notarse los carritos distribuidores de las gaseosas Mundet. Primero eran unos

le, tenemos que verle manejar el capote, dando sus clásicas «espantás», que nadie ha podido explicar, ni él mismo—y yo menos—, y que no tuvo más que cuatro caprichos permanentes: los puros, el café—algún día ha tomado veinte tazas—, no usar corbata y andar mucho.

PEDRO PASCUAL

pocos, luego fueron varios centenares. Después vino el sidral Mundet—ya lo dijimos, Mundet, «Rey del Sidral»—, el más popular refresco de la industria mexicana de bebidas no alcohólicas. Miles de hectáreas de manzanas para la materia prima del sidral. Sesenta mil metros cuadrados de superficie para las fábricas de Mundet, que en un principio sólo tuvieron una planta de 500 metros cuadrados. Mil obreros, más otras 2.500 personas relacionadas con la empresa, y una amplia flota de camiones, que han sustituido a los carritos de los primeros decenios del siglo.

ADEMAS DEL SIDRAL...

El matrimonio Mundet tenía cinco hijos, de ellos sólo uno varón, que murió a los veinte años. Aquí comienza la actividad benéfica, que culmina, por el momento, con los Hogares de Barcelona. Días antes de morir, el joven Mundet pidió a su padre que ayudara a la construcción del Sanatorio Español, de México. Don Arturo construyó entonces a sus expensas el pabellón de Maternidad de dicho Sanatorio, cuya construcción terminó en 1934. El pabellón ha seguido ampliándose, y hoy es el doble de lo que era al comienzo, siempre sostenido por el señor Mundet.

Luego vino lo de levantar, también a sus expensas, la Maternidad Mundet, para 260 camas, el mejor establecimiento en su clase en Hispanoamérica. Y la Casa de Ancianos, en México también, capaz para 400. Y el Parque Mundet—dos millones de dólares de parque—, de 100.000 metros cuadrados—ampliados y que se ampliarán—, con campos de tenis, frontones, piscina olímpica, restaurante, boleras, billares, casino y otras instalaciones, a todo lo cual tienen acceso, mediante módica cuota, 6.000 socios, que serán 30.000 cuando se lleve a efecto la ampliación anunciada.

Y en Barcelona, como consecuencia del legado Cambó para la

Maternidad—uno de los varios e importantes del patricio catalán—y del llamamiento que el marqués de Castell-Florite hizo para excitar nuevas generosidades en favor de los humildes, los Hogares Ana Gironella de Mundet, en los que tanto o más que la cuarta parte de su financiación, con ser mucho, Mundet se apunta el mérito de haber puesto en marcha

una obra estancada hasta ahora en un viejo caserón, y que, gracias a su gesto, ha pasado a ser una de las mejores realizaciones urbanas y sociales de la capital catalana. Por todo ello comenzamos diciendo que cuando hay hombre, hombre como Dios manda, con lo más nimio se puede hacer lo más grande.

Manuel VIGIL Y VAZQUEZ

El Líbano, un país derramado por el mundo

(Viene de la pág. 7.) de la compatibilidad de convivencia. Sabemos que no fué así.

Tan sólo en la convivencia con la Hispanidad ha podido el libanés conservar con orgullo un pasado y vivir un presente. Porque la Hispanidad, que le exigió entrega, no le exigió fusión amorfa, y a cambio de entregarse no le regateó ni el derecho ni el hecho a su condición de miembro activo de la comunidad mayor.

Por esto vuelve a la tierra de sus abuelos; porque no ha tenido necesidad de olvidar que también es suya. Por esto va en peregrinación a cualquiera de los lugares santos del Lí-

bano, porque no ha tenido que adaptarse a otra modalidad, ni siquiera ritual, en su fe; por esto a veces se queda, dejando a sus hijos en América, porque sabe que no ha perdido ninguno de los lazos que a todos unen.

MUNDO HISPANICO quiere hoy recordarlo con el legítimo orgullo de que en su ámbito se haya producido. Un ámbito que surgió cuando, desde el fin del Mundo Antiguo, al que llegaron las naves fenicias, salieron para enmarcar un Mundo Nuevo tres carabelas, que alargaron la carrera del sol.

Alberto PASCUAL

«LOS INTERESES CREADOS»

(Viene de la pág. 42.) lo había concedido en 1922. A él, viajero incansable del mapa americano, le llegó la noticia de la concesión en la Argentina, camino de Chile. De camino, como buen farandulero. De los dieciocho nombres del reparto, dieciséis nos han dejado para siempre. Sólo restan entre nosotros Clotilde Domus, la primera mujer que ha hecho en el mundo el papel masculino de Leandro, y Alberto Romea, el Secretario en la noche del estreno.

Clotilde Domus, que se había casado unos años antes del estreno de *Los intereses creados*, dejó poco después el teatro. Se fué con su marido a Valencia, donde él ejerció la medicina hasta su muerte. Ahora, en la ciudad del Turia, Clotilde Domus es una señora anciana llena de recuerdos.

ROMEA: UN APELLIDO TEATRAL

Alberto Romea nació en Madrid el 6 de enero de 1881. Hijo de Julián Romea, sobrino-nieto de don Julián Romea el «Grande», también lleva sangre teatral por su familia materna. Porque se llama Alberto Romea y Catalina, y los Catalina han dado varios famosos nombres a nuestro teatro.

Sin embargo, Alberto Romea estuvo decidido a romper la vocación teatral de la familia, convirtiéndose en un excelente abogado, gloria del foro patrio. Pero la muerte de su padre, en 1903, le obligó a buscar trabajo en donde más facilidad tenía para encontrarlo. Y de esta forma debutó en Madrid, año de 1904, haciendo de Monsieur Guillaume en *Modas* una obra de Benavente.

—Mi gran ilusión fué debutar con una obra de don Jacinto en la que doña Balbina Valverde me dirigía la palabra—ha dicho Alberto Romea alguna vez.

Doña Balbina, que hizo luego la Doña Sirena de *Los intereses creados*, era primera actriz junto a Romea padre cuando éste murió. La obra *Modas* había sido estrenada por don Juan Balaguer. Pero Julián Romea la había repuesto luego muchas veces y su hijo lo había visto las suficientes para hacer a las mil maravillas su interpretación de Monsieur Guillaume.

Alberto Romea estuvo nueve temporadas en el Lara. Después estuvo en la Comedia, y con Borrás, Bonafé y otros muchos. Co-

noce la Argentina y el Uruguay. Después del estreno de *Los intereses creados*, ha hecho varias veces esta misma obra, interpretando diversos papeles de ella: el Doctor, el Hostelero, el mismo Crispín...

En 1929, Alberto Romea empezó a hacer cine. Su primera película se titulaba *Cuarenta y ocho pesetas de taxi*, y en ella actuaba un José Isbert joven y galán. Dirigió el film Fernando Delgado, director también de otras varias películas donde trabajaba Romea, como *El genio alegre*, donde Alberto Romea hizo para el celuloide la genial interpretación que del Don Eligio tantas veces había hecho en las «tablas».

MEDIO SIGLO DESPUES

Nueve de diciembre de 1957: bodas de oro de un estreno inolvidable. Al cabo del tiempo, pocos habrá que no hayan visto alguna vez representar *Los intereses creados*. Don Jacinto le hizo hasta una segunda parte, que se llamó *La ciudad alegre y confiada*.

Pero dentro del anecdotario de *Los intereses creados*, lo más curioso quizá esté en las veces que el propio don Jacinto representó a Crispín. Porque a Benavente le hubiera gustado ser actor. El dijo muchas veces que su verdadera vocación era ésa.

En un rasgo digno de toda alabanza, don Jacinto cedió los derechos de *Los intereses creados*, la obra cuya más veces representada, al Montepío de Actores, que gracias a esta generosa aportación ha podido sostenerse y organizarse.

Ya sus cincuenta años han pasado y *Los intereses creados* no han perdido actualidad. Porque, hoy como ayer, aquello sigue siendo «el tinglado de la antigua farsa: la que alivió en posadas aldeanas el cansancio de los trajinantes, la que embobó en las plazas de humildes lugares a los simples villanos, la que juntó en ciudades populosas a los más variados concursos...»

Hoy, como ayer, «el mundo está ya viejo y chochea; el Arte no se resigna a envejecer y, por parecer niño, finge balbuceos».

Y hoy, como ayer, cuando los viejos polichinelas de *Los intereses creados* salen a escena, su intención sigue siendo la misma: divertirnos con sus niñerías.

A. G. A.

LA PALABRA, LA IMAGEN, LA LETRA...

EL CUERVO, de Alfonso Sastre.

TEATRO

Hace cuatro años, Alfonso Sastre estrenó en Madrid, en sesión de teatro experimental, su drama titulado «Escuadra hacia la muerte». Desde entonces, Alfonso Sastre ha contado para todos los aficionados al arte dramático como uno de los más positivos valores del panorama teatral español de hoy. «Escuadra hacia la muerte»—el drama de la juventud europea en nuestro tiempo—no podía haberla escrito sino un hombre que tiene cosas importantes que decir y que, además, sabe decirlas dotándolas de cualidades esencialmente teatrales. Posteriormente, ha estrenado Sastre tres piezas más: «La mordaza», «El pan de todos» y «La sangre de Dios», todas ellas acreditativas del gran dramaturgo que en él hay.

Con estos antecedentes no es de extrañar la inusitada expectación y el apasionamiento advertido en los espectadores que asistieron al estreno de esta nueva pieza suya titulada «El cuervo». Alfonso Sastre, que en numerosos trabajos periodísticos y en un importante libro de ensayos titulado «Drama y sociedad» ha postulado por lo que él llama «realismo profundizado» en el teatro, había venido aplicando con ejemplar rigor sus teorías a los dramas que llevaba escritos, edificando sobre los cimientos de hechos tomados de la realidad circundante una poderosa estructura de categorías dramáticas; pero ahora se ha apartado un tanto de sus propios principios, y «El cuervo» no tiene en común con sus anteriores creaciones otra cosa que la evidente maestría del autor para convertir en materia puramente teatral los temas que decide tratar.

Partiendo, según ha declarado el mismo Sastre, de una extraña situación que se le presentó, inesperadamente, en la vida cotidiana, el autor ha concebido una situación dramática vivida por seis personajes en tiempos distintos. La acción transcurre en torno a un hecho concreto—el asesinato de uno de los personajes—, pero la intervención de factores por completo ajenos al mundo de lo lógico suscita la duda de si el citado hecho ocurrió en el pasado, está produciéndose o acaecerá en un futuro inmediato. Un objeto de uso cotidiano, un encendedor, que a la vez es un amuleto indio, actúa como mágico enlace de los distintos tiempos en que la acción es vivida. Premoniciones y recuerdos, revivencias y adivinaciones se suceden, acrecentando el misterio de la trama su contraste con un lenguaje realista. Justamente en este contraste radica la originalidad de «El cuervo» y su mérito más considerable, ya que la temática no supone novedad alguna en el teatro contemporáneo tras Priestley, Lenormand y otros autores que han hecho del tiempo protagonista teatral.

La construcción del drama es excelente y su primer acto puede quedar como modelo difícilmente superable de buen dominio de la técnica escénica.

En una obra de este género el trabajo interpretativo está erizado de riesgos. Afortunadamente, los actores del teatro María Guerrero acertaron a superarlos. Merecen ser destacados en este capítulo los nombres de Mari-Carmen Díaz de Mendoza, María Rus, Angel Picazo y Javier de Loyola, discretamente secundados por Luisa Sala y Luis Peña. La dirección de Claudio de la Torre fué, en líneas generales, francamente estimable.

LAS CARTAS BOCA ABAJO, de Antonio Buero Vallejo.

En el teatro Reina Victoria, de Madrid, el estreno de *Las cartas boca abajo* ha reafirmado a Antonio Buero Vallejo en el puesto cimero que desde hace unos años viene ocupando en la dramaturgia española. En un clima de apasionada expectación y exigente rigor en todo semejantes al producido unos días antes por el estreno de *El cuervo*, Buero Vallejo ha dado a conocer al público, con pleno éxito, su última producción dramática. La casualidad ha querido reunir en tan breve lapso dos de los más importantes acontecimientos teatrales de muchos meses a esta parte, y de ello debemos felicitarnos todos por lo que supone, no sólo para el presente, sino también para el futuro del arte dramático español.

Desde su irrupción triunfal en la nómina de autores españoles con el estreno de *Historia de una escalera*, Buero Vallejo ha venido evidenciando un elevado sentido de su responsabilidad como autor y una honradez artística que contrastan grandemente con la torpe frivolidad de otros muchos comediógrafos de nuestra hora, que llegan al teatro con ánimo similar al de los mercaderes en las lonjas de contratación, con el sólo propósito de vender, aun tratándose de mercancía averiada. No todos los estrenos de Buero han constituido éxitos tan señalados como aquel de *Historia de una escalera* y este de *Las cartas boca abajo*; pero siempre, incluso en sus errores, ha quedado a salvo la ambición del intento, la honestidad de la realización dramática y la dignidad del logro.

Para nadie de cuantos siguen con atención el desenvolvimiento del teatro en España constituye un secreto la gran pericia constructiva de Buero Vallejo, sobre todo después del estreno de *Madrugada*, auténtico alarde de virtuosismo. Con todo, el mérito mayor de Buero no estriba en su profundo dominio de los factores formales del teatro tanto como en la siempre afortunada adecuación del uso de los mismos a las características de la trama que desarrolla, de tal modo que contribuyan a esclarecer su sentido.

Las cartas boca abajo es el drama de la incomunicabilidad. Cuatro miembros de una familia conviven en una atmósfera de mutuos celos, antiguos resentimientos y pesados, indescifrables mutismos. Cada uno de ellos mantienen sus «cartas boca abajo» y esta actitud imposibilita la comprensión y el amor. Los cinco personajes del reparto constituyen otros tantos caracteres trazados de mano maestra, sin una concesión, denunciando con severa fidelidad sus debilidades. Adela, la protagonista, puede competir airoosamente con los mejores tipos femeninos de Ibsen, y los restantes personajes se nos muestran tan integralmente humanos, que, como término de comparación, sólo podemos citar el de algunas de las más logradas criaturas galdosianas. (Galdós, tan presente siempre en la obra total de Buero.) El desenlace ha parecido a algunos desesperanzador, pesimista, cuando en realidad es el único consecuente y, desde luego, aleccionador.

La interpretación, correcta en Tina Gascó y José Vilar, fué muy buena en José Bódalo y Pilar Muñoz y excepcional en Manuel Díaz González, cuya creación de Mauro se recordará muchos años.

JUAN EMILIO ARAGONES.

Una pequeña América en la Universitaria de...

EL GUADALUPE CADA DIA

La mayor parte de los colegiales tienen sus clases por la mañana. De hecho, después del desayuno, el Colegio queda prácticamente despoblado. Es alrededor del mediodía cuando los estudiantes comienzan a regresar. El bar y las salas de estar—receptores de radio y televisión, prensa diaria y revistas—suelen ser entonces las estancias más concurridas. También la hora del café, después del almuerzo, es momento propicio para la tertulia del bar. Con las primeras horas de la tarde suele comenzar el estudio en las habitaciones particulares, en la biblioteca o en las salas de clase. Después, casi todos los días, a la caída de la tarde, y a veces también después de la cena, tiene lugar en el Colegio alguna conferencia o charla o coloquio.

Una vez o dos por semana se proyectan películas. Y los domingos suele haber alguna sesión de teatro

o espectáculo de gran categoría. Y todo ello combinado con la actividad de los clubs: deportivos, de fotografía, de música, etc., pero organizado de tal manera que su desarrollo no interfiere ni dificulta la específica actividad de los universitarios, sino que ayuda a los estudios peculiares de cada uno, ya que cada uno puede desarrollar en el Colegio aquellas actividades que prefiera.

El prestigio profesional, la competencia y sentido de responsabilidad, y la visión serena y entusiasta de los hombres y de las cosas, características de los estudiantes que se formaron en el Colegio y que ahora están expandidos por los ámbitos del mundo hispánico, constituyen el índice de la eficacia de esta institución, en la que en el pasado curso han obtenido el grado de doctor—la mayor parte calificados de sobresaliente—veinte universitarios en las Facultades de Derecho, Medicina, Economía y Filosofía y Letras.

José DE SEGURA

El "Barça" inauguró su estadio

(Viene de la pág. 45.) que quieren ver los partidos. Y por eso se ha acudido al nuevo gran estadio, de línea sobrecogedoramente bella, de proporciones armoniosas y de una adecuada capacidad.

Llegará a admitir 150.000 personas, al ampliarse cuando convenga y según está previsto. Ahora, ya, el gran terreno, bien orientado, tiene una capacidad para 93.053 espectadores—pongamos el centenar de miles, prácticamente—, con localidades numeradas para 60.000 socios; una tribuna de 140 metros de longitud, de 68 filas, y una marquesina o víspera monumental, de 40 metros de vóculo, la mayor en su género.

«PREFIGURACION DE ARMONIA Y ENTENDIMIENTO»

Normas fundamentales de la gran construcción, que en su futura capacidad máxima de 150.000 personas recibirá a 50.000 sentadas y 30.000 a cubierto, han sido: la mejor orientación; la situación de una mayoría de espectadores a la menor distancia del juego; la clasificación ordenada de localidades; circulación fácil en el interior y claramente diferenciada; instalaciones amplias para jugadores, público y prensa; adecuada urbanización, con accesos independientes y aparcamientos de coches.

En el vibrante pregón con que, desde el salón de crónicas del Ayuntamiento barcelonés, el académico de la Española José María de Cossío abrió las fiestas inaugurales del estadio, dijo cosas tan bellas como éstas:

«En el nuevo estadio, dispuesto para las luchas deportivas, va a bailarse la sardana, y ella ha de ser augurio de unión y de hermandad, prefiguración y símbolo de armonía y buen entendimiento. Todos unidos y prendidos de las manos avanzaremos, no sólo a la conquista de los trofeos deportivos, poca cosa para vuestro entusiasmo ardoroso y para la misión que debe atribuirse a vuestro club, sino a la conquista de la estimación, el respeto y el cariño de todos los otros pueblos de España a través de vuestra labor deportiva, medida y armoniosa, pero también cordial, como los compases de la sardana, la danza de la hermandad por excelencia.»

Los sardanistas danzaron, en efecto, en grandes aros, como olímpicos, plantando sobre el terreno su misma guapeza, creciendo de ellos mismos su ritmo, sus colores, su har-

monía, su españolidad. El espectáculo fué visualmente deslumbrador, durante el descanso del encuentro Barcelona-Varsovia, que ganó el primero por 4-2. El espectáculo fué también cordial, popularmente inolvidable.

SEMILLA QUE GRANA

La semilla había dado su granazón. Lo dijo así el presidente, Miró-Sans: «Porque os volcasteis espiritual y materialmente en una entusiasta entrega sin precedentes, hemos podido mantener sin desfallecimientos el ritmo de nuestro esfuerzo, trabajando incansable y duramente.» «Demostremos todos en este momento por bien empleados trabajos y angustias.» «Amemos este magnífico estadio; hagámonos dignos de su grandiosidad y belleza manteniendo siempre el espíritu de unidad, la noble ambición, la generosidad y la limpieza de miras que lo han hecho posible.» Tras su gratitud a cuantos colaboraron en la gran obra: «Querido, en fin, reiterar—dijo—una devota gratitud a nuestra excelsa Patrona, bajo la advocación de la "Moreneta" Virgen de Montserrat, que invocamos cuando emprendimos la obra, y también bajo la advocación de la Merced, en cuya festividad la inauguramos, por las luces y bendiciones que nos ha prodigado hasta llevarnos a buen puerto.»

ORGULLO DEL PAIS

En nombre de Su Excelencia el Generalísimo, el ministro de su Gobierno señor Solís habló repetidamente a los barceloneses: «El deporte es un fenómeno social que goza de las máximas resonancias populares, y a través de él ha conseguido Cataluña para España laureles sin precio, a los que une ahora la imponente realización del gran estadio, orgullo de las instalaciones deportivas del país. Que el nuevo y grandioso estadio depare a España y al Club de Fútbol Barcelona ocasión reiterada de los mejores éxitos deportivos.»

CELEBRACIONES

Copiosísimo fué el programa de celebraciones desde días antes: misa en la basílica de Nuestra Señora de la Merced en sufragio de los difuntos del club; exposiciones de filatelia e insignias deportivas nacionales; romería al monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, con bendición de la imagen de la Patrona, que habría de ser entronizada

en el estadio. Y el día de la Merced, el 24 de septiembre, por la mañana, en el estadio, solemne misa; bendición por el arzobispo-obispo doctor Modrego; entronización de la imagen de la Virgen de Montserrat; exhibición folklórica. Por la tarde, en el propio estadio, desfiles de los clubs especialmente invitados para actuar los primeros días, de secciones deportivas, peñas barcelonistas, clubs catalanes, coros y bandas; llegada de los atletas portando las banderas de las provincias catalanas; interpretación del himno compuesto para este acto; partido Barcelona-Varsovia. Y, en su descanso, actuación de conjuntos numerosísimos de sardanas; suelta de palomas mensajeras—en verdaderos enjambres—, de globos azul y grana; paso de avionetas, etc., etc. Esa noche, durante la cena de gala en el Palacio Nacional de Montjuich, presidida por el ministro señor Solís, le fué impuesta al presidente del Barcelona, don Francisco Miró-Sans Casacuberta, la Medalla de Oro de la Federación Catalana de Fútbol.

Y siguieron las celebraciones: quedaban por otros días los partidos Burnley-Flamengo (4-0) y Barcelona-Borussia (4-1), y antes y después, competiciones de beisbol, hockey sobre hierba, rugby, balonmano, hockey sobre patines y baloncesto, con participación de los mejores equipos extranjeros de cada modalidad. Hubo verbenas populares, conciertos, festivales diversos. Hasta la monumental fuente luminosa de Montjuich tiñó sus aguas de azul y grana—los colores del Barcelona—para asociarse a las fiestas.

Comprenderlas todas, dar idea de su colorido, de su gracia, de su fuer-

za, de su lujo y de su poder, es tarea difícil o acaso imposible. El rastro gráfico: las fotos con su huella ilustran sobre lo que fueron aquellos días de Barcelona.

NO VA DE CUENTO

El esfuerzo encadenado, de 1899 acá, a través, de campos, de directivas, de socios: el empujón primero de Gamper, fundador, y su labor sin desmayo en épocas buenas y menos buenas, han llegado en volandas—socios, afición, años, años—transportados hasta aquí. Miró-Sans ha traducido este caudal para lograr el remanso de la construcción magnífica. Y nadie regateó su óbolo, su apoyo. Hasta los más modestos. La anécdota es más tierna que cruel; más simpática que triste, puesto que triste no puede ser en modo alguno cuanto se adorna con el sacrificio voluntario. Anduvo el cuento por Barcelona aquellos días:

Dos señoritas se presentan en la ventanilla de una entidad bancaria para pagar un plazo de su anticipado abono en el nuevo campo. Se les dice que este plazo ya es el último. Y ellas, no cabe duda de que con latina exageración, prorrumpen:

—Entonces, si ya está pagado nuestro abono, desde mañana tomaremos otra vez postre todos los días.

Bien, y si la anécdota vale, en cuanto expresiva de la fuerza de un movimiento tan bien dirigido como extenso y popular, aquí está el postre, la gran tarta de hierro y cemento, que aquellas señoritas barcelonistas pueden ir... mordisqueando día a día, domingo a domingo.

MIGUEL GARCÍA BARÓ

EL ALCAZAR DE COLON

(Viene de la pág. 11.) de don Diego se prolongó durante cinco años. Doña María de Toledo quedó allí, en la tierra desconocida, rodeada de intrigas y peligros, lejos de los suyos, en un paisaje ya querido, pero aún hostil. Mientras, en la España lejana, don Diego pleiteaba para hacer valer sus derechos, conquistando al fin su título de virrey. La vuelta del almirante constituyó no sólo un episodio histórico-político de importancia, sino también un acontecimiento sentimental muy notorio. Poco tiempo después, en 1523, otra vez el destino volvió a separar a la enamorada pareja. Don Diego ya no volvió a Santo Domingo: murió tres años más tarde en Puebla de Montalbán (España). Doña María, presa de angustia indecible, vagaba un día y otro por los corredores e imploraba al mar, que se había llevado al esposo, durante semanas, meses, años. Por fin recibió la noticia terrible, y con ella se agostó la gentil apostura de la virreina.

EL PALACIO RECREADO

González Villamar, a cuyo testimonio hemos aludido anteriormente, escribía al rey hace más de doscientos años: *Se debía reparar y conservar este edificio para dejar a la posteridad el único irrefragable monumento del descubrimiento y conquista de este nuevo Mundo, de que no hay ejemplar en las historias.* Ahora, a los dos siglos, esta voz ha sido escuchada por los gobernantes. En menos de dos años se ha levantado en el mismo lugar que ocupó la silueta airosa del palacio. Una tarea inmensa ha pesado sobre el arquitecto, ya que, a la vez que se reconstruían las paredes del edificio, toda la ornamentación, mobiliario y hasta los cacharros de cocina estaban siendo preparados en España. Había que atender celosamente

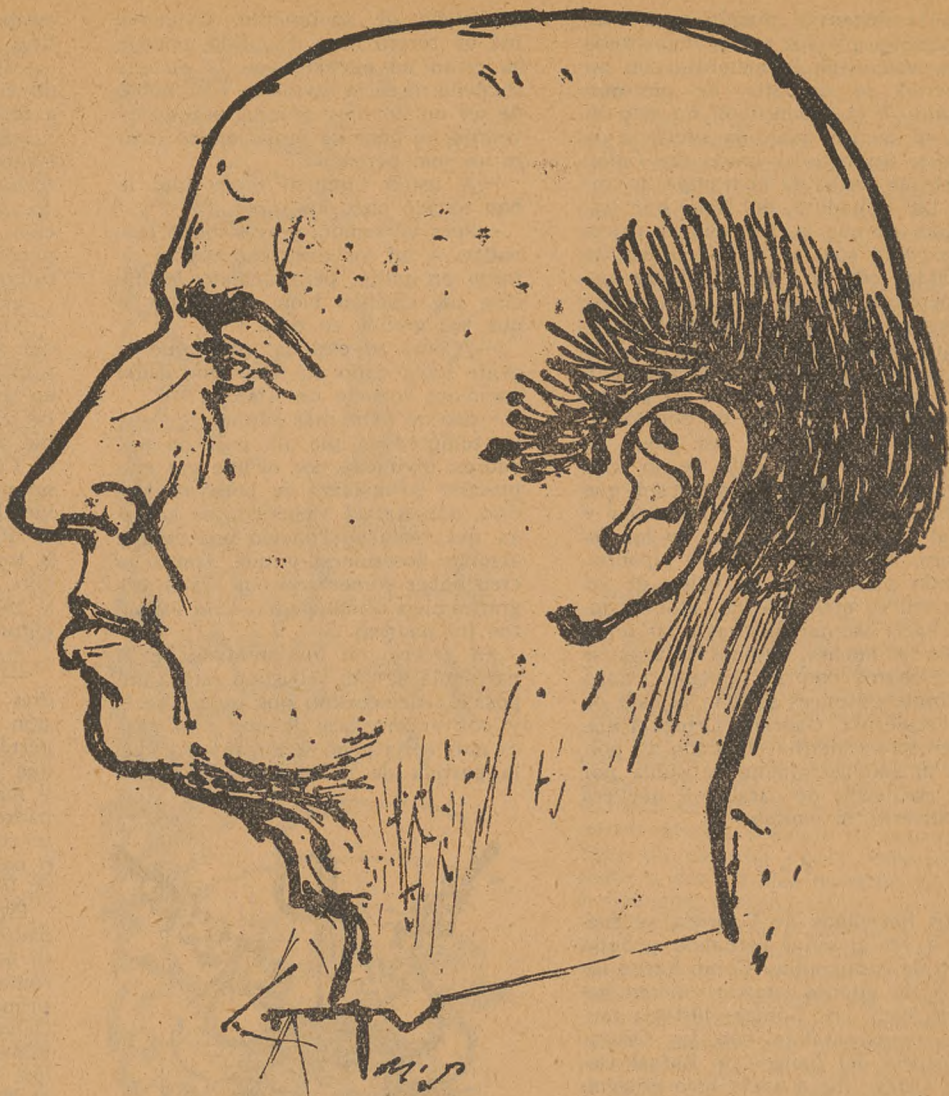
una y otras tareas. Esto ha hecho que el señor Barroso haya cruzado el Atlántico dieciocho veces en estos dos años y que sus estancias en Ciudad Trujillo, en cada viaje, nunca hayan sido menores de cuatro semanas.

El palacio del almirante Colón es hoy, por voluntad del Generalísimo Trujillo, un museo. Pero no un museo estático, con vitrinas, estatuas y objetos catalogados científicamente, sino un museo vivo, en el que se sienten ganas de quedarse y habitar. Tiene el palacio las habitaciones normales en él, con los muebles de la época, y hasta se ha reconstituido una cocina, que lleva al ánimo del visitante la sensación de que el tiempo se ha detenido. Porque lo que esencialmente se trataba—son palabras del propio arquitecto—era de recoger en forma viva los recuerdos de valor documental y domiciliarlos, por así decirlo, en la casa que les pertenece por derecho propio, de tal modo que hombres y cosas constituyan una unidad histórica dentro de la casa del almirante. Los retratos, los libros, las armas, se encuentran en el palacio al servicio del conjunto de la perennidad del Descubrimiento, como si el Descubrimiento estuviese ocurriendo a cada momento. Lo que contradice la lógica, pero favorece la poesía.

Los actos con que se conmemoró el Día del Descubrimiento en la capital de la República Dominicana culminaron con la inauguración del palacio. En esta ocasión, el Generalísimo Trujillo, impulsor de la obra, y el embajador de España, pronunciaron discursos, en los que se puso de relieve la significación de la festividad. Después, junto a la bandera dominicana, izóse, entre la emoción de los asistentes, la enseña de España, que ondeará perpetuamente en el alcázar por decreto del Gobierno del país hermano.

J. C.

El fabuloso personaje que es Rafael Gómez el «Gallo»—medio siglo de actualidad española, de evidencia andaluza, de personalidad sin paralelo—necesitaría la glosa diaria, y quién sabe si la memoria que él mismo diera de sí, de tan compleja que es su figura, de tan viva que resultó siempre su evidencia. Al transcribir estos pasajes del libro de Martínez Gandía, queremos rendir el homenaje que el genial torero se merece y unirnos al que España entera le ha tributado. Que el libro de Gandía tenga unos años ya—fué publicado en 1946, y este detalle ha de tenerlo en cuenta el lector—sobre él no le quita ni frescura ni oportunidad. Estas páginas son contribución a la historia del «Gallo».



EL "GALLO"

UN TORERO DENTRO Y FUERA DE LOS RUEDOS

Por RAFAEL MARTINEZ GANDIA

EL TIO JOSE
Y EL SEÑOR FERNANDO

—Y usted, Rafael, ¿por qué se llama el Gallo?

—Pues ¿cómo quería usted que me llamara? Yo nací ya así.

Con ello me quiso decir que él no podía ser más que el Gallo. Esto era un axioma que no necesitaba demostración. ¿Es que se podía llamar de otra manera? El Gallo fué su padre, y, por tanto, el Gallo tenía que ser el hijo de su padre. Y si Rafael hubiera tenido un hijo, éste hubiera sido el Gallo también.

—Yo soy el Gallo, aunque, en realidad, mi primer nombre de torero fué Gallito, que éste es el apodo de la dinastía. Y con mi padre sucedió lo mismo. Primero fué Gallito Chico; después, Gallito, y más tarde, el Gallo. Y más tarde aún, el señor Fernando, profesor de tauromaquia en nuestra placita de Gelves.

—Bien; pero lo que yo quería saber era el origen de los Gallitos.

—Eso..., ¡cualquiera lo averigua! Yo le puedo decir que soy el tercero de la lista, que llega ya hasta Galli-

to VII, y que heredé el título de mi padre, que fué el Gallito II. El creador de la dinastía, Gallito I, fué el hermano de mi padre, mi tío José Gómez Ortega, banderillero de Lagartijo, y después de mi padre.

—Eso prueba que el señor Fernando fué un torero grande.

—Torero. Usted lo ha dicho. Como que conocía a los toros en cuanto salían, con un ojo clínico que no lo ha tenido nadie más que Joselito... Claro que mi hermano José ha sido la cúspide, el milagro, el Mesías del toreo.

CUANDO GABRIELA ORTEGA
BAILABA EN LA ESCALERILLA

No es difícil, a poco que se penetre en los antecedentes familiares de Rafael el Gallo, sacar la consecuencia de que su conocimiento, su ciencia del toreo y de los toros, le vienen a nuestro hombre de aquel señor Fernando, que tan seguro estaba del porvenir artístico de su hijo y que se gastó todo el dinero que había ganado en su profesión en sostener el

rumbo, en estar a nivel con sus amistades, en convidar a los amigos y en repartirlo sin meditaciones entre los que acudían a él pidiendo remedio para sus necesidades auténticas o fingidas. Después de todo, ¿no es esto también, corregido y aumentado, lo que ha hecho durante toda su vida Rafael, bolsillo sin fondo, mano abierta, desprendimiento inagotable? A los sesenta y cinco años, sin más fortuna que su caja de puros, el Gallo sigue siendo el mismo de siempre, y cuando cae en su mano una cantidad, pequeña o grande, se volatiliza en un santiamén. Genio y figura...

Los billetes no son para él otra cosa que unos papeles como certificados de alegría, que se complace en entregar a los interesados. Con lo que Rafael ganó en una sola de sus más brillantes temporadas de América, un hombre cuidadoso de su peculio habría podido vivir ya sin privaciones el resto de sus días. Pero Rafael ha consumido, no una fortuna, sino varias, con la sonrisa en los labios. Ha pasado repetidas veces de la opulencia a la nada y de la nada a la opulencia, con la misma tranquilidad,

con la misma sencillez gustosa con que se fuma su cigarro, sin darle la menor importancia. Cerca de medio millón de pesetas ganó en uno de los años que fué a América. Pues bien, volvió a España con lo puesto. El es así, y en este aspecto es irremediable e irredimible. Es un avaro vuelto del revés.

Pero si de su padre heredó, entre tantas cosas, un carácter, un modo de ser que él había de aumentar hasta la genialidad, y heredó, sobre todo, el *instinto de su profesión*, ese saber lo que es un toro después de observarlo unos segundos, de su madre, la inolvidable señora Gabriela, heredó la gracia, esa gracia gitana de Rafael, que ha sido inimitable en sus apoteosis y en sus fracasos; ese duendecillo alegre que le llevaba a improvisar un pase que dejaba asombrados a los espectadores, o que le inducía a dar la *espantá*, también ante el asombro del público, que no se explicaba a qué se debía el que saliera por pies.

En la distancia, ningún torero ha conseguido que sus tardes desastrosas permanezcan en la memoria con un recuerdo de simpatía, de pintoresquismo. Y la *espantá* no ha sido ni más ni menos que una suerte a la inversa, un recurso único del *Gallo*, en el que no había ni trampa ni cartón. Los imitadores del *Gallo* han fracasado porque se les veía el truco. La *espantá* sólo se le ha consentido a Rafael, con un consentimiento que se percibía, que se olía por encima de los pitos y de las almohadillas. Y es que la *espantá* en Rafael el *Gallo* era un poema de gracia. Y era, sobre todo—de ahí su mérito—, un poema de sinceridad. Le salía de dentro.

El padre de Rafael era *payo*. La madre, *calé*; pero *calé* de lo más *calé*, de la familia de los Ortega, que es histórica en el baile flamenco y en el imperio aceitinado de los *farraones*. Fernando el *Gallo* (padre), cuando pasaba por las calles de Sevilla, en su época de matador de toros, hacía asomar mocitas a las rejas, y por las noches, después de tomarse unos chatos con los amigos, estaba *sembrado*. Entonces se iban al café de La Escalerilla. Gabriela Ortega bailaba en La Escalerilla—llamado así porque al establecimiento se subía por una escalerilla de caracol—, que era de Silverio, el *cantaor*.

Los hermanos de Gabriela se fueron a ver al señor Fernando y hubo boda de campanillas. Como hacen las cosas los gitanos cuando quieren hacerlas bien. Los Gómez—historia taurina—emparentaban con los Ortega—historia del baile—. Y Rafael Gómez Ortega iba a nacer bajo el signo del arte y del salero, resumiendo en sus dos apellidos la solera taurina y la solera *cañí*.

UN HOMBRE QUE HUELE A SEVILLANO

Como yo no he seguido nunca las cosas de los toros y de los toreros con esa meticulosa afición a lo estadístico y a lo biográfico a que tan dados son los aficionados de pura y pesada cepa, nunca me había preocupado de saber de dónde era con exactitud Rafael el *Gallo*. Porque ¿de dónde iba a ser el torero de gracia y de la más pura esencia sevillana sino de la tierra de María Santísima y de la Giralda? Del mismo modo que el *Gallo* me aseguraba que su apodo era así porque así tenía que ser, porque nació *Gallito* por las mismas razones que se nace moreno, yo había pensado durante mucho tiempo que Rafael tenía que ser de Sevilla. Pues ¿de dónde iba a ser este hombre, que ha oído siempre a sevillano juncal desde un kilómetro?

El día en que me aseguraron—hace ya algunos años—que había nacido en Madrid me quedé muy extrañado. Era algo que jamás había entrado en mis cálculos. ¿El *Gallo* de Madrid? Me sonaba la cosa a disparate muy grande. Luego me explicaron que se lo llevaron a Sevilla cuando era muy pequeñito, y sólo así pudieron convencerme. El nacimiento, después de todo, puede ser también un accidente geográfico.

—Yo nací en Madrid, en la calle de la Greda, número dieciséis, para más detalles. De dos años me trajeron a Sevilla. Esa es la fija. Nací, como le he dicho, en la calle que se llamaba entonces de la Greda, y que hoy se llama de Los Madrazo. Y para que se entere usted bien, fui bautizado en la parroquia de San Sebastián, donde también lo están aquella gran cantante que fué la Patti y don Francisco Herrera Arjona. ¡Nada menos! Este don Francisco, mi antecesor en el uso de la pila, era *Curro Cúchares*. A *Cúchares* le pasaba lo que a mí. Se le tuvo siempre por sevillano, porque en Sevilla se crió desde que era así de chiquitín. Sin embargo, era

madrileño de nacimiento. *Cúchares* fué un torero muy discutido, porque su estilo no encajaba en la escuela rondeña ni en la sevillana. Pero debió de ser un tío muy grande, porque en veintiocho años de profesión no tuvo ni un solo percance.

—A usted también dicen que le han tocado poco los toros.

—Pues he tenido, graves, ocho cornadas. A mí los toros me cogían de tarde en tarde, pero cuando lo hacían me calaban bien. ¡*Cúchares* sí que fué grande en eso!

—¿Cómo se explica usted que la gente haya dado en decir que usted nació en Pozuelo de Alarcón?

—Eso no tiene más explicación que las temporadas que allí pasaban mis padres, invitados por el que era empresario de la Plaza de Toros de Madrid, don Rafael Menéndez de la Vega, que tenía en Pozuelo una casa y algunas posesiones, y que, como ya creo haber comentado con usted, era gran amigo de mi padre. Don Rafael fué mi padrino.

En efecto, en los archivos de la parroquia de San Sebastián está a disposición del curioso que quiera verla y convencerse así de que esta casa es muy seria y no se engaña a nadie, la partida de nacimiento de Rafael



el *Gallo*. Libro 97, folio 102. Nació el 17 de julio de 1882; hijo legítimo de don Fernando Gómez García, natural de Sevilla, y de doña Gabriela Ortega Ortiz, natural de Cádiz. Bautizado el 2 de agosto de 1882. Abuelos paternos, Antonio y Francisca. Abuelos maternos, Enrique y Carlota. Padrinos, el citado don Rafael Menéndez de la Vega y doña Emilia Díaz del Castillo. Nombre del ministro, Bernardino Quejido. Luego, en unas «notas», se deja constancia de la fecha en que el *Gallo* contrajo matrimonio con Pastora Imperio.

EL APRENDIZAJE EN GELVES Y EL ESCANDALO EN CORDOBA

—Vamos a ver, Rafael, si empezamos ya a torear.

—Es que antes me tengo que poner delante del becerro. De buenas a primeras, ¿quiere usted que me juegue la vida? Yo fui becerrista, después novillero y, por último, matador de alternativa. Porque antes las carreras no se hacían como ahora. Se llegaba al doctorado con la papeleta aprendida. El mismo *Guerra* no se doctoró sino después de muchos años de ir de banderillero en las cuadrillas de mi padre y de *Lagartijo*. Y aun así no faltó quien dijo que

estaba verde para tomar la alternativa.

—Conformes. Veamos cómo y cuánto empezó usted a sentir la afición a torear.

—Esa la he tenido yo de siempre. Cuando apenas sabía andar, ya toreaba... al aire. Y hacía unas faenas de apoteosis, que causaban la admiración del vecindario. De manera que puede usted decir que yo he sido torero desde que nací.

—Pero la primera vez...

—Pues como no había manera de que yo pensara en otra cosa que en torear, mi padre lo tuvo que tomar en serio, y para que se me quitaran las ganas me llevó a un tentadero y me soltaron una becerra de Pérez de la Concha para mí solito. Allí, con mi padre y otros señores de respeto viéndome, me hinché de torear, hasta que el animalito se cansó de que le tomara el pelo y me dió un revolcón. Mi padre me levantó del suelo y me llevó... al colegio. Yo tenía entonces nueve años.

—¿Surtió efectos el revolcón?

—De momento, sí. Durante algunos días me tuvo retirado de la profesión. Pero en el colegio volvió a despertarse la afición de tal modo, que me escapaba cada dos por tres y me iba a los tentaderos. Mi buen padre no podía conmigo, y cuando se convenció de que yo sería torero o nada, se dedicó a darme lecciones en la placita que teníamos en Gelves.

Esta placita de Gelves, que el *Gallo* padre, ya retirado, hizo construir en su finca, fué, pues, la escuela de tauromaquia donde Rafael aprendió los primeros secretos de su profesión. Gelves está en una loma, a pocos kilómetros de Sevilla. A tan pocos, que se ven sus casitas blancas. Allí, en Gelves, nació Joselito, y allí pasó sus últimos años el señor Fernando, que habría de acabar sus días hinchado, casi sin poderse mover, víctima de un ataque cardíaco, pocos meses después de que Rafael se vistiera por primera vez el traje de luces.

En esta placita de Gelves recibió también sus primeras lecciones taurinas el otro hijo, Fernando, que actuó siempre de banderillero con Rafael y con Joselito.

—Allí iba también a aprender un muchacho de mi edad a quien le llamaban el *Peregrino*. Y allí conocí yo a los grandes toreros de la época, que iban con frecuencia a entrenarse o a pasar el día en el campo con nosotros: Reverte, Fuentes, el *Bomba*, Montes...

UNA FORTUNA EN PLATA

Tres años estuvo Rafael recibiendo las enseñanzas y los consejos de su padre, hasta que éste se decidió a hacer con el chico la prueba definitiva.

—Me compró una becerrilla y la toreé en la placita de Gelves. El examen fué tan brillante, que mi padre lloraba de emoción y de alegría. Mi faena había merecido su aprobación. ¡Ya podía ser torero! El primer admirador que yo tuve, el primer *galista*, fué el señor Fernando. Y a partir de aquí empezó mi carrera. Pocos meses después, en una fiesta privada celebrada en Alcalá del Río, puse guapamente mi primer par de banderillas. De aquella fiesta surgió la cuadrilla de los niños sevillanos, con *Revertito* y yo al frente, y con la que por primera vez me presenté al público.

—¿Ante cuál?

—Ante el de Valencia, por deseo expreso de mi padre. El público valenciano estimaba mucho a mi padre, que había oído allí muchas ovaciones y cosechado muchos éxitos. Lo mismo me sucedió a mí después, y por eso yo quiero mucho a la Sevilla del Mediterráneo, como yo la llamo. Es en la plaza que he toreado más a gusto... Pues, como le decía, en Valencia me puse por primera vez el traje de luces. Eso fué el 8 de abril de 1897. Catorce años tenía yo cuan-

do gané el primer dinero toreando. Hubo un lleno. Se acabó el papel. Nos auxiliaron las cuadrillas de mi padre, de Reverte, que era tío de *Revertito*, y de Emilio Bomba. Tenía usted que ver a los tres, sentados muy serios en el estribo, como tres catedráticos. ¡Era mucho tribunal! Nos causaban, a *Revertito* y a mí, un respeto imponente. ¡Como que de su fallo dependían nuestras ilusiones! Menos mal que estuvimos muy bien.

—¿Y cuánto cobró usted?

—Lo de cobrar fué una cosa emocionante. Terminada la corrida, en la fonda, después que nos quitamos los trajes de torear, nos llamaron a *Revertito* y a mí. Sentados en una mesa estaban los miembros de nuestro tribunal. Para darle más ceremonia, nos hablaban de usted. Tenían preparados unos recibos. «Firmen ustedes aquí.» Luego nos hicieron una pregunta que a la hora de pagar hacían siempre las empresas: «¿Cómo quieren ustedes cobrar?» *Revertito* y yo nos miramos. Hasta que yo, a tono con la seriedad de la cosa, contesté: «En plata.» Y nos soltaron cien machacantes a cada uno. Aquello, entonces, me pareció un fortu-
nón. Y lo mejor es que, al cabo de los años, me lo sigue pareciendo. Es decir, que yo, que he ganado y he gastado lo mío, que he cobrado miles de duros por una corrida, nunca he sentido la sensación de riqueza como cuando mi padre me puso en la mano aquel puñado de plata, aquellos primeros duros que yo ganaba toreando.

—¿Duró mucho su asociación con *Revertito*?

—Duró unos meses. Después la cuadrilla la formamos *Machaquito* y yo, y más tarde se nos unió Rafael Molina, que era sobrino del *Guerra*. Era la cuadrilla de los Rafaeles: Rafael González, Rafael Molina y Rafael Gómez, aquí presente para lo que guste mandar. Después ellos formaron la cuadrilla de los niños cordobeses, y yo me uní con *Algabernito*. La pasión de los públicos hizo lo demás. Era la competencia llevada al *desiderátum*. Los sevillanos se metían con los niños cordobeses y los cordobeses se metían con los niños sevillanos. Yo fui a Córdoba y me tuvo que coger el *Guerra* para protegerme de los fanáticos. No podía ni asomarme solo a la ventana. Pero como en la plaza no iba a salir el *Guerra* conmigo, no quiera usted saber el recibimiento que me hicieron al desfilarse en el paseíllo. Me dijeron de todo y me tiraron de todo. Aquello fué el escándalo padre. Así, entre una de las broncas mayores que he oído en mi vida...

—Y que las ha oído usted gordas.

—No lo sabe usted bien. Pero en este caso era una bronca por anticipación, por aquella rivalidad entre los públicos. Yo no había hecho nada. Y entre la sinfonía de pitos y palabras, así de fuertes, me fui a brindar al *Guerra*, con lo que el mitin llegó a lo indescriptible. Conque la gente chillaba que te chillaba y yo que me voy al toro, doy el primer pase... Mire usted, me quedé quieto, así...

El *Gallo* se levanta, coge una servilleta de la mesa, todavía sin recoger, y repite aquel mismo pase que hizo enmudecer a los espectadores.

—De repente se hizo el silencio. Le doy el segundo, así, y oigo algo como el ruido del oleaje lejano. Y le doy el tercero, así... ¿Lo ve usted?

—Exactamente igual que si hubiera estado en barrera.

—Bueno, pues al tercero se vuelve a armar el escándalo, pero al revés. La tempestad en forma de aplausos y oles. Y ya, a partir de aquí, la borrachera, la *intemerata*. Me lo pasé así... y así... y así... Y me quedé con el público... ¡Qué triunfo!

—Vaya en compensación de cuando le han echado a usted toros al corral.

—Eso es otra leyenda. A mí, en toda mi vida torera, no me han

echado más que cuatro toros al corral.

Después de esta declaración, hecha con una formalidad que no daba lugar a la réplica, me quedé sin habla.

EL SIGLO ACABA Y EL ARTISTA EMPIEZA

—¿Recuerda usted la tarde de su presentación en Madrid?

—¡Ya lo creo! Apunte usted la fecha: 24 de junio de 1899.

El siglo acababa y el torero empezaba. Tarde de novillos, víspera de corrida grande. En los carteles, Rafael Gómez, Gallito, y Algabehn Chico, «nuevos en esta plaza». Comentarlos en la calle: «Dicen que están bien esos chavales.» «Como que les viene de casta.» «El Rafaelito es hijo de Fernando, el Gallo.» «Y que aseguran que sabe de toros más que su padre.» «Entonces tiene que ser una cosa grande.»

Coches de punto y tranvías con jardinera. Los picadores, con el monosabio a la grupa, suben por la calle de Alcalá. Los curiosos se paran en la acera. Unas muchachas van en un *simón* descubierto y adornado con mantones de Manila. Llevan peineta corta, mantilla blanca y flores en el pelo. Los hombres se cubren con aquellos sombreros de paja que todavía lleva algún recalcitrante con el orgullo de las convicciones arraigadas. Los vecinos están en los balcones, contemplando sin excesiva curiosidad un espectáculo que han visto demasiadas veces.

Allá va el coche de los toreros. ¿Y esos son los matadores? ¡Si son dos chiquillos!

La plaza tiene buena entrada, pero no está llena. Al día siguiente hay corrida de las grandes, de las benéficas, con cuatro matadores de cartel. Hoy es, como si dijéramos, el aperitivo. Hay expectación entre los aficionados. ¿Qué se traerán estos chiquillos? ¿Serán dos futuros fenómenos? Madrid es, ayer como hoy, la piedra de toque, la plaza que da o quita, la que confirma las ilusiones o la que las desvanece para siempre. Rafael va a jugar la primera paleta importante de su carrera.

—Bueno; pues vamos a ver qué pasó en la novillada de su presentación en la capital de España.

—Pues pasó que estuve bien. Ya ve usted si estuve bien, que el crítico de *El Imparcial*, aquel que firmaba N. N., dijo que la fiesta había sido *cosa mejor*. Me aplaudieron mucho; pero lo chocante es que la mayor ovación no me la dieron a mí.

—¿Le ganó el tirón Algabehn Chico?

—No es eso. Algabehnito, que iba por delante en el cartel, había matado el toro que rompió plaza no muy lucidamente, si es que hay que decirlo todo, y así acabó su actuación, porque en su segundo, a la salida de un quite, fué cogido, y se lo llevaron para dentro con un puntazo en la pierna. Por esta razón yo tuve que despachar cinco novillos aquella tarde.

—Buena prueba para un debutante.

—¡Bah! Me los quitó de encima como el que lava. Estaba yo muy puesto, y los bichos, que eran de la viuda de Concha y Sierra, resultaron todos ellos pequeños y blandos. Claro que con ese sentido del tamaño y de la blandura que se estilaba entonces...

—Es que han cambiado mucho las cosas.

—Como que hoy el toro, o el torito, es un invento químico. Se produce por medio de fórmulas y matemáticas y se llega al animal exacto, al animal toreado cómodamente.

—¿Y eso está mal?

—Eso es el curso de las cosas. Todo evoluciona. En el toreo ha evolucionado el toro, ha evolucionado

el torero y ha evolucionado el público. ¿Qué diferencia entre los espectadores de mi juventud y los de ahora!

—¿A favor de quién?

—¡Hombre, no me pregunte usted esas cosas! Ya le contaré cosas de los públicos de antes. Sí, le puedo anticipar que el aficionado antiguo iba a ver al toro, entendía más de toros que de toreros. Una buena vara se estimaba más que un quite. ¡Como que a veces nos chillaban porque metíamos la capa para adornarnos entre puya y puya! Al toro se le liaba para torearle después o simplemente para prepararle a bien morir. Y una estocada en su sitio se premiaba con más calor que una faena buena.

—Y usted, ¿cuándo hubiera preferido torear: en aquellos tiempos o en éstos?

—En éstos, sin vacilar. ¡Pues así que no va diferencia! El público ya no tira cosas; el toro es chico y sin intenciones perversas. Se cobra por miles de duros. ¡Ay, si yo tuviera veinte años, la que armaba!

—Ya la armó usted.

—Eso. A mí me han sacado en hombros y me han besado la calva. Pero también me han tirado piedras. Conque ¡vea el amigo cómo las gastaban antes!

—Indignante.

—De modo que dígame usted si no se me ha de caer la baba con estos públicos de hoy, que en cuanto un chiquillo hace así con el capote se rompe las manos de aplaudir y le hace rico en una temporada.

—Un chiquillo era usted cuando se presentó en Madrid, que era donde estábamos. Algabehnito se había ido para la enfermería y usted se quedó solo en la plaza.

—Los bichos se dejaron torear, menos el quinto, que se declaró francamente manso, por lo que fué tostado. Cumplieron con la caballería, y en los demás tercios no ofrecieron grandes dificultades para mí, que iba con ganas, como es natural. ¡Ahí era nada! ¡Triunfar en los Madriles!

—¿Y triunfó usted?

—No digamos que fué una tarde apoteósica; pero, vamos, no estuvo mal la cosa para empezar. Y eso que el mismo bicho que cogió a *Petit Algabehn* me revolvió a mí, y ahí pudo terminarse la corrida; pero no me hizo nada. Me tocaron mucho las palmas, aunque, como ya le he dicho, la mayor ovación no fué para mí.

—¿Para quién?

—Para Lagartijo, que asistió a la corrida, y que era entonces el amo.

—¿Qué es el público?

—Yo creo que es una cosa así como la temperatura. Algo muy variable, como esos barómetros en los que hay un fraile que indica *seco*, y a lo mejor está lloviendo a mares.

—Pero usted, que sabe tanto de toros y sabe tanto de públicos...

—Déjese de cuentos. En el ruedo, el que más sabe, a veces es el toro. Y si el toro sabe que me va a coger en cuanto yo me abra de capa, y yo lo sé también, ¿cree usted que es prudente desplegar la percalina? El público, desde sus localidades, no puede apreciar el diálogo del torero con el toro, no puede comprender que si no se abre uno de capa no es por falta de ganas, sino porque se lo ve venir. Y entre una pita que se lleva el viento y una cornada que no se la lleva más que uno, a ver qué es lo que se escoge. La bronca pasa y la herida queda. Y es una lástima que por dejarse coger, por aquello del pundonor, se pierda uno la oreja.

—¿Qué oreja?

—La que se pueda cortar a ese mismo toro. Eso me ha ocurrido a mí. Me han chillado en el tercio de quites porque no he hecho nada, y luego, en la muleta, me han dado la ovación, la oreja, la vuelta al ruedo y todo lo que hay que dar.

—¿Y el caso contrario?

—También, también se ha dado el



caso inverso. Yo lo he probado todo.

—Bien. Vamos a las comparaciones. O sea, a los públicos de ayer y de hoy.

—Como saber de toros, yo creo que el de ayer sabía más. El aficionado era más reducido, más escogido. Los nombres de las ganaderías eran buscados en el cartel. Hoy, el 95 por 100 de los espectadores va a los toros sin saber a qué divisa pertenecen. En cambio, se fijan más en los toreros, en la posturita, en el parón. Se aprecia el toreo y se olvida la lidia. Antes se apreciaba la lidia, el darle a cada toro lo que había que darle.

LA ALTERNATIVA EN SEVILLA Y LA CONFIRMACION EN MADRID

Quedamos en que la primera vez que Rafael se vistió el traje de luces fué en Valencia, cuando nuestro diestro aun no había cumplido los quince años, y que antes de llegar a los diecisiete se presentó en Madrid. Como novillero tuvo actuaciones casi siempre lucidas en las más importantes plazas. Es decir, que fué eso que se llama un novillero puntero, a quien tenían siempre presente las empresas. Pero ya en esta época empezó el Gallo a dar algunas muestras de las genialidades desconcertantes que constituyen la especial personalidad de este torero; ya entonces pasó a la Historia una de las hazañas al revés de Rafael, y si mienten las crónicas —que no mienten, ¡ay!—, fué de novillero cuando por primera vez le echaron un toro al corral. No es que el Gallo diera en esta ocasión una de sus clásicas *espantás*, ni que hiciera una faena desafortunada, con el escándalo como consecuencia. Ni hubo *espantá* ni hubo faena. Nada.

Y es lo chocante que el Gallo —todavía Gallito en esa época— llevaba una serie de festejos en los que le había sonreído el éxito. Como dicen los enterados, estaba *muy puesto* aquella temporada; en su primer toro había quedado muy bien, y el público, que llenaba la plaza, esperaba que en su segundo armara el alboroto. Todo ocurrió a la inversa, ya que por designio fatal de Rafael Gómez, los que armaron el alboroto fueron los espectadores. Muy poco había hecho el Gallo a la hora de los quites. En cuanto a las banderillas, se las dejó a los subalternos para que pudieran lucirse. El se retiró a la barrera, y mientras la gente dejaba sus esperanzas para el momento en que cogiera la muleta, el matador, con la mano en la frente y el codo en la madera, parecía reflexionar. Y llegó la hora de la verdad. Cogió el Gallo muleta y estoque, y con ese su paso torero inalterable se fué a brindar —¿a quién dirán ustedes?— a la primera autoridad militar de la región: al capitán general. La expectación subió de punto y todo el mundo se las prometía muy felices, porque un brindis de categoría siempre es presagio de buena faena. Pero... ¡sí, sí!

El Gallo avanzó hacia la fiera, que para más detalles era de Concha y Sierra y sin nada anormal, por lo menos a primera vista, que dificultara la lidia. Avanzó, y a los pocos pasos se detuvo. Miró al toro atentamente. El toro se quedó fijo también en él. Estuvieron unos segundos así, y después el Gallo dió media vuelta y se fué hacia el mozo de espadas. Este, al verlo venir, le había preparado ya otra muleta, creyendo interpretar su pensamiento. Calculen ustedes la sorpresa de él y de los toreros que andaban por allí cuando le oyeron decir estas palabras definitivas:

—A ese toro no lo mato yo.

Y como Rafael, eso sí, es hombre serio cuando dice una cosa, se salió con la suya. Inútilmente le porfiaban, viendo la catástrofe que se venía encima. Ni ruegos, ni súplicas, ni conminaciones, ni amenazas. Le pregun-

taron el porqué y no dijo más que esto:

—Porque no.

Ni una sílaba más. Nada de explicaciones. La determinación era en firme. Y a la cárcel fué el novillero puntero. Misterios del alma gitana de Rafael, que nadie ha podido explicar nunca de una manera satisfactoria. Allí, en la cárcel, firmó varias corridas que fueron a ofrecerle empresarios de distintas plazas. ¿No es grande?

Pero no hablemos hoy con Rafael de estas cosas. Está contento porque esta misma tarde ha puesto banderillas en silla y ha cortado la oreja del novillero que le ha tocado en el festival. No le demos ocasión a que nos diga:

—No me recuerde usted cosas tristes, amigo.

* * *

Su época de novillero fué brillante, y aprovechando una racha de grandes triunfales se decidió a tomar la alternativa.

—¿Qué plaza fué la elegida para este acontecimiento?

—La de Sevilla. ¿A qué más aspirar a novillero que a tomar la alternativa en Sevilla o en Madrid? En Sevilla fué, el 28 de septiembre de 1902, en la primera corrida de la feria de San Miguel, con toros de Otaolaurruchi.

—¡Caramba, eso sí que no me lo esperaba yo!

—Sí que es un poco largo el nombre, ¿verdad? Como que al verlo escrito en los carteles daba la sensación de que habían pintado un mercancías. Los revisteros y la gente, cuando citaban a esta ganadería, decían sólo toros de Otaola, para ahorrar tiempo y no llegar tarde a donde tuvieran que ir.

Como ven ustedes, el Gallo se doctoró a una edad poco corriente entonces, pero había empezado a lidiar tan joven, que se le consideraba ya a punto, con la suficiente experiencia y sabiduría para el ascenso. Y a no dudar que no le faltaban ambas cosas, además de su arte, que para muchos *gallistas* ha sido incomparable. Su padrino fué Emilio Torres, Bombita, y completó la terna el hermano de éste, Ricardo, Bombita II.

—¿Qué tal se portaron esos toros de Otaolaetcétera?

—No se portaron mal los de Jota la gachí.

—¿Dice usted?

—Es que así era como los llamaba el Guerra. Fueron reses nobles y bravas en todos los tercios, aunque para las exigencias de la época tuvieron poco poder y codicia. ¡Poco poder! ¡Bueno! ¡Si los soltaran ahora!

—Vamos a la faena.

—Trasteé bien. Di un pinchazo en lo alto y una estocada buena, pero buena de verdad.

—¿Y en el otro?

—Me confió más con la muleta y estuve mejor. Le metí media que resultó un poco atravesada y luego una en lo alto y me volvieron a aplaudir mucho. En el quinto también me sonaron las palmas, porque lo pareamos Bombita II y yo con mucho lucimiento. Por cierto que Ricardo, en su primer toro, después de una buena preparación, le dió la estocada estrechándose tanto, que salió embrocado, con el chaleco y la taleguilla rotos. Se fué para dentro, pero volvió a salir, a pesar de que tenía un varetazo colosal. Había pondonor y afición.

Este año de su alternativa toreó sesenta corridas. Lo malo fué que en las últimas prodigó demasiado sus cosas. No estuvo bien en el final de la temporada y...

—Al año siguiente sólo me salieron dos...

—Sí que es un bajón.

—Ahora, que en esas dos estuve fenómeno. Tan fenómeno, que a la otra toreé sesenta y cuatro.

En todas las carreras taurinas la

estadística se produce sin brusquedades excesivas. Un torero baja o sube, de un modo normal o casi normal, con arreglo a sus actuaciones. Pero subir o bajar como ha subido y ha bajado Rafael no hay más que uno. Excepcional en todo.

Año 1902: sesenta corridas.

Año 1903: dos corridas.

Año 1904: setenta y cuatro corridas.

—¿No fué este año de 1904 cuando confirmó usted el doctorado en Madrid?

—¡Y que no tenía yo ganas! Sí, señor. Ese año fué. Ese año fué, y con toros del duque.

—¿De qué duque?

—¿De qué duque iban a ser? Cuando se decía del duque, todo el mundo sabía que eran de Veragua.

—Sigamos, pues. Veamos el cartel.

—Mano a mano, Lagartijo y yo.

—¿Cómo Lagartijo? Esa sí que no cuela.

—Es que era el sobrino, Lagartijillo. Los viejos aficionados estaban un poco en guardia. Eran dos nombres que pesaban mucho. Se acordaban del tío de mi compañero, de Rafael Molina, y de mi padre. Y en nosotros también pesaba mucho la cosa. Nos dábamos cuenta de la responsabilidad que contraíamos al usar unos nombres que fueron famosos en los ruedos. Había que quedar bien.

—Y... ¿qué tal?

—Se salió adelante. No digamos que fué un triunfo extraordinario, pero se cumplió. El toro de mi confirmación se llamaba Barbero, y este Barbero me afeitó los alamares de tanto como me ceñí con la capa en los primeros lances, que terminé con una larga afarolada, suerte modernista entonces.

—¿Toro bravo?

—Toro. Negro meano, bonito de lámina, no muy grande, aunque hoy parecería una catedral, y bien puesto de cabeza. Toro. Cinco por cuatro.

—Veinte. ¿Qué quiere decir esa multiplicación?

—Tomó cinco varas por cuatro caídas. Llevaba yo un terno morado y oro. Me fuí al toro, que estaba bueno y noble, y le hice una faena ceñida y breve. Las palmas hacían humo. Le cuadro y me arranco. No hubo suerte y señalé un buen pinchazo en lo alto. Le di otro. Luego, una corta. No caía el pájaro. Aun pinché dos o tres veces más, hasta que acabé de una estocada desprendida. Así y todo, aun escuché muchas palmas. ¡Si lo cojo a la primera!

LA «ESPANTÁ» Y LAS SUPERSTICIONES

Había leído y oído muchas definiciones e interpretaciones de la *espantá*. Pero ninguna me había convencido.

—Es el miedo insuperable—decían unos.

—Es una consecuencia de la superstición—decían otros.

Y así hasta ciento. Vemos—oiga mos—al propio interesado.

—¿Qué es la *espantá*?

—La *espantá* es eso: la *espantá*.

—Pero...

—Las banderillas son las banderillas; el pase natural, el pase natural; el volapié, el volapié, y la *espantá*, la *espantá*.

Quise comprender.

—Según eso, la *espantá* ¿es una suerte del torero?

—¡Ahí le ha dado! Una suerte como otra cualquiera, que sirve para defenderse del toro.

—Y que ha practicado usted de un modo casi exclusivo, a pesar de los imitadores.

—Es que yo la *espantá* la he dado, como todo lo que he hecho en el torero, porque me ha salido del corazón y... por falta de piernas.

—Pero si...

—Bueno, bueno... Cuando se dice falta de piernas se entiende flojas condiciones físicas en el torero. Yo no

he sido nunca un atleta. Por eso, cuando veía que no podía dominar al toro, daba la *espantá*. Yo he sido siempre un hombre lógico.

—¡Rafael!

—De lo más lógico. Vea usted: estaba delante del toro y veía que me iba a coger, porque usted ya sabe que cuando los toros van a coger, avisan.

—¡No!

—Sí. Avisan. Pregunte usted a otros toreros y verá como le dicen lo mismo. Hay un presentimiento, una sensación, lo que le he dicho: un aviso. Y ahora, dígame usted. Si sabe que el toro le va a coger, ¿se va a quedar delante de él?

—¡De ninguna manera!

—Por supuesto que no. Sería del género idiota. Y ahí tiene usted explicado el porqué de la *espantá*.

—A medias. ¿En qué notaba usted que lo iba a enganchar?

—Eso lo ve sólo el que está con el toro. La gente de los tendidos no se lo explica, pero sus motivos hay. Desde arriba parece que el toro se está quieto; pero a medio metro de él, o a dos metros, según los casos, se oye su respiración, se observa su mirada, se ven sus gestos, y por todos estos y otros muchos detalles se deducen sus intenciones.

—Resumiendo...

—Cuando no se puede con el toro, hay que dar la *espantá*. Y eso es lo que hacía yo. En cuanto notaba que el toro me iba a dominar, salía por pies. Los toros, no lo dude el amigo, hacen cosas extrañas que el público no puede ver. La *espantá* no es miedo. Es defenderse del toro. El que tiene miedo lo tiene en todos los toros, y cuando sale de casa ya va a la plaza asustado, y cuando sale a los medios no ve.

—Sin embargo, si el torero se queda quieto, es posible...

—Posible, no. Seguro. Le coge. Y, sabiendo esto, no se va a quedar uno a merced de la fiera. No es miedo, no. Si el toro era bueno y entraba, yo no tenía que dar la *espantá*. Es algo... psicológico. La prueba de que no es miedo es que con toros de esos, después de haber dado la *espantá*, he vuelto a ellos y he estado superior. Y cerca. Porque yo he sido de los que se han puesto más cerca de los pitones, y por ahí hay miles de aficionados que no me dejarían mentir.

—Entonces, la *espantá* me huele a recelo supersticioso.

—¿Supersticioso yo? Por ahí sí que no paso.

—Todo el mundo ha hablado de sus supersticiones.

—El que no ha hablado he sido yo, y creo que tengo mis motivos para saber algo de esta cuestión.

—Pero ¿me va a negar usted que tiene sus manías, sus cosas?

—Tengo mis costumbres y mis caprichos, como todo el mundo, y si me apura usted, menos que todo el mundo. Pero yo no soy supersticioso. Yo soy apostólico, católico, romano. ¿Y cómo no? En este país, todos los bien nacidos somos cristianos y no concebimos otra religión que la nuestra. Yo soy muy devoto de Jesús del Gran Poder y de la Virgen de la Esperanza.

—A ellos elevaría usted sus plegarias los días de corrida, ¿no?

—No, señor. Estas son mis devociones de toda la vida. Para el caso particular de los toros siempre me ha gustado encomendarme a la Virgen del Rocío.

—Conformes. No se hable más del asunto.

—¿Cómo que no, si falta lo principal?

—Yo me comprometo a decir que no es usted supersticioso.

—Y, además, a demostrarlo hasta la saturación.

—¿Cómo?

—Mire usted: lo de la superstición mía, como tantas otras cosas, es una leyenda, que, como yo no me he tomado la molestia de desmentir, ha

ido creciendo... ¿Qué es lo que más temen los supersticiosos?

—La... esa... La cosa esa...

—¡La bicha!

—¡Ay!

—Pues en Granada, una tarde en que estaba yo quedando superior, un espectador me tiró una *bicha* desde el tendido.

—Gracioso que hay.

—¿Y sabe usted lo que hice yo?

—Algo insólito.

—Paré la faena, cogí la *bicha*, me la enrollé a la cintura y seguí toreando. Acabé con el toro, me dieron la oreja, di la vuelta al ruedo y cuando pasé ante el tendido donde estaba el espectador del *regalillo*, se la arrojé. Y ahora, ¿qué me dice usted?

—Nada. Estoy atónito.

—Y en esta sortija que me pongo muchas veces, ¿qué es lo que ve usted?

Me alargó la mano y en un dedo vi el anillo que quería mostrarme. Era de oro y tenía grabado un 13 inmenso, un 13 que era la negación más rotunda de todo eso que se ha dicho de las supersticiones de Rafael, el Gallo.

A cada paso se encuentra uno con la sorpresa, pero con una sorpresa como ésta sí que no pensaba encontrarme yo.

¡Y DECÍAN QUE A EL NO LE PODÍA COGER UN TORO!

Siempre se ha tenido la opinión de que el Gallo es de esos pocos toreros a los que no pueden coger los toros como no les tiren un cuerno. Pero eso no es más que una realidad relativa, porque el Gallo ha sufrido bastantes percances y numerosos revolcones.

Pero... su fama era ésa. Y tan arraigada, que hasta la señora Gabriela parece que participaba de ella. Por lo menos circula por ahí, desde hace años, una anécdota que parece demostrarlo así. Vean ustedes, pues, hasta qué punto llegaba el convencimiento de que al Gallo era poco menos que imposible que le hicieran daño los cornúpetas.

Toreaba el Gallo en su Sevilla querida. Al poner un par de banderillas, el toro le dió un fuerte varetazo en un muslo. Cuando al terminar la corrida llegó a su casa, entró cojeando. La señora Gabriela le miró asombrada, sin explicarse aquello, sin querer creer lo que suponía.

—¿Es que te ha cogido el toro, Rafael?—le preguntó extrañada la señora Gabriela.

—Sí, madre.

—¿Pero es que el toro ha saltado la barrera detrás de ti? Porque si no, no me lo explico.

Y, sin embargo, a Rafael le han pegado los toros, y le han pegado bien. Su boca guarda la cicatriz de aquella cornada que le dió un toro de Piedras Negras, en Méjico, el 7 de diciembre de 1902. En Madrid sufrió, en 1910, una cogida de consideración: dos cornadas le dió el mismo toro y estuvo grave durante varias semanas. Pero la más terrible fué la de 1914, aquella que fué llamada la tragedia de Algeciras, y que bien merece recordarse por la emoción que causó en todo el país.

Toreaba el Gallo con Morenito de Algeciras y con Joselito. Salíó el segundo toro, Cumbreiro, de Moreno Santamaría, berrendo en castaño. Se estaba en la suerte de varas, y Rafael abrió el capote para colocar el toro en suerte; pero éste se arrancó sin obedecer al engaño, y el Gallo fué cogido por el pecho y lanzado al aire. Se levantó el torero, llevándose las manos al sitio lesionado y cayó intensamente pálido. Un estremecimiento de terror corrió por el público y un grito se escapó de todas las gargantas. La emoción del momento fué enorme, pues a nadie se le podía ocultar que se trataba de una cogida grave. Rápidamente acudieron en

su auxilio sus compañeros, y en brazos de los empleados de la plaza fué llevado, sin conocimiento ya, a la enfermería.

Muchos espectadores abandonaron sus localidades, llevados de la ansiedad de conocer el alcance de la cornada, y a la puerta de la enfermería se agruparon numerosas personas, que esperaban con impaciencia la salida de alguien que los informase. Fué el primero en salir el *Patatero*, a quien le habían dicho que la cornada era transversal y que no ofrecía gravedad. Pero muy pronto corrieron otras noticias, que, por desgracia, eran las verdaderas, y según las cuales el estado del diestro era gravísimo. La inquietud en la plaza iba aumentando, y a cuantos cruzaban por el callejón se les preguntaba por el estado de Rafael.

Poco después se facilitaba el primer parte, que decía así: «Durante la lidia del segundo toro ha ingresado en esta enfermería el espada Rafael Gómez, *Gallo*, con una herida penetrante de pecho y fractura completa del esternón por la parte superior.»

Por toda la población se supo, inmediatamente de ocurrir, la desgracia. Y la impresión fué indescriptible. Miles de personas se dirigieron a la plaza para enterarse de lo sucedido, y como las primeras noticias eran muy alarmantes, llegó a decirse que la herida era mortal. Tal cantidad de público se congregó, que hubo que establecer un servicio de policía, ante el temor de que la enfermería fuese invadida. Entretanto, Joselito, en el ruedo, hacía una de las mejores faenas de su carrera. Más tarde contaría que aquella fué la peor tarde que pasó en toda su vida y que cuando vió a su hermano caer al suelo manando sangre se quedó mudo de impresión.

Después de practicada la primera cura se trasladó al herido al hotel, colocado en una camilla, y durante el trayecto un inmenso gentío le siguió. Inmediatamente se cursó un despacho a Sevilla diciéndole a la familia que sólo tenía un puntazo leve.

El teléfono y el telégrafo llevaron pronto la triste nueva a todas partes. En Madrid se celebraba aquel día la corrida del Montepío, y durante la lidia del último toro empezó a circular lo ocurrido.

Tan pronto como Joselito terminó su misión en el ruedo acudió al lado del herido, para no separarse de él hasta que le vió fuera de peligro. Joselito explicaba el percance diciendo que a Rafael «le había cogido un toro como le podía haber cogido un tranvía.» El astado correteaba por la plaza; Rafael quiso colocarlo en suerte para picar, y en una de estas carreras le salió al encuentro y se abrió de capa. El toro, que era tuerco, llegó donde el torero estaba, no hizo caso de la capa: tiró el derrote, alcanzando a Rafael, y siguió su camino. En opinión de José, iba el toro tan ciego y tan huido, que de no haberse encontrado con Rafael se hubiese estrellado contra la barrera o con el primero que se hubiese tropezado.

A la cabecera del lecho, en el que el *Gallo* se debatía entre la vida y la muerte, acudieron también dos de sus hermanas, que se hallaban en Algeciras pasando las fiestas en casa de unas amigas.

Una idea de la expectación que en todas partes produjo la tragedia de Algeciras fué que la Compañía de Teléfonos dió orden para que la central de esta ciudad funcionara toda la noche.

En Sevilla se supo a la media hora de lo ocurrido. Los amigos se apresuraron a ir a Teléfonos para poner despachos en demanda de noticias concretas. Y ante la casa de los *Gallo*, así como ante el Club Gallista, se agolparon miles de personas.

La madre y la hermana mayor de Rafael sufrieron síncope, pues aunque se les telegrafió, como hemos dicho, llegó hasta ellas el pregón de

los vendedores de periódicos. Dirigiendo, que la herida no era de grave, un telefonema a Joselito diciéndole que sabían la verdad y que les comunicara lo que hubiera, sin ocultar nada, y Joselito respondió así: «Por la gloria de papá que no hay cuidado. Tranquilízate.»

Otra muestra del interés que despertó la cogida del *Gallo* es que los periódicos de Sevilla publicaron extraordinarios, que fueron agotados en muy pocos minutos.

Muchos íntimos de Rafael salieron para Algeciras desde Madrid, Sevilla y Valencia, ciudad esta última donde el núcleo de gallistas tenía más importancia que en ninguna otra y donde, naturalmente, se produjo un movimiento de sensación inusitado. La noticia fué dada a conocer por un anuncio puesto en la pizarra de *Las Provincias*. Asimismo, en Barcelona, los periódicos colocaron pizarras con las últimas noticias, y un gran gentío esperaba la aparición cuando eran retiradas. Aumentaron los diarios sus tiradas, y las Redacciones se vieron asediadas por personas que pedían detalles.

Rafael pasó la noche tranquilo, descansando en algunos momentos. A la mañana siguiente estaba muy animado, hasta el punto de opinar que era cosa de poco tiempo. Nunca se ha sabido si es que no se dió cuenta en aquellos momentos de su gravedad o si es que no le preocupaba. Rafael luchó algún tiempo con la muerte, hasta que la venció al fin. Toda España siguió, durante varios días, pendiente del estado del *Gallo*. Cuentan que cuando le describieron la gran faena que había hecho Joselito, lloraba.

No perdió en ningún momento la entereza ni la serenidad y a todos daba ánimos—siendo él el que debía de necesitarlos—, quitándoles importancia al percance, a aquella tremenda cornada que le destrozó el pecho y que hizo temer por su vida. Fué en la plaza de Algeciras, el 14 de junio de 1914.

¡Y decían que a él no le podía coger un toro!

LOS CUARENTA Y CINCO AÑOS DE VIDA TORERA DE RAFAEL

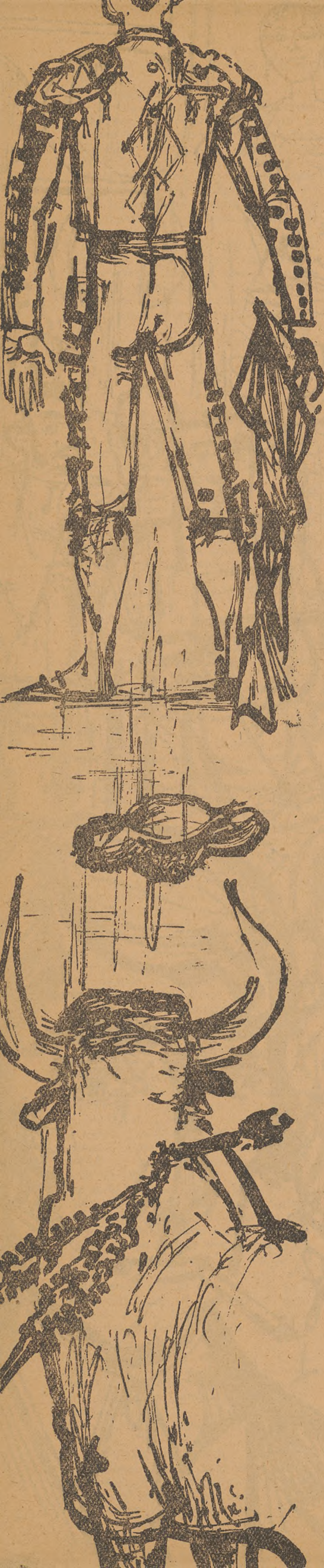
—La peor y la mejor tarde de mi vida las di yo en Madrid, en la temporada de 1913, y una detrás de la otra.

Este año de 1913 corresponde a la mejor época del hijo mayor del señor Fernando, que, como se sabe, fué de 1910 a 1914, cuando era figura indispensable en todas las ferias y en todos los carteles de postín.

El día 2 de mayo había dado en Madrid una tarde de las suyas, de las que le colocaron a la cabeza de la torería. Le tocó actuar otra vez a finales del mismo mes, y el público, que recordaba la gran faena que le había ofrecido semanas antes, se las prometía muy felices, y con razón, ya que Rafael estaba en racha de éxitos. Al hacer el paseíllo, con *Mazantinito* y *Manolete* (padre), los espectadores le obsequiaron con una ovación, en la que querían expresarle cómo recordaban su faena anterior y con cuánta ilusión esperaban la que iba a comenzar.

Por primera vez se lidiaban ese día, a nombre del duque de Tovar, los toros que fueron de Arribas hermanos. El verano se anticipaba y la tarde era calurosa. Rafael no se encontraba a gusto. Tenía fiebre, y su mirada observaba con recelos de presentimiento aquel júbilo de los espectadores. El ya sospechaba—o temía—que iba a estar fatal, porque con cuarenta grados de fiebre no se puede—o no se debe—salir a torear. Pero confiaba en salir del paso con poco que le ayudara la suerte. Lo malo fué que las cosas se pusieron en contra desde el principio. El contento de los espectadores durante el paseíllo se transformó en lo contrario tan pron-





to como salió el primer toro. Un toro que tomó seis varas, pero que—¡tiempos aquellos!—no agradó al respetable porque no empujaba lo suficiente. Empezó la protesta para que lo devolvieran al corral. Este es un detalle que puede servir como punto de comparación entre el ganado que se lidiaba antes y el que se lidia hoy.

No hizo caso el presidente de las protestas, cada vez más sonoras, y sacó el pañuelo para que tocaran a banderillas, lo cual pareció al público una burla intolerable. Arrebió la gritería; se pusieron en pie agitando los papeles de las localidades. Y el presidente, ¡que si quieres! Era una batalla en la que usó se había propuesto salir vencedor. La bronca llegó a lo épico. Empezaron a llover almohadillas, en tanto que los banderilleros cumplían con su obligación. La alteración del orden público era ya un hecho inevitable, que aun aumentó cuando un centenar de espectadores se echó al ruedo para impedir que continuara la lidia. Uno de ellos fué volteado aparatosamente, y el escándalo alcanzó las alturas de lo indescriptible. El toro fué al fin retirado al corral, después de banderilleado, para evitar mayores males. Y un poco ya calmados los ánimos, se dió suelta al sustituto, que era de la ganadería de don Luis Baeza, negro, gordo y abierto de cuerna. ¡Negro! Lo que le faltaba a Rafael, que le había dado por no querer ver a los toros de este color, según dicen, aunque lo más probable es que aquel día no los pudiera ver así se los pintaran de azul celeste.

El caso es que al torear de capa nadie pudo presagiar lo que iba a ocurrir después. Le dió unos lances buenos, dos navarras y una larga afarolada, de las que tenían el sello de la casa. Y llegó la hora de matar. En los tendidos, los comentarios eran optimistas:

—Vamos a ver cosas.

—Parece que viene con ganas.

—¡Ya lo creo que vieron cosas! El Gallo encontró al toro incierto. Le dió un ayudado por alto, uno de pecho y otros ayudados por bajo. Luego, medios pases con la izquierda. No era lo que se esperaba, mas ya estaba cubierto el expediente. Pero... la desgracia vino porque el toro empezó a huir, y el Gallo a no quererlo ver. Con siete toreros a su alrededor, empezó la persecución. Capotazos por aquí, capotazos por allá. «Llévalo a este lado.» «Tráemelo aquí.» Empezó la bronca. Se va al toro y pierde la muleta. Más medios pases, intervención de los peones, griterío infernal en los tendidos. Ahora el toro está más incierto que al empezar, por los mil capotazos y muletazos que le han dado. Va Rafael a dar un pase y se cae. Se resiente de una mano, pero los espectadores se empeñan en que es camelo. El Gallo está apoyado en la barrera, haciendo tiempo, con el pretexto de coger nueva muleta y estoque. Un espectador le grita:

—¿A qué esperas?

Y aquí viene esa respuesta incorporada a la colección de anécdotas de Rafael, que dice mirando al preguntón:

—¿A que le salgan canas!

Se va al enemigo y pincha en hueso. Suena el primer aviso. Larga un sablazo en el lado derecho del cuello y la punta del estoque sale por debajo de la papada. Superbronca y lanzamiento de almohadillas. Se va a por otra espada, y cuando llega a la barrera, un espectador se hace oír por encima del tumulto:

—¿A la cárcel!

Y Rafael, que responde con toda su sinceridad:

—¿Qué más quisiera yo!

Allá va otra vez. Un mandoble junto al testuz. Segundo aviso. Un pinchazo en el pescuezo. Un sablazo delantero. No hay modo de que caiga. Intenta dos veces el descabello. No acierta. Sigue la escandalera. Otro pinchazo. Y... al corral. El Gallo, con la cabeza baja, pero atisbando de

rejo a la multitud, se retira al callejón. Ha sido el desastre, sólo comparable a aquel otro que dió en la misma plaza alternando con Vicente Pastor. También el Gallo en esta ocasión se retiró a la barrera con la cabeza baja. Y Vicente, con intenciones de consuelo, le dijo:

—¡Hay que ver cómo están los morenos esta tarde, Rafael!

—Para vosotros, superior. Ya os los he dejado a todos roncós.

—¿Adónde han ido a parar todos los millones que ganó usted, Rafael?

—¡Cualquiera sabe! Como los billetes no son, en definitiva, nada más que papel, se los llevó el aire.

—¿Y no siente el haber tirado, no una, sino varias fortunas?

—No se tira nada. Todo lo recogen. El dinero va de unas manos a otras, y eso es todo.

—Es que usted pudo retener algo, guardar para el día de mañana, o sea, para hoy...

—Guardo... recuerdos y duermo sin remordimientos. No tengo queja de la existencia que he llevado. He vivido lo mío y he visto todo lo que hay que ver por la España y por las Américas y por todas partes.

—No obstante, si tuviera usted que empezar de nuevo...

EL DINERO

SE LO LLÉVA EL AIRE...

—Si tuviera que empezar de nuevo, haría exactamente lo mismo. Cada uno es como es.

—Joselito no era así.

—Por eso. Cada cual tiene su carácter, y José tenía el suyo.

—Es que ahora podría usted ser rico...

—Soy rico en... simpatías. Igual que mi padre, que se gastó también todo lo que ganó.

Todo lo que ganó el señor Fernando se fué, en efecto, del mismo modo alegre e incomprensible que se le fué a Rafael. El aire se lo llevó. Las fiestas que daba en la casita de Gelves y la escuela taurina que allí mismo fundó fueron, en este aspecto, los huracanes de su fortuna. Cuando murió el señor Fernando, el Gallo fué el sostén de la familia. El los sacó adelante a todos. Lo que ganaba en su profesión se lo entregaba íntegro a la señora Gabriela. Cuando la madre murió, el Gallo se quedó sin administración. El dinero le venía y se le iba sin que él se preocupara gran cosa del destino de lo que repartía a manos llenas, después de haberlo ganado en la gran ruleta de la plaza, en el juego de vida o muerte. Los dineros volaban al viento de su capricho.

¿Qué es el dinero? Para el Gallo no es otra cosa que papel más o menos bonitamente impreso. Papel para que se lo lleve el aire. Con dinero o sin dinero, Rafael nunca ha perdido su empaque de gran señor. Sin dinero, se alojó en los grandes hoteles internacionales, y con dinero, se fué a lo mejor, a una fonda de tercera. Su capricho y nada más. Si hubiera tenido en un momento dado bastantes papelillos, las cataratas del Niágara hubieran sido suyas, y, pasado el capricho, se las habría regalado al primero que se las pidiera...

TOMABA EL BARCO

PARA AMÉRICA COMO EL QUE COGE UN TRANVÍA;
LA FORTUNA VIENE Y VA

—¿Cuántas veces ha hecho usted la América, Rafael?

—Muchas. He pasado en aquellas tierras las temporadas del 1902 al 1914 y del 1921 al 1935. Años enteros he vivido allí y conozco aquello mejor que España. América me la sé de memoria, de pitón a rabo.

—¿Y habrá ganado usted...?

—No sé. Bastante dinero. Unas veces nadábamos en la opulencia; otras estábamos sin un real.

Nótese cómo pluraliza el Gallo. El no dice *gané*, sino *ganamos*; *gasté*, sino *gastamos*. Como que el dinero, que era suyo, era de todos.

—¿No podríamos hacer un cálculo?

—¡Uf! No me hable de matemáticas.

MANERA DE RESOLVER UNA DUDA

—¿Lo que habrá usted vivido y pasado en América!

—¡Usted verá! Yo cogía el barco para Nueva York como el que coge el tranvía.

—¡Ah! ¿Es que se iba usted derecho a Nueva York?

—Era la combinación que más me gustaba. Embarcábamos en Francia, en el puerto de El Havre. Y de allí, pum, pum, por las olitas del mar, hasta dar vista a la estatua de la Libertad. Me he llegado varias veces hasta las cataratas del Niágara. Aquello es grande.

Esa expresión de coger el barco como el que coge el tranvía no puede ser más exacta. A lo mejor, sin acabar en España la temporada, hacía las maletas en un dos por tres y emprendía el viaje, como casi siempre, a lo que saliera, a la ventura, sin la preocupación de asegurarse unas contratas allí antes de partir. En una ocasión, sin embargo, el Gallo estaba indeciso. Le habían hecho proposiciones del otro lado del mar, y él, que tantas veces se había ido sin más inquietud que la de llegar a tiempo al punto de partida, dudaba, no acababa de determinarse. Así pasaron unos días, hasta que llegó un domingo en que toreaba Rafael. Llegó la hora del brindis y se dirigió, montera en mano, a Juan Belmonte, que ocupaba una barrera. Los espectadores cercanos al famoso trianero se dispusieron a escuchar las palabras del divino calvo. Este se dirigió a Juanito Terremoto, y en lugar de brindarle la muerte del toro, lo que hizo fué decirle:

—Oye, Juan, me han hablado de ir a América, ¿qué te parece?

Belmonte, tan buen amigo del Gallo a lo largo y a lo ancho del tiempo, quiso enterarse de las condiciones, y así quedó entablado un diálogo que unos pocos oyeron llenos de asombro y los más supusieron un brindis de aquellos kilométricos, en los que era especialista Rafael. Al cabo, Belmonte dió su opinión:

—A mí me parece bien, hombre.

—Pues no se hable más. Vamos al toro primero y a América después.

Y así fué. Al día siguiente subió al tren y poco más tarde cogía el vapor.

Como el que coge el tranvía.

EL «GALLO», LIDIADOR DE CEBUS

—Le habrán sucedido a usted unas cosas...

—Unas que me han sucedido y otras que me han adjudicado, y que puede usted desmentir rotundamente, porque yo no hice nunca el payaso por allí.

El Gallo se refiere a una época de su vida en que algunos periódicos publicaron telegramas e informaciones que referían supuestas andanzas de Rafael en América. Estas falsas noticias le pintaban, unas veces, haciendo un número de toreo de salón en un escenario, sobre el que hacía faenas completísimas a... una silla; otras era el Gallo, vestido de *toreador*, subido en un coche de *tiriteros*, haciendo el desfile de propaganda por un circo ambulante; otras era el dueño de una confitería en Lima...

—No, señor. Ni he sido confitero, ni he actuado en los teatros, ni he figurado en ningún circo, ni he toreado búfalos...

—Pues, sobre esto de los búfalos, yo había leído...

—Algunas mentiras de las muchas que han circulado sobre mí. Lo que sí toreé una vez fué un cebú, que no es un búfalo precisamente.

—¿Dónde fué eso?

—En Tampa (Florida). Los cebús son bravísimos y se les puede torear. Yo lo hice en un cerrado con palos que se improvisó; una faena buena que entusiasmó a todos los que la presenciaron y que eran personas que en su vida habían tenido ocasión de presenciar una cosa parecida, como no fuera en alguna película.

HISTORIA DEL PALO DE UNA SILLA

Lo que sí ha pasado el Gallo es alguna temporada apuradilla, consecuencia de otras en que no tuvo suerte, no estuvo bien y no le daban corridas.

—En una época de éstas se encontraba actuando en México mi gran amigo y gran actor el eminente Ricardo Calvo. Llegó el día de la función de su beneficio, y estaba yo muy preocupado porque no veía el modo de quedar bien con él haciéndole un regalo digno. ¿Y sabe cómo salí del apuro?

—Usted dirá.

—Con el palo de una silla.

—Francamente, no lo entiendo.

—Fué a mi banderillero Moyita a quien se le ocurrió la idea, y él mismo fué a llevárselo a Calvo en mi nombre. Ricardo se hizo cargo de él con gran emoción. Se le saltaron las lágrimas. Ya sabía yo que habría de estimar el regalo aquel más que ningún otro.

—Bueno, pero ¿es que el palito era de una silla de oro, pertenecía al trono de algún emperador o qué?

—No, señor. Era un palo de madera de una silla... histórica. En esa silla realicé yo en Valencia una faena de muleta que presenció Ricardo Calvo y que muchas veces me había recordado luego. Moyita, en recuerdo de aquella tarde, arrancó el palo de marras de la silla, y desde entonces lo llevé siempre conmigo, en todos mis viajes, hasta que se lo regalé al famoso comediante, que me consta lo conserva y no se desprenderá jamás de él.

UN TORO CON MUCHA QUÍMICA

Cuando Rafael se empeñaba en que un toro tenía química, ¡la hecatombe!

¿Y en qué consistía la dichosa química?

Eso es lo que no ha podido averiguar nadie todavía. El no tuvo nunca la costumbre de ir al apartado. No obstante, una mañana, no se sabe qué viento le sopló, que empeñóse en ir a ver los toros que tenía que despachar por la tarde. Y a los corrales de la plaza fueron Moyita y él. El Gallo pasó por delante, y uno de los toros se le quedó fijo mirándole.

—Oye, Moyita.

Moyita se echó a temblar, porque el Gallo le hablaba sin quitarle ojo al toro y ya empezaba a figurarse algo malo.

—¿Qué pasa, maestro?

—¿Es que no lo ves?

—Yo no veo nada.

—Fíjate en ese toro.

—¿Qué tiene ese toro, maestro?

—Mucha química. ¡Pero mucha química!

Moyita pidió al cielo que no le tocara en el sorteo a su matador; pero de allá arriba no quisieron oírle y... ¡le tocó!

Rafael tomó en seguida su resolución:

—A ese pájaro no le mato yo.

—¡Si no tiene nada, maestro!

—Que te he dicho que tiene química.

Y no lo mató... aquel domingo.

El cielo se compadeció al fin y envió su protección en forma de un diluvio, que obligó a suspender la corrida, con lo que se evitó una catástrofe de las típicas de Rafael.

La corrida se celebró al domingo siguiente. Ni el Gallo había aludido para nada durante la semana al toro de la química, ni ninguno de los miembros de su cuadrilla rozó siquiera la cuestión para no alarmar al maestro.

Y fué en ese toro en el que Rafael obtuvo en América uno de los mayores triunfos de su vida torera. Le cortó todos los apéndices y se vio llevado en hombros hasta el hotel y seguido y vitoreado por centenares de espectadores mexicanos. Del fracaso previsto a la apoteosis imprevista.

Y sólo este comentario:

—¡Y decía usted que el toro tenía química!

—Eso era el otro día. Hoy estaba más bueno que el pan.

EN NUEVA YORK Y SIN DINERO

Para uno de los viajes que emprendió, en una ocasión en que su inspiración estaba tan en baja como su bolsillo y los empresarios no se acordaban de él, le pidió prestadas a Juan Manuel, que más tarde fué apoderado de Belmonte, mil pesetas, que, unidas a quinientas que tenía él, constituyeron todo su capital. Tomó un barco inglés y se pasó el viaje jugando a la brisca. Llegó a Nueva York con un duro. Se instaló en uno de los mejores hoteles. Total, veinticinco o treinta dólares diarios.

A poco de llegar conoció a un compatriota que estaba en mala situación y no podía darle de comer a su hijo. Le dió el único duro que poseía. Después se hizo amigo de unos marineros que jugaban al dominó. Les contó su caso.

—Nosotros le ayudaremos en lo que podamos. ¿Qué necesita usted?

—Nada más que me pagues un telegrama que voy a poner.

Se fueron todos a poner el telegrama a una empresa. Y... a esperar. Lo malo es que los días pasaban y el Gallo sabía que la factura la pasaban por semanas. Al sexto día, cuando ya el abono de la cuenta iba a ser pedido, llegó la contestación a nombre de la gerencia del hotel. Al empresario no le acababa de entrar en la cabeza que el Gallo acabara de llegar a América, y encargaba a los dueños que averiguaran si era verdad y no se trataba de ningún impostor, en cuyo caso le ofrecían catorce mil dólares y enviaban mil de anticipo.

¡Ea! Ya estaba todo resuelto. El Gallo se despidió de sus amigos recientes y se fué a cumplir su compromiso. En poco tiempo ganó más de sesenta mil duros. Y de pronto, sin esperar a que terminara una temporada que tan bien se le daba, se volvió a España.

—¿Y eso por qué, Rafael?

—Que me entraron ganas de ver a la familia y saludar a los amigos.

En el puerto de Algeciras le esperaban su madre y Joselito, que era así de chiquitiyo

UN BRILLANTE POR TOREAR UN BECERRO

En Cuzco recibió una cornada que le tuvo muchos meses alejado de los ruedos. Se hizo trasladar a Buenos Aires y estuvo en la clínica cerca de un año. Este y el percance de 1902 son los dos más graves que sufrió en América.

—¿Ha toreado usted en Buenos Aires?

—En Buenos Aires, y en Santa Fe, y en las Pampas. Aquí me pasó una cosa notable. Yo iba a buscar seis toros para dar una exhibición en la capital. Fuimos a un rancho, que

aquel sí que era el rancho grande. Miles y miles de cabezas. Todo aquello era de una señora muy simpática, pero algo desconfiada. Le dije quién era y a lo que iba. Y no se creyó que estaba delante del Gallo. «Señora—le dije—, por la memoria de mis ilustres antepasados, que yo soy el verdadero Rafael Gómez Ortega, y me tiene usted que servir.»

—Puede ser—contestó aquella buena señora—; pero yo vi torear al Gallo en San Sebastián, y dudo mucho que usted sea capaz de hacer lo que hace él con los toros. Tendrá que demostrarlo.

—¿Cómo?

—Ahora le soltarán un becerro.

—Y esa fué la prueba, que, gracias a Dios, satisfizo cumplidamente a aquella espectadora que me había visto en San Sebastián. Conseguí mis propósitos; la señora quedó encantada y además me regaló un brillante así de grande.

EL HOTELERO QUE ATRAVESO EL ATLANTICO

De América rara vez llegaban noticias directas de él. En lo que se refiere a escribir, el Gallo es de un laconismo que suele desembocar en la mudez. En cuatro años seguidos de ausencia sólo le puso a la familia unas líneas a lápiz, y eso aprovechando el viaje de un amigo que se venía para España y que se le ofreció para todo lo que quisiera y para llevar a su casa los encargos que deseara.

—Llévales estas cuatro letras, hombre, ya que eres tan amable, para que vean que estoy bien.

Y en un trozo de papel envió su saludo. El ha ido del apuro al bienestar por sí solo y no le ha gustado, en las épocas desafortunadas, contarle a nadie, ni a la familia, cosas tristes. El se metía en una situación, y él salía de ella sin pedir ni dar cuentas. ¿Cómo salía? Cada vez de una manera.

Por ejemplo, en una ocasión estaban Rafael y su cuadrilla «anclados», pero que del todo, en México, en el hotel de un español, que veía pasar los días y aumentar la cuenta de una manera terrible. No había que pensar en obtener ninguna corrida para Rafael. Las empresas, después de unas tardes épicas, no se atrevían a presentárselo al público. Se mandaron cables a España, y todas las empresas a quienes se dirigieron estaban dispuestas a contratar al Gallo; pero, con rara unanimidad, ninguna quería dar anticipo hasta que el Gallo no pusiera pie en la Península.

¿Qué hacer? Moyita se fué a ver al hotelero. Le habló con toda la fuerza de su persuasión: le pintó la patria lejana, a la que no veía hacía muchos años; el paisaje donde se había desarrollado su niñez. Un bello poema. Al hotelero se le caía la baba, se sentía gratamente bañado en una ducha de ternura. ¡Volver a la tierra querida! Pero eso resultaba muy caro. No; aun no podía ser. Aun tenía que ahorrar más para poder realizar el anhelado viaje. Era el momento propicio.

—Es que puede usted ir gratis.

—¿Cómo gratis?

—Rafael, que tiene mucho gusto en que nos acompañe usted.

—¡Hombre, eso tiene gracia! De modo que no me pueden pagar el hospedaje y ahora dicen que me van a llevar a España por su cuenta.

—Entendámonos. Primero vea usted estos cablegramas.

Le enseñó las proposiciones que le hacían a Rafael.

—La única manera de que usted cobre es que se venga a España. Usted anticipa todos los gastos, se viene con nosotros, se está allí todo el tiempo que quiera, cobra lo suyo, se le paga la convidada y asunto liquidado.

Y así fué.

EL HOMBRE QUE PUDO HACERSE «MULCHIMILLONARIO»

Rafael es un hombre a un puro pegado. No se concibe a el Gallo sin un cigarro habano—¡y de los buenos!—entre los labios o entre los dedos. Por eso el mejor regalo que puede hacersele es una caja de submarinos—así los llama él—, y ese fué, ampliado notablemente, el regalo que le hizo el prócer cubano Hipólito Lázaro.

—Mil puros me mandó al vapor cuando ya nos íbamos a ir. Allí había de todas las marcas conocidas, y yo estaba en la gloria. Pero a medida que nos acercábamos a España empecé yo a sufrir, porque usted verá el compromiso de traer tanto tabaco y tenerlo que pasar por la Aduana...

—¿Y pasó?

—Pasó. No sé cómo pasó, pero pasó. Yo me bajé del barco sin querer saber nada. Y pasaron los puros y pasaron los apuros. ¡Don Hipólito de mi alma! Mil recuerdos le dediqué. A recuerdo por puro.

—¿Se encontraba en América?

—¡Claro! En América se está como aquí, se viste de chaqueta y circulan tranvías. Nada nuevo. Se encuentra uno en seguida a gente conocida. Igual que en la calle de las Serpes o en la carrera de San Jerónimo, de Madrid. En América me he encontrado yo varias veces con Luisillo Fuentes Bejarano. Un hombre tocado por la Providencia. Parecía que le avisaban en mis situaciones críticas. Entonces surgía él, en la cubierta de un barco, en el departamento de un tren, en la mesa de al lado en un café de un país cualquiera. A veces yo he pensado, mientras miraba al techo, sin saber qué partido tomar: «Por aquí debe de andar Luis.» Y así era. ¿No es grande?

—Es... fenomenal.

—Surgía cuando más oportuna era su presencia. Cosas de magia.

—Creo que en América las ha armado usted buenas.

—Buenas, buenas... Y malas y regulares. De las buenas, buenas, fué el cisco que se armó en Cartagena de Indias.

Lo de Cartagena de Indias bien merece punto y aparte. Allí, a principios de siglo, tenía el Papa Negro un cartel enorme. Bienvenida, padre, había hecho en la temporada de 1908 una faena tan colosalísima, que en perpetuación de la hazaña, nunca vista en aquel ruedo, la afición, por suscripción popular, adquirió una lápida, que fué colocada en la plaza para conmemorar tan gran suceso. No había allí más torero que don Manuel Mejías. No había más torero... hasta que dos años más tarde el cartel reúne, mano a mano, al Papa Negro y al Pelao.

De lo alto bajó la musa... Rafael la recogió en los vuelos de su capote, en los pliegues de su muleta, en los picos de las banderillas y en la punta de la espada. ¡Una tarde de Rafael, señor! Borrachera de entusiasmo en los tendidos; delirio de una multitud que había visto el más allá del toreo. Los ánimos que se excitaban y una manifestación que se forma. Por un lado, los partidarios recién ganados por Rafael; por otra parte, los de Bienvenida. Los primeros quieren destruir la famosa placa. Los segundos se oponen. El choque. Es la guerra, con sus correspondientes heridos y contusos, con la fuerza pública impotente para imponer la paz. Un poco más y se organiza la revolución. Eso es lo que pasa o puede pasar cuando al Gallo le sopla la musa.

—¿Deseos de volver a América?

—Pues... no creo que vuelva por allá; aunque vaya usted a saber. Puede hacerme allí «mulchimillonario»...

A lo mejor, cualquier día el Gallo dice sencillamente:

—Bueno, me voy otra vez...

Y cogerá el primer barco.

R. MARTINEZ GANDIA



Biblioteca de Autores Cristianos

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo XIII: *De los sacramentos en general. Del bautismo y confirmación. De la Eucaristía*. Versión, introducciones y notas de los PP. FR. SANTIAGO RAMÍREZ, FR. CÁNIDO DE ANIZ, FR. ARTURO ALONSO LOBO, FR. MANUEL GARCÍA MIRALLES y FR. EMILIO SAURAS, O. P. XVI + 1882 págs. (BAC 164.) Publicados los tomos I (29), II (41), III (56), IV (126), V (122), VI (149), VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIV (163) y XV (145).

La obra cumbre de Santo Tomás en edición bilingüe y con estudios de especialistas sobre cada tratado, que los ponen completamente al día. Un monumento del saber teológico al alcance de todo el público de habla española.

JESUCRISTO, SALVADOR.—*La persona, la doctrina y la obra del Redentor*, por TOMÁS CASTRILLO AGUADO. XII + 524 páginas. (BAC 162.)

Una exposición naturalmente lógica, brillante, densa y ágil de todo ese orbe de ideas, hechos y efectos trascendentes que suponen y encierran la figura, la doctrina y la obra del Redentor.

SEÑORA NUESTRA.—*El misterio del hombre a la luz del misterio de María*, por JOSÉ MARÍA CABODEVILLA. 12 + 433 páginas. (BAC 161.)

La gracia de un lenguaje plenamente actual, con observaciones que sólo son asequibles al hombre de nuestros días, permite eludir el tópico en la consideración del misterio y ver nuestra propia vida, la interna y la social, transfigurada y vivificada por el misterio de María.

Es difícil que ningún cristiano de nuestro tiempo logre despegarse de estas páginas, llenas de originalidad, sustancia, gracia expositiva y aliento espiritual.

HISTORIA DE LA FILOSOFIA.—Tomo I: *Grecia y Roma*, por el P. GUILLERMO FRAILE, O. P. XXVIII + 840 págs. (BAC 160.)

El fruto de veinte años de larga y paciente investigación del P. Fraile permite poner en sus manos esta obra magistral, asequible por su admirable claridad a todo hombre culto, cuyo primer volumen está ya a la venta.

Un índice general, una tabla cronológica y unos índices de nombres y materias permiten el fácil manejo de este volumen, que lleva, además, una amplísima bibliografía.

SAN JOSE DE CALASANZ.—*Su obra. Escritos*, por el P. GYORGY SÁNTA, SCH. P., con la colaboración de los PP. CÉSAR AGUILERA y JULIÁN CENTELLES, SCH. P. LII + 827 págs. (BAC 159.)

Las investigaciones del autor húngaro, padre Sánta, han redescubierto a los mismos españoles una figura más venerada que conocida. Constituye una inestimable aportación a la pedagogía y a la hagiografía españolas.

CATECISMO ROMANO, de SAN Pío V. Texto bilingüe y comentario. Versión, introducciones y notas de PEDRO MARTÍN HERNÁNDEZ, sacerdote operario. XL + 1084 págs. (BAC 158.)

De esta obra, uno de los monumentos del dogma católico, dijo Clemente XIII: «Norma de la fe católica y de la disciplina eclesiástica.»

Indispensable para todos los sacerdotes y estudiantes de centros eclesiásticos. Es libro de consulta para los seglares cultos en los temas esenciales del dogma y la moral. Indispensable a todos los catequistas.

OBRAS COMPLETAS DE DANTE.—Versión castellana de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ sobre la interpretación literal de GIOVANNI M. BERTINI, con la colaboración de JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ GARCÍA. VIII + 1146 págs. (BAC 157.)

El gigantesco poeta de la Edad Media cristiana, el genio providencial que supo incorporar toda la cultura antigua y cimentarla en la solidez maciza de la Teología, en su primera versión completa al castellano.

La Divina Comedia, en italiano y español. *Vida Nueva*. *El Convite*. *La Monarquía*. *Sobre la lengua vulgar*. *Disputa*

sobre el agua y la tierra. *Cartas*. *Eglogas*. *Rimas*. *Apéndice*. *Indíces de nombres y de materias* constituyen el contenido de la obra.

ANTOLOGIA GENERAL DE MENÉNDEZ PELAYO.—Recopilación orgánica de su doctrina. Elaborada por JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ DE MUNIÁIN. Tomo I: 156 + 961 págs. Tomo II: 68 + 1361 páginas. (BAC 155-156.)

Toda la obra de Menéndez Pelayo, clasificada y articulada por materias, en sólo dos volúmenes y con unos índices que los hacen fácilmente manejables. Un verdadero vademécum de la cultura española.

La ingente producción del gran polígrafo, más de setenta volúmenes, ha sido rigurosamente estudiada y ordenada por José María Sánchez de Muniáin.

REEDICIONES

SAGRADA BIBLIA, de NÁCAR-COLUNGA. Séptima edición, corregida en el texto y copiosamente aumentada. LXXXVI + 1409 páginas. (BAC 1.)

El primer libro de la BAC, y libro de clamoroso éxito, fué a su vez la primera versión completa de la *Sagrada Biblia* que se hacía de las lenguas originales al castellano.

SAGRADA BIBLIA, de BOVER-CANTERA. Cuarta edición en un solo volumen, notablemente mejorada. XVI + 1650 págs. (BAC 25-26.)

La versión se ha hecho confrontando las principales variantes de las grandes ediciones críticas, hebreas y griegas, tratando de apurar hasta el límite posible la fidelidad textual de la traducción, conciliándola con la máxima diafanidad.

OBRAS DE SAN AGUSTIN.—Tomo I: *Introducción general y bibliografía*. *Vida de San Agustín*, por Posidio. *Soliloquios*. *Sobre el orden*. *Sobre la vida feliz*. Edición bilingüe. Tercera edición. XII + 822 págs., con grabados. (BAC 10.)

En estas obras iniciales del gran Doctor de la Gracia se percibe la emoción, el temblor fervoroso del convertido que acaba de abrazar la verdad y siente el gozo de su presencia.

OBRAS DE SAN BUENAVENTURA.—Tomo III: *Colaciones sobre el Hexámero*. *Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio*. *Tratado de la plantación del paraíso*. Segunda edición, bilingüe. XII + 798 págs. (BAC 19.)

Constituye un conjunto de tratados filosóficos en los que se puede seguir el desarrollo del pensamiento de San Buenaventura.

THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los PP. REGATILLO y ZALBA, S. I.

Tomo I: *Theologiae Moralis fundamentalis. Tractatus de virtutibus theologicis*, por el P. Zalba. Segunda edición. XX + 992 págs. (BAC 93.)

Tomo II: *Theologiae Moralis specialis. De mandatis Dei et Ecclesiae. De statibus particularibus*, por el P. Zalba. Segunda edición. XX + 982 págs. (BAC 106.)

Obra de texto en seminarios.

PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA.—Tomo I: *Introductio in Philosophiam. Logica. Critica. Metaphysica generalis*, por los PP. SALCEDO e ITURRIOZ, S. I. Segunda edición XXIV + 870 páginas. (BAC 98.)

Obra de texto en seminarios.

LA PALABRA DE CRISTO:

Tomo II: *Epifanía a Cuaresma*. 2.^a edición. XXXII + 1330 páginas. (BAC 119.)

Tomo III: *Cuaresma y tiempo de Pasión*. Segunda edición. XXVIII + 1208 págs. (BAC 123.)

Tomo IV: *Ciclo pascual*. Segunda edición. XX + 1284 páginas. (BAC 129.)

LOS CUATRO EVANGELIOS. Edición manual en papel biblia. 406 págs. 10 pesetas en tela.

NUEVO TESTAMENTO. Edición manual en papel biblia. 989 páginas. 17 pesetas en tela.

EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS DEL MUNDO

OBSEQUIE CON LIBROS DE LA "BAC" EN PIEL

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. - Alfonso XI, 4 - MADRID

**NUESTRA ATENCION
Y AMABILIDAD**

*Son dos de las razones
por las que
nuestros pasajeros
recomiendan*

KLM

UNE 120 CIUDADES DEL MUNDO

KLM
REAL CIA HOLANDESA
DE AVIACION

Informes y pasajes en todas las Agencias de
Viajes y en KLM:

MADRID José Antonio, 59 Tel. 47 81 00 BARCELONA Paseo de Gracia, 1 Tels. 31 37 74 - 31 16 42 PALMA DE MALLORCA Pelaires, 109 Tel. 69 69

LINKER PRINCIPE, 4 - MADRID
TELEFONO 313513

Miniatura terminada
de 58 x 73 mm.

RETRATOS AL OLEO
ID. AL PASTEL

MINIATURAS
SOBRE MARFIL

MINIATURAS
CLASE ESPECIAL

DIBUJOS DE CUALQUIER
FOTOGRAFIA

MINIATURES
PORTRAITS IN OIL
PASTEL
CRAYON
FROM ANY PHOTO

Original

CONSULTENOS PRECIOS Y CONDICIONES
PREVIO ENVIO DE ORIGINALES

ACABA DE APARECER
EL NUMERO EXTRAORDINARIO
DE
MUNDO HISPANICO
DEDICADO A
GUATEMALA

- Un resumen completísimo del país.
- La actualidad social, cultural y artística de la nación.
- Un portfolio artístico de la monumental Guatemala, con fotografías inéditas de un gran valor documental.
- Panorama económico.
- Guatemala en el mundo.
- Guatemala para el futuro.
- Las costumbres, las tradiciones y la historia.
- Un extraordinario que constituye el más vivo y completo documento para el conocimiento de esta nación.

Reserve usted su ejemplar pidiéndolo a la Administración de
MUNDO HISPANICO
ALCALA GALIANO, 4 · MADRID

PRECIO: 15 PESETAS

HERACLIO
fournier S.A.
VITORIA <ESPAÑA>



FABRICANTES DE SELLOS (ESTAMPILLAS)